



LA LIBERTAD DE DUDAR

LA TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO DE LUIS FEDUCHI

Coordinadores:

**Jorge Tió, Daniel Cruz, Myriam García, Alberto Lasa, Francesc
Martínez, Sonia Soriano, Berna Villarreal**

SEΨPNA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PSIQUIATRÍA Y
PSICOTERAPIA DEL NIÑO Y DEL ADOLESCENTE

Miembro de la International Association Child and Adolescent Psychiatry and Allied Professions
de la European Federation for Psychoanalytic Psychotherapy in the Public Sector y
de la Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas (F.E.A.P.)

LA LIBERTAD DE DUDAR

LA TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO DE LUIS FEDUCHI



SEPPNA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PSIQUIATRÍA Y
PSICOTERAPIA DEL NIÑO Y DEL ADOLESCENTE
Miembro de la International Association Child and Adolescent Psychiatry and Allied Professions
de la European Federation for Psychoanalytic Psychotherapy in the Public Sector y
de la Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas (FEAP)

© Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente
(SEYPNA)

Edita: Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente
(SEYPNA).

C/Santa Isabel, 51. 28012 Madrid

Teléfono: 640 831 951

www.seypna.com

ISBN: 978-84-19880-11-6

Deposito Legal: LG BI01277-2023

Disponible a la venta en: **www.seypna.com**

COORDINADORES:

Jorge Tió, Daniel Cruz, Myriam García, Alberto Lasa, Francesc Martínez,
Sonia Soriano, Berna Villarreal

Índice

INTRODUCCIÓN.....11

Daniel Cruz.

PSICOTERAPIA

LUIS FEDUCHI, MUCHO MÁS QUE UN SUPERVISOR.....15

Comentario a “Introducción sobre Psicoterapia breve” (2007).

Isabel Laudo y Victoria Sastre.

“¿ESO ES LO QUE LE PASA!”. PENSAR LOS HOSPITALES DE DÍA PARA ACOMPAÑAR LAS ADOLESCENCIAS EN CRISIS.....23

Comentario a “Dialogando con Luis Feduchi sobre hospitales de día de adolescentes” (2017).

Daniel Cruz, Sonia Soriano, Empar Murgui.

EL ARTE DE ENSEÑAR.....31

Comentario a “Actuación y adolescencia. Acting-in y Acting-out” (1986).

Asunción Soriano.

PENSANDO EN TI.....37

Comentario al trabajo desarrollado como supervisor de la red de salud mental infanto-juvenil.

Xavier Valls i Vallés.

ADOLESCENCIA

ADOLESCENCIA Y CRECIMIENTO.....47

Comentario a la conferencia “Adolescencia y crecimiento” (2005)
Rosa Ros i Rahola

RECORDANDO CON GRATITUD A LUIS FEDUCHI, UN PSICOANALISTA DE AMPLIO ESPECTRO.....55

Comentario a “El adolescente frente a su futuro” (2011).
Neri Daurella.

TEJIENDO Y DESTEJIENDO IDENTIDADES.....67

Comentario a “Fuga, ruta y viaje” (2018).
Àngels González, Teo Benito, Montse Grau, Montse Yagüe, Ana Pi-
queras.

LA COLABORACIÓN CON JUSTICIA JUVENIL

APORTACIONES DE LUIS.....79

Comentario a “El programa de mediación y reparación de la vícti-
ma” (1999).
Charo Soler, Anna Nogueras, Robert Gimeno.

ESTRENARSE EN INTIMIDAD.....81

Comentario a “Abordaje psicoterapéutico en el marco de la medida
judicial para menores” (2007).
Begoña Vázquez.

ADOLESCENCIA Y TRANSGRESIÓN

LUIS FEDUCHI Y LA IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA...103

Comentario a “El adolescente y la violencia. Reflexiones clínicas” (1995).

Jaume Baró.

¡¡HASTA SIEMPRE MAESTRO!!.....109

Comentario a “Reflexiones sobre la violencia en la adolescencia” (2006).

Lluís Mauri y Pilar Raventós.

PENSANDO (CON MENOS VIOLENCIA) SOBRE LA VIOLENCIA DE (ALGUNOS) ADOLESCENTES.....125

Comentario a “Identitat i violència a l’adolescència” (2008).

Jorge Tizón.

DIÁLOGOS INTERDISCIPLINARES Y SOCIEDAD

BONUM EST DIFUSSIVUM SUI.....157

Comentario a “Adolescencias, transgresiones, riesgo y acogida:

Diálogo entre Luis Feduchi y Lluís Duch” (2013).

Jorge Tió.

DOS MIRADAS EN EL GIARDINETTO.....169

Comentario a “Entrevista a Luis Feduchi en Il Giardinetto Sessions” (2018).

Àngels Vives, Teresa Morandi.

CON TODO EL AFECTO AL DR. LUIS FEDUCHI.....177

Comentario al trabajo desarrollado en el “Centre Jove
d’Anticoncepció i sexualitat”.

Rosa Ros i Rahola.

AUTORES.....185

INTRODUCCIÓN

Luis Feduchi fue una persona muy apreciada por todos los que colaboraron con él. Su vivacidad, facilidad de contacto, sentido del humor y profundidad de comprensión resultaban siempre muy estimulantes. Como puede verse en los textos reunidos en este libro, esa forma de ser dejó huella.

Esta publicación se gestó a la vez que “Fuga, Ruta, Viaje”, a la que en cierta forma acompaña. Cuenta con la participación de entidades con las que Luis Feduchi trabajó: Pere Claver Grup, Fundació Orienta, Fundació Eulàlia Torras de Bea, Fundació Congrés Català de Salut Mental, Sociedad Española de Psicoanálisis, Asociación Española de Neuropsiquiatría - Associació Catalana de Professionals de Salut Mental, Acsent y Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente.. A la vez que se recopilaban sus trabajos editados y se transcribían diversas conferencias y encuentros, vinculados a ellos se recogieron relatos de personas que trabajaron con él, y que reflejan el impacto que generaba y cómo se transmitió su pensamiento. Son estos textos, en los que vemos cómo la enseñanza va ligada al vínculo emocional que se establece, los que se publican en este volumen.

Para SEPYPNA es motivo de orgullo poder encargarse de esta edición, dada la estrecha relación existente con Luis. En el primer congreso nacional de SEPYPNA, celebrado en 1984 en Lleida, acudieron desde Barcelona figuras relevantes de la psiquiatría infantil de orien-

tación psicoanalítica, como Eulàlia Torras o Fernando Angulo. Desde ese primer momento estuvo presente Leticia Escario en SEPYRNA, con una participación muy destacada, entre la que cabe destacar la organización del multitudinario congreso nacional celebrado en 2010 en Barcelona, o la extensa labor desarrollada en la junta directiva. Con Leticia solía venir a los congresos Luis, en palabras de Jaume Baró: “inicialmente como acompañante, pero enseguida, por sus cualidades personales y profundo conocimiento del adolescente, por méritos propios”. Entre los objetivos de SEPYRNA se encuentra la difusión del modelo psicoanalítico, con una concepción abierta y flexible, no ligada a ninguna institución en concreto, así como la defensa de la asistencia pública de calidad. Se procura tener como sociedad un entorno amable de acogida para el intercambio profesional, con vínculos en muchas ocasiones de amistad y espacios abiertos para el pensamiento. En este marco Luis encajó perfectamente.

“La libertad de dudar” reivindica el respeto a la complejidad, lejos de las certezas dogmáticas y excluyentes. Es indispensable cuando queremos entender y ayudar a adolescentes. Es algo que Luis Feduchi nos transmitió con su enseñanza y con su manera de ser.

Daniel Cruz

PSICOTERAPIA

LUIS FEDUCHI, MUCHO MÁS QUE UN SUPERVISOR

Isabel Laudo y Victòria Sastre

Comentario a “Introducción sobre Psicoterapia breve”

“El supervisor no es alguien que sabe más que tú, sino que es alguien de quien puedes aprender porque viene de fuera. Puede ver algo que tú no ves porque solo puede ser visto por alguien que lo ve desde fuera. Creo que esta idea ‘desde fuera’ es importante, porque no es solamente fuera de la relación paciente-terapeuta, sino también desde fuera de la institución, es decir, que el supervisor no está contaminado con las ansiedades de ésta”.

Comunicación oral, Luis Feduchi, 2013

Decía que no quería formar parte de ninguna institución a la que supervisaba, pero Luis Feduchi estuvo vinculado a nuestro equipo, la Unitat de Psicoteràpia Psicoanalítica d'Adults de Sant Pere Claver–Fundació Sanitària (UPPA) durante casi treinta años. Tampoco le acababa de gustar la palabra “supervisor”, prefería definirse como un colaborador, pero estuvo comprometido con nuestra tarea asistencial hasta el último día. Es más, él participó ampliamente en la construcción de la identidad asistencial del equipo y en la ubicación de éste dentro de la Red de Salud Mental de Cataluña, profundizando en la metodología y técnica de la Psicoterapia Breve. Se podría decir que el inicio de la supervisión y la elaboración de una función específica de la UPPA fueron paralelos.

Conocimos a Luis Feduchi y su vertiente docente en los inicios de los años ochenta, en los cursos de Psicoterapia Psicoanalítica en la Institución Pública (PPIP) organizados por un grupo de psicoanalistas donde nos formamos tantos y tantos terapeutas en diversos temas teórico-clínicos. Durante los años que duró esta formación, Luis Feduchi impartió seminarios sobre adolescencia y sobre psicoterapia breve. Su docencia continuó en cursos organizados por la Diputación de Barcelona en los que se profundizaba sobre diversos aspectos de la psicoterapia psicoanalítica breve, cursos abiertos a profesionales de los dispositivos asistenciales, los llamados Centres de Salut Mental d'Adults (CSMA).

Siguiendo con la historia, la implantación de los CSMA –puesto que la inclusión en el sistema público de la asistencia a la población infanto-juvenil llegó más tarde– comportó una reorganización de la asistencia en Salud Mental, que supuso el paso de un modelo centro-hospitalario a otro centrado en una asistencia sectorizada, más próxima al paciente y al inicio de su trastorno.

Nuestro equipo tenía un concierto con la Administración para hacer psicoterapia, pero ni estaba en esa red asistencial ni estaba sectorizado. Fue en ese momento cuando pedimos a Luis, como especialista en psicoterapia breve, que nos echara una mano. Y aceptó. De esta manera, como ya hemos señalado, participó en la ubicación de la Unitat de Psicoteràpia Psicoanalítica d'Adults como recurso terapéutico de la Asistencia Primaria.

Con él trabajamos desde el año 1987 hasta diciembre de 2016, que fue cuando se despidió de nosotros. Al principio establecimos con él una relación como supervisor, aunque debido a su cercanía, simpatía, a su actitud positiva hacia el trabajo, su generosidad en

transmitir conocimiento, su claridad en las explicaciones, incluso a su determinación para adaptarse a las situaciones institucionales no sin su característico sentido del humor, y debido a un largo etcétera, Luis se fue convirtiendo para muchos de nosotros en colaborador, maestro, amigo. Alguien que siempre nos ayudó cuando lo necesitamos.

Todos los que le conocimos y trabajamos con él sabemos que fue un defensor incansable de la Asistencia Pública, a la que dedicó muchas horas, ilusiones y esfuerzos para transmitir, casi contagiar, la idea de que era posible hacer una psicoterapia psicoanalítica en la Institución Pública; eso sí, lejos del “chocolate para todos”. Prueba de ello fue el trabajo conjunto para definir y describir las indicaciones y contraindicaciones de la psicoterapia breve, para que resultara una herramienta útil.

Seguramente debido a su formación con el Dr. Marañón, al que valoraba como maestro, no dejó de reivindicar la importancia de tener una visión holística del paciente frente a la visión del síntoma recortado, aislado de la persona que lo padece. También Luis diferenciaba la comprensión y mirada hacia el paciente según si el que observaba era un psicólogo o un psiquiatra, pues decía él que el psicólogo está formado para tener una mirada desde el concepto de salud y el médico desde la enfermedad.

Como se aprecia en el texto, el cuidado del paciente era otro tema que le preocupaba cada vez más, sobre todo viendo la deriva que iba tomando la asistencia en general con el gran desarrollo de las pruebas diagnósticas y de la farmacología, así como con la introducción de la informática. Luis valoraba mucho todos estos avances, pero le preocupaba que llegaran a substituir a la observación, la escucha y la atención más personalizada en una asistencia cada vez más masificada.

Durante las dos horas semanales que nos encontrábamos todo el equipo con él en el espacio de supervisión, discutíamos y pensábamos sobre los casos a la vez que íbamos perfeccionando el concepto, las indicaciones y la técnica de la psicoterapia breve. En aquellos casos en los que parecía que estábamos a punto de tirar la toalla, Luis solía decir: “vamos a ver qué podemos hacer”. Hubo casos en que la indicación de psicoterapia focal no fue posible, pero en muchos otros él conseguía encontrar algún aspecto sano, alguna motivación, algún hilo del que tirar y configurar un foco posible y adecuado.

El espacio de supervisión suponía una forma de acercarnos a situaciones clínicas complejas, compartiendo las dudas y las ansiedades con él. Era un espacio donde se tenía en cuenta la contratransferencia grupal, reflejo de la contratransferencia individual del terapeuta que presentaba el caso, en definitiva, otro camino más para conocer al paciente. También era un espacio para pensar en la técnica y la metodología, aspectos en los que se exigía, y nos exigía, un rigor. Ejemplo de ello, en relación con las interpretaciones, era la conveniencia de saber leer la transferencia y verbalizarla en forma de interpretación en el mundo interno del paciente; otro ejemplo sería su profundización y precisión en el diagnóstico psicodinámico. Sobre ello no nos podemos extender, las enseñanzas de Luis en ambos temas darían para un artículo monográfico.

Antes de empezar la supervisión y al finalizarla siempre había momentos para hablar de infinidad de cosas, entre ellas de la actualidad social y política, de cultura, era un gran amante de la poesía y de la pintura. Todo esto, unido a su inolvidable sentido del humor, iba creando un clima de confianza que nos permitía enfrentar situaciones clínicas no siempre sencillas. A modo de anécdota, le gustaba recordar

poemas y recitarlos en voz alta; aunque los más mayores nos esforzábamos, nunca recordábamos tantos como él. Tuvimos también el privilegio de escuchar alguno de los poemas escritos por él.

El artículo que vamos a comentar no es un texto escrito por él sino la transcripción de una comunicación oral en una Jornada que organizamos, junto a la Unitat de Psicoteràpia Psicoanalítica d'Infants i Joves (UPPIJ), del mismo Departament de Salut Mental. En esta Jornada Luis Feduchi y Eulàlia Torras se encargaron de hacer la introducción a la psicoterapia de adultos y de niños, respectivamente.

El texto fue transcrito a partir de lo que explicó aquel día, sin leer apuntes, ni diapositivas, ni *power point*. Comunicación directa entre él y el público que le escuchaba, tal y como a él le gustaba. El resultado fue una descripción argumentada de la psicoterapia psicoanalítica breve, en un discurso fluido y comunicativo, reflejo de su pensamiento organizado y de su claridad conceptual. Fue desmenuzando cada uno de los elementos que conforman la *Psicoterapia Psicoanalítica Breve*, describiendo lo esencial, a la vez que señalando las semejanzas y diferencias con el psicoanálisis propiamente dicho.

Vamos a desmenuzar también los diferentes conceptos.

Psicoterapia Psicoanalítica. Queda perfectamente definida en el texto cuando hace referencia a que tiene que contemplar el inconsciente, las ansiedades y defensas, lo que llamamos el mundo interno del paciente, la transferencia y contratransferencia en la relación entre paciente y terapeuta, y todo ello dentro de un encuadre muy definido. Una aportación muy propia de Luis Feduchi era la necesidad de que el marco de tratamiento estuviera en consonancia con los objetivos y

con el contenido de éste: “no se puede jugar un partido de baloncesto en un campo de fútbol”, decía en modo coloquial.

Breve: Su aportación principal fue la reivindicación y revalorización de la *Psicoterapia Psicoanalítica Breve* (PPB), contextualizándola en el marco de la teoría psicoanalítica, frente a una corriente de opinión, muy extendida en aquellos momentos, que afirmaba que la PPB era la hermana menor del psicoanálisis y de la psicoterapia psicoanalítica sin tiempo delimitado. Situó la PPB en el abanico de indicaciones positivas, y no como solución al “no disponemos de más tiempo”. Tanto es así que defendió su indicación como tratamiento en la asistencia pública y en la consulta privada, que él mismo realizaba cuando lo veía indicado.

Insistía en la evidencia de que si la psicoterapia es breve ha de ser necesariamente focal, son dos adjetivos indisociables. Sin un foco descrito en la mente del terapeuta no se puede indicar una psicoterapia breve. Es decir, cuando el paciente viene con un conflicto que el terapeuta considera que puede focalizarse, se puede pensar entonces en delimitar un tiempo para la psicoterapia, o sea, en una terapia breve. La existencia de un foco ayuda a adaptar el contenido de la terapia al tiempo acordado, que a su vez se ha delimitado en función de diversos factores, entre éstos la capacidad de *insight*, la alianza terapéutica y, por supuesto, el foco que va a orientar la línea interpretativa. Esta es la esencia de la brevedad: focalización y delimitación del tiempo de tratamiento comunicada al paciente al inicio de la terapia.

Focal: La determinación de un foco de trabajo alrededor de un núcleo conflictivo del paciente es una particularidad técnica de este tipo de psicoterapia. Posibilita la brevedad.

Una aportación suya fue la focalización sobre los aspectos sanos del paciente en el sentido de ver qué conflictos están entorpeciendo su

desarrollo. También implica que las áreas conflictivas, la patología, no abarquen el conjunto del *self*. En consecuencia, hemos de diagnosticar la patología y la parte sana, más evolucionada, de la personalidad. En el texto Luis Feduchi hace una referencia a este tema, de manera comprensible y entendedora, cuando habla del concepto psicológico de enfermedad, refiriéndose a la persona que tiene un sufrimiento, y no solo al cuadro psicopatológico que presenta. Y añade que el acercamiento a la persona que solicita ayuda supone tener en cuenta cuáles son sus características.

Otra aportación suya fue insistir y atribuir un valor terapéutico, desde la clínica, a la necesidad de respetar ciertas disociaciones y renunciar a determinadas integraciones, pues consideraba que hay algunos niveles de funcionamiento mental y episodios biográficos traumáticos difícilmente elaborables. Le preocupaba mucho movilizar un excesivo dolor psíquico en el paciente, sin medios para poderlo contener.

Cuando hablamos de la parte sana de la personalidad en lo concreto, nos estamos refiriendo a desarrollos, proyectos, relaciones, aspectos de uno mismo que quieren cuidarse, capacidades, necesidades, etc. Así, focalizar sobre los aspectos sanos del paciente sería describir un conflicto centrado en esta parte de la personalidad y ver qué situaciones internas están dificultando su desarrollo. Estas situaciones internas tienen que ver con ansiedades, como frustración, pérdida, sentimientos diversos, etc., y con defensas, en el sentido de ver cómo se maneja el yo.

Tal y como Luis Feduchi expone en el texto, a medida que se perfilaba esta técnica de intervención en la UPPA, fuimos ampliando las indicaciones, hasta incluir pacientes que por sus características psico-

patológicas no se hubieran podido beneficiar de una psicoterapia en la Asistencia Pública.

Por último, otro tema sobre el que reflexiona es el auge de la psicofarmacología que tanto se desarrolló en esos años. Él la valoraba por el beneficio que suponía para el paciente al aliviarlo de su sufrimiento, aunque le preocupaba, y mucho, la política expansionista de la industria farmacéutica que “no solamente ha invadido el mercado, sino que ha invadido la mente de muchos profesionales”.

Frente a las actitudes invasivas, queremos destacar que Luis Feduchi, tanto en la relación personal como en la profesional, valoraba el respeto a la persona y a su intimidad. En este momento nos viene a la mente una cita de Maimónides sobre la función del médico, que solía evocar: “Los médicos solo previenen de lo perjudicial y señalan lo útil, pero ni castigan por aquello ni obligan a esto”. Nosotras pensamos que le representa.

Siempre tendremos presente y nos acompañará su generosidad al transmitir su experiencia, conocimientos de todo tipo, opiniones y reflexiones, de manera que se ha convertido en un referente para quienes tuvimos la suerte de formarnos y aprender a su lado.

“¡ESO ES LO QUE LE PASA!”. PENSAR LOS HOSPITALES DE DÍA PARA ACOMPAÑAR LAS ADOLESCENCIAS EN CRISIS

Daniel Cruz, Sonia Soriano, Empar Murgui

Comentario a “Entrevista con Luis Feduchi: Hospitales de Día de Adolescentes”

Luis Feduchi mantuvo una intensa actividad como supervisor de Hospitales de día de adolescentes (HD). De las diferentes instituciones con las que colaboró sobre los HD, recogemos aquí un testimonio de su relación con SEPYPNA (Daniel Cruz), con la Fundació Hospital Sant Pere Claver (Sonia Soriano) y con Les Corts – Centre de Higiene Mental (Empar Murgui).

Diálogo con Luis. SEPYPNA

Luis Feduchi asistía habitualmente a los congresos de SEPYPNA, acompañando a Leticia Escario, que fue durante muchos años miembro de la junta directiva. Pocas veces accedió a intervenir como ponente, sin embargo, eran frecuentes sus intervenciones desde la platea. La misma disposición al intercambio mantenía en las conversaciones de pasillo una vez acabadas las sesiones del congreso, siempre dispuesto a departir con quien se le acercara, por lo que no era extraño encontrarlo rodeado por un corrillo tanto de colegas como de profesionales jóvenes, escuchando atentos sus explicaciones. Transmitía su

pasión por el mundo de la adolescencia, y por lo decisivo que podía ser el contacto que los profesionales podían mantener con los adolescentes. Una característica de los encuentros con él era su sentido del humor, con una fina ironía ante las situaciones donde se echaba en falta el entendimiento y complicidad del profesional con el mundo adolescente, sobre todo si se perdía de vista lo esencial de lo que estaba en juego en ese encuentro.

Esta entrevista se gestó tras la celebración en Bilbao de las IV Jornadas Nacionales de HD en la Infancia y Adolescencia¹, cuando SEYPNA impulsó un grupo de trabajo sobre HD y Recursos Intermedios. Al tener conocimiento de ello, Luís, con su generosidad habitual, nos ofreció su colaboración en lo que necesitáramos. Él tenía una amplia experiencia por su colaboración con diversos HD de adolescentes del área de Barcelona y suponía un privilegio poder contar con su sabiduría y su comprensión del trabajo en los HD. Quedamos en hacer una entrevista en su despacho profesional el 9 de mayo de 2016, que saldría publicada al año siguiente en la revista de SEYPNA². Se trató de un encuentro informal, espontáneo, donde la profundidad en la comprensión de los conceptos no estaba reñida con el humor. Luís lo definió como un diálogo más que como una entrevista, ya que no se siguió ningún guion previo de las cuestiones planteadas. En este diálogo encontramos la esencia del pensamiento de Luís sobre el trabajo en HD. Plantea temas fundamentales para pensar cómo podemos ayudar a estos pacientes con dificultades tan severas en su existencia.

1. Las IV Jornadas Nacionales de Hospitales de Día y Terapias Intensivas tuvieron lugar en Bilbao los días 23 y 24 de octubre de 2015, organizadas por OSAKIDETZA (Red de Salud Mental de Bizkaia), ALTXA (Asociación para la promoción de la salud de niños y adolescentes) y SEYPNA.

2. Los artículos de Luís Feduchi publicados en la revista de SEYPNA están disponibles en acceso libre en www.seypna.com.

Para nosotros, releer este texto es recordar su presencia y apreciar la vigencia y actualidad de sus aportaciones. Nos ayuda a pensar en la esencia de la conflictiva que presentan estos jóvenes, en la amenaza para su porvenir, pero también en el valor que tiene para sus vidas las luchas que atraviesan, luchas con las que Luis sabía entrar en sintonía para estar al lado del adolescente.

Comprender la adolescencia desde el Hospital de Día. Sant Pere Claver

Conocí a Luis Feduchi hace 20 años (septiembre de 2002), justo en mi inicio laboral en HD de Sant Pere Claver, hospital en el que él, junto con Asunción Soriano y otros profesionales, ayudaron a su implementación. Yo como psicóloga jovencita del equipo, pude disfrutar de supervisar con él y escuchar atenta sus conocimientos sobre la adolescencia y la sensación es que él también disfrutaba con nosotros (equipo muy joven, entusiasta, porque le encantaba estar con jóvenes, escucharnos, validarnos, interrogarnos). Quizás en nosotros también veía ese potencial que él transmitía en los casos, incluso en los más difíciles y complejos nos aportaba la posibilidad de cambio, el acercarnos sin temor, el ver al adolescente que se va probando y equivocando. El HD le parecía a él especialmente privilegiado por la observación que permitía; ciertamente el valor de la observación parece estar en vías de extinción en este mundo rápido y cambiante. Luis quería saber y conocer cómo se movía el adolescente en las diferentes áreas (educativa, escolar, deportiva, creativa, psicológica, social, familiar) y la relación que establecía con cada miembro del equipo. Esta riqueza de lo individual, pero dentro de una convivencia grupal, él comentaba que le añadía complejidad al encuadre en HD, pero a la vez, ofrecía la oportunidad de ligar lo que va pasando tanto en el

espacio individual como en el grupal, para poder ligarlo con la historia de cada adolescente. Es en este sentido que me gustaría comentar dos conceptos que me ayudaron muchísimo en la comprensión del adolescente entonces y lo siguen haciendo en la actualidad.

- 1 - Luis comentaba que en la adolescencia se podía reeditar aquello vivido en el primer año de vida y servía, para comprender en un doble sentido: entender qué le puede estar pasando y también para establecer cierto punto de partida de lo que se ha tenido o no, para situar dónde empezar a trabajar. Trabajar para dos objetivos: inicialmente establecer espacios de vinculación (que recaen más en los educadores/as) y luego crear pensamiento. Y sólo él creía que eran posibles y que se podían conseguir si había un equipo, como comentábamos antes un equipo interdisciplinar, capaz de escucharse, de respetarse en sus funciones diferenciadas, sin situarse una disciplina por encima de la otra, y de esta manera poder juntar todas las observaciones y ponerlas al servicio de la comprensión del adolescente en cuestión. Y esto nos lleva a la importancia que él le daba a los espacios de reunión; reuniones de equipo, de casos, de supervisión. Esos espacios internos donde poder realizar ese trabajo. En la actualidad, poder tener tiempo en los equipos para supervisar, reunirse, sabemos que no se dispone en todos los servicios y así como es sabido que el adolescente necesita tiempo, también los equipos necesitan tiempo de comunicación y elaboración interna, así como contar con el asesoramiento de un profesional externo.
- 2 - El segundo de los conceptos fue el de la intolerancia a la necesidad, crucial para entender cómo podía ser, que algunos jóvenes se boicotaran en la consecución de ciertas mejoras o vínculos.

Entender de un lado el deseo, pero a la vez el dolor de depender y/o necesitar, dio luz y le proporcionó sentido a algunas de las conductas de los adolescentes durante el proceso de tratamiento.

Cuando de esta manera se arrojaba luz sobre las dificultades que vivía el adolescente, la sensación era de “eso es lo que le pasa”, lo que más allá del diagnóstico concreto era de una enorme utilidad terapéutica.

Pensando el HD con Luis para atender la adolescencia. Les Corts, Centre de higiene mental

Luis nos ayudó a dar los primeros pasos del Hospital de día para adolescentes en 2008, en la supervisión de casos y en la mejor comprensión de las situaciones graves por las que atraviesan los adolescentes. Luis incidió en aspectos bien específicos de la adolescencia y de las diferentes maneras como se enfrenta al abandono de la etapa infantil, en particular en los casos que aparecen síntomas y bloqueos.

Entre ellos dos movimientos propios de la adolescencia como son la agorafobia y la claustrofobia como significantes de temores inconscientes al cambio de etapa y a la autonomía. La primera, que además vemos aumentando estos años en jóvenes que permanecen encerrados en casa, so pretexto de una salida original y especial a su vida, vinculándose al mundo a través de la interfase del ordenador, ya sea con juegos online o juegos individuales en los que van construyendo su mundo solitario y poblado de ilusiones de relación, o incluso enamoramientos, sin mucho contacto con un sistema relacional cercano o más afectuoso. Miedo a enfrentar la diferenciación y atrapados en el temor a pedir ayuda (situación que resulta especialmente difícil, nos

señalaba), y que puede ser más intensa cuanto más fragilidad y confusión experimentan.

O bien la “claustrofobia”, miedo a estar encerrado, representación del miedo a quedar atrapados en la dependencia infantil y en el ideal de los padres en el que ha crecido. Sería el fondo de los adolescentes que huyen de la casa y a veces de la escuela y se precipitan al exterior, con pocos recursos internos todavía, enredándose en situaciones sociales complejas y que crean alarma por el riesgo que pueden confrontar, siendo un perfil frecuente de sujetos derivados al HD. Los trastornos de conducta es una expresión frecuente del malestar de adolescentes que nos llegan. En este perfil acude su lectura del que llama el “síndrome del adolescente abortado”, jóvenes que han crecido en ambiente sobreprotegido, sin límites claros y en una inhibición de funciones maternas o paternas. Luis nos ayudaba a ver las consecuencias de nacimientos en condiciones no deseadas, encubiertas a la vista pública, pero sobrecargadas de culpa, que muchas veces inhabilita a los padres en su función de cuidado y también educativa. En la adolescencia se produciría la crisis, la escasa capacidad de espera y tolerancia a los límites los lleva a problemas identitarios en forma de conductas disruptivas, abuso de sustancias o comportamientos muy arriesgados, con un oposicionismo tenaz a cualquier forma de ayuda. La comprensión de estas dinámicas, la emoción y la calidez que Luis ponía en ellas nos han sido de gran ayuda para que los profesionales de distintas disciplinas pudiéramos entender el sentido de los síntomas y juntos buscar maneras de permitir una regresión y con el máximo de participación de los padres en el tratamiento, recorrer estas fases fallidas y reconstruir la experiencia de necesidad. Estos perfiles eran bien conocidos por él, en su trabajo con adolescentes con conductas delictivas y buscaba anticiparse antes de que entrasen en dinámicas que les situasen fuera de la ley.

Al mismo tiempo reivindicaba la necesidad de trasgresión del adolescente para crecer, explorar los límites establecidos para descubrir nuevas maneras de recrear el mundo al que llegan. El reconocimiento del idealismo, la generosidad del adolescente, junto a esas conductas que son también exploratorias de sus propias capacidades. Este pensamiento que nos ayuda a comprender la dinámica de la adolescencia fue muy útil para que las personas representantes de la ley pudieran apreciar, qué había de funcional y saludable en conductas que hasta entonces se veían solo como desafiantes. Muy útil también para el equipo pluridisciplinar que se inicia en un hospital de día y va integrando diferentes aproximaciones que han de volverse complementarias.

EL ARTE DE ENSEÑAR

Asunción Soriano Sala

Comentario a “Actuación y adolescencia. Acting-out y acting-in”

Este artículo fue una ponencia que Luis Feduchi presentó en el II Congreso de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente (SEPYRNA), Bilbao, 1986. Lo compartimos un grupo de recién licenciados, profesionales que estábamos descubriendo con entusiasmo los entresijos de la adolescencia, ya que en 1981 Luis y diversos psicoanalistas de la Sociedad Española de Psicoanálisis, habían organizado en Barcelona, con el apoyo económico de una beca de “La Caixa”, un programa de formación teórico-práctico sobre Psicoterapia Psicoanalítica en la Institución Pública (PIIP). Muchos profesionales pudimos beneficiarnos de esta oferta formativa de gran calidad y que trataba de vincular las aportaciones del psicoanálisis a la asistencia pública.

La terapia breve, aprender a focalizar lo necesario para favorecer la evolución del paciente, comprender más allá de lo aparente de su discurso, el valor de la observación clínica, el trabajo en equipo, compartir la subjetividad de cada uno para ganar más claridad en nuestras intervenciones, fueron unas de las tantas novedades que descubrimos gracias a este grupo de psicoanalistas, entre ellos Feduchi que aportó su experiencia y conocimientos sobre los adolescentes. Entusiasmo, esperanza, respeto era algo que nos transmitía Luis en su manera

novedosa de entender la adolescencia y, en consecuencia, de adaptar nuestra técnica de psicoterapia.

Algunas de sus ideas, como la que considera que en el adolescente coexisten aspectos del niño que aún no han evolucionado con otros del adulto que empieza a crecer incipientemente; o que el terapeuta ha de mantener una doble actitud necesaria: contener y comprender la parte infantil, pero, sobre todo, estimular los inicios de habilidades adultas, continúan siendo claves para entender esta etapa de la vida. Su propuesta era apostar por esos aspectos más evolucionados y dirigirnos en las entrevistas a la parte más adulta del adolescente. Consideraba de gran importancia, en el normal desarrollo del adolescente, la actuación como forma de verificarse en la realidad y nos advertía del riesgo que suponen las interpretaciones erróneas desde el mundo adulto, también el valor del grupo de iguales y de la intimidad. Aportaciones, pues, que implican un cambio de actitud como terapeutas y que permiten superar los escollos que el adolescente pone frente a la comunicación con el adulto, en este caso el terapeuta.

Tener en cuenta estos matices implica una cierta incertidumbre y la modestia de saber nuestros límites como terapeutas- adultos y también tener en cuenta la vivencia del adolescente en la consulta de sentirse en “una doble asimetría” con el terapeuta, una por el hecho de consultar y pedir ayuda y la otra por ser atendido por un adulto. Tener en cuenta todo ello nos hizo descubrir un adolescente interesado en entender, entenderse y por lo tanto con motivación en su psicoterapia.

Además de lo dicho anteriormente, se abren las puertas a la comunicación al favorecer que el adolescente tenga su espacio y su intimidad, sin un excesivo protagonismo de los padres. Pudimos pensar

mucho sobre lo complejo de la asistencia a los padres del adolescente y de cómo darles la atención necesaria sin interferir en el proceso terapéutico del hijo. Era un gran tema de debate y en general él se decantaba porque, si los padres necesitaban asistencia la tuvieran por un terapeuta diferente al hijo. Evidentemente este espacio del adolescente permite garantizar un trabajo interno, manteniendo la confidencialidad, siempre que no se den situaciones graves o de riesgo vital que implique hacer partícipes a los padres o determinadas instituciones, por ejemplo, en caso de riesgo autolítico.

Decía, igualmente, que el adulto tiende a olvidar como defensa su propia adolescencia, dado que es un periodo emocionalmente difícil para cualquier persona. En este sentido, nos hablaba de la vivencia del tiempo, de la necesidad de inmediatez por lo angustioso que es no tener experiencias previas de lo que le sucede y como la asistencia debía recoger este aspecto organizando de alguna manera lo que él llamaba la “atención inmediata”. En palabras suyas, “no tienen sentido las listas de espera en la adolescencia. Si se les hace esperar mucho, cuando llegue el momento de la consulta, él o ella ya están en otra cosa”.

Otra aportación importante es saber cómo los aspectos que parecen más adultos o progresivos pueden ser en el fondo regresivos; asimismo, estos aspectos aparentemente infantiles, en ocasiones son muy adultos y a favor del progreso. También hay que tener en cuenta los movimientos rápidos que el adolescente hace entre sus vivencias regresivas y progresivas, que en tantas ocasiones desconciertan al mundo adulto. De lo que se concluye que no sirven recetas simplistas, ni rápidas, que es necesario observar y escuchar en profundidad. Recuerdo que cuando el grupo de profesionales que nos reuníamos

en la Cruz Roja - Parlament, le confesó a Luis que nos sentíamos inseguros, su respuesta nos impactó. “Sentirse seguro – respondió- es muy malo”. Nada que ver con lo que esperábamos. Un maestro, pues, desde la reflexión, la tolerancia a la duda, la búsqueda de respuestas nuevas y el apoyo a nuestros inicios como terapeutas de adolescentes confrontándonos con afecto y sentido del humor a nuestras propias dificultades.

Por todo ello, reclamaba lo específico de esta etapa, y la necesidad de una formación especializada en adolescencia, que él ejerció enseñando a numerosos equipos en diferentes instituciones públicas. Si bien consideraba que los terapeutas de adolescentes han de tener formación previa en asistencia infantil y, también, de adultos para poder conectar con los aspectos infantiles, pero sin perder la mirada en las nuevas adquisiciones adultas que le impulsan hacia el crecimiento.

En las últimas décadas, la asistencia pública se ha ido implementando de manera que, en general, es accesible a toda la población. En Cataluña, la sectorización de los Centros de Salud Mental Infanto - Juvenil (CSMIJ), los Hospitales de Día para Adolescentes, las unidades de ingreso específicas, los puntos de Consulta o los servicios de atención domiciliaria como el Equipo Clínico de Intervención Domiciliaria (ECID) son, desde luego, un gran logro. Sin embargo, la masificación y la presión asistencial resulta una realidad ciertamente preocupante para muchos profesionales jóvenes. No tener tiempo para pensar en una asistencia adecuada y adaptada, carecer de unos estándares de formación continuada, en muchos casos lleva al profesional a encontrarse solo, a perder la motivación y a que prevalezcan los criterios economicistas de corta mira.

Pienso que Luis seguiría luchando porque la asistencia pública se lleve a cabo teniendo en cuenta la realidad del adolescente, porque cuidar a las nuevas generaciones, en el momento de la crisis adolescente es, como él decía, de una gran rentabilidad social.

En esta etapa de la vida en que tantas cosas son inestables y se están construyendo las bases del futuro adulto, la relación terapéutica resulta de un indudable valor. Por ello, quisiera terminar con una frase de su artículo: “El adolescente busca en el terapeuta a alguien del mundo adulto que sepa respetar y comprender la necesidad que tiene de verificar en la realidad externa una capacidad que, aunque incipiente en su maduración mental, su consecución supone un logro para consolidar su identidad”.

PENSANDO EN TI...

Xavier Valls i Vallés

Comentario sobre los espacios de supervisión a la red de salud mental infantil y juvenil

Conocí al Dr. Luis Feduchi en las supervisiones de tratamientos con adolescentes que teníamos con él, en el Servei de Psiquiatria i Psicologia Infantil i Juvenil de l'Hospital de la Creu Roja de Barcelona alrededor de los años 1976-1977.

Algo más tarde, en 1981, y dentro del marco de la experiencia llevada a cabo por el Grup d'Assistència, Ensenyament i Recerca "Psicoteràpia Psicoanalítica a la Institució Pública"³, más conocido como la P.P.I.P. El Dr. Feduchi fue nuestro supervisor, con periodicidad semanal, de las consultas y tratamientos de adolescentes que realizábamos en el Centre de Psicologia i Psiquiatria de la Creu Roja - Parlament, donde yo trabajaba desde su fundación en 1978.

En aquellos años no se había creado aún una red pública de Salud Mental Infanto-Juvenil. Existían diversos centros y unidades hospitalarias que atendían a los pacientes que consultaban. Algunos de ellos fueron el Servicio de Psiquiatría y Psicología Infantil del Hospital de la Cruz Roja, el Servicio de Psiquiatría y Psicología Infantil del Hospital Sant Joan de Déu, el Servicio de Psiquiatría y Psicología Infantil

3. Grupo de asistencia, enseñanza e investigación "Psicoterapia Psicoanalítica en la Institución Pública

del Hospital de Nens, el Servicio de Psiquiatría y Psicología Infantil del Hospital Sant Pere Claver, la Fundación Puigvert, el Centro Emili Mira, el Centro Pi i Molist, el Hospital Comarcal de Vic y el centro Montserrat Montero. La red pública de Salud Mental de Adultos estaba más estructurada, puesto que ya era atendida por la Diputación de Barcelona, que fue traspasada después a la consejería de sanidad de la Generalitat de Catalunya.

La P.P.I.P. fue una propuesta del Institut de Psicoanàlisi de Barcelona que tenía como objetivo la formación de los profesionales que trabajábamos en las instituciones públicas o benéficas de Barcelona, tanto de adultos como de infantil, por parte de psicoanalistas de dicho Instituto.

Consistía en un programa de trabajo que se desarrolló desde septiembre de 1981 hasta marzo de 1986 que atendía dos ámbitos de formación:

- uno de psicopatología y de teoría de la técnica psicoterapéutica que se realizaba mediante seminarios de estudio y profundización de los aspectos tanto teóricos como técnicos de nuestra práctica clínica, impartidos por un psicoanalista del Instituto de Barcelona. Asistíamos todos los participantes en el programa, perteneciente a los centros comentados (lo que se conocía como "grupo grande"⁴).

4. El detalle del programa de seminarios de la P.P.I.P. realizados por todos los participantes (Grupo grande) fue:

-1981-1982: "Síndrome Clínica i relació d'objecte"- Drs. Bassols, Beà, Campo, Corominas, Esteve, Feduchi, Folch, Hernández i Eskelinen. Octubre 81 a junio 82.
-1982-83: "Problemes teòrics i tècnics de la psicoteràpia focal"-Dr. Víctor Hernández; "Psicoteràpia de grup"- Dr. Ramon Bassols, Dra. Júlia Corominas i Dr. Oriol Esteve.; "Psicoteràpia de la parella"- Dr. Ramon Bassols i Dr. Josep Beà. Octubre 82 a julio 83.
-1983-1984: "Problemesteòricsitècnicsdelapsicoteràpiapsicoanalítica" noviembre83ajunio84.

- un segundo ámbito de formación, que complementaba al primero, se centraba en la vertiente de la práctica clínica concreta. Se realizaban supervisiones semanales de los casos atendidos por cada una de las instituciones participantes y donde los asistentes éramos los profesionales de dicho centro (el que se conocía como “grupo pequeño”, al que asistían profesionales del mismo equipo asistencial).

Los miembros del Centro de Cruz Roja de la calle Parlament fuimos uno de los centros que aceptamos la invitación de la P.P.I.P. de participación en dicho programa. En lo que se refiere al ámbito de las supervisiones de casos clínicos, tuvimos la suerte de poder contar con el Dr. Luis Feduchi como supervisor, por su especialización en la adolescencia y por su carisma personal. Así pudimos revisar con él los casos de adolescentes que por su complejidad requerían un mayor esfuerzo para la comprensión de la patología subyacente y, en consecuencia, poder ofrecer la asistencia más adecuada a cada caso. Las supervisiones se realizaban en nuestro propio centro, con periodicidad semanal.

Las aportaciones del Dr. Feduchi en sus sesiones de supervisión representaron un fuerte impacto sobre nosotros, tanto como aprendices de psicoterapeutas como a nivel personal. No me resulta fácil resumir algunos de los conceptos transmitidos:

- La adolescencia como proceso de tránsito entre la infancia y la edad adulta.

-1984-1985: "Presentació d'elaboracions teòrico-pràctiques dels diversos grups petits que participen en el programa i dirigides pels professors de la P.P.I.P."; "Seminari de discussió de cassos i situacions clíniques"-Dr. Oriol Esteve. Novembre 84 a junio de 85.
-1985-1986: "Seminari teòric-clínic sobre Psicoteràpies breus"-Dr. Luis Feduchi. Primer trimestre de 86.

- Cómo para alcanzar una nueva identidad el adolescente tiene la necesidad de actuar, de ponerse a prueba para saber quién es, quién va siendo y quién será.
- La valoración de los duelos por el fin de la infancia: del cuerpo y mentalidad infantiles, de la pérdida de la bisexualidad, de la pérdida de los padres de la infancia y de su protección.
- La necesidad de desprenderse de las figuras parentales y la utilización del grupo de iguales como continente de sus ansiedades...
- Los vaivenes entre la progresión y la regresión, los matices entre regresiones para tomarse un respiro y poder así continuar avanzando o las que implican quedarse estancado.
- Las progresiones que le obligan a actuar para ponerse a prueba, para aprender nuevas herramientas y formas de ser, para desplegarse y verificarse o, por el contrario, las que son utilizadas para negar sus límites, para dejar de sentir, de pensar y obtener así un triunfo sobre el otro.

Luis transmitía la necesidad de apoyarse en los aspectos adultos incipientes que se iban gestando en el adolescente: es fundamental respetar su intimidad, entendida como un espacio interior en el que va construyendo su identidad, y evitar que el adulto se inmiscuya e irrumpa de forma intrusiva en este espacio mental incipiente del joven.

Nos hablaba también de las dificultades por parte de los adultos para comprender el funcionamiento del adolescente. A menudo su necesidad de intimidad es mal comprendida, siendo valorada como clandestinidad y mentira, cuando en realidad se trata de un esfuerzo para valerse por sí mismo puesto al servicio del progreso.

Llegaba siempre puntual a las supervisiones, con el casco de la moto en la mano y con un saludo cordial: “¿Qué tal va todo?”. Nosotros⁵ habíamos preparado previamente uno o varios casos para comentar con él según nuestras necesidades. En el trato destacaba por su afabilidad, su buen humor y su facilidad de palabra. A menudo “trufaba” sus aportaciones con anécdotas que las ilustraban, como aquella de unos padres aficionados al esquí que dejaban que su hijo esquiará con una bota medio estropeada y en cambio no permitían que el chico usara el coche porque a una rueda le faltaba un tornillo: “¡Mire como son mis padres!”, le decía el joven a Luis. O la de una película en la que el policía protagonista, después de haber pasado el día persiguiendo bandas de narcotraficantes, descansaba en la barra de un bar tomándose un whisky. O cuando nos hablaba de los adolescentes de la película *Amarcord*⁶ (3) de Fellini como ilustración del grupo espontáneo de jóvenes y de la variabilidad del desarrollo corporal en estas edades.

Conseguía que consultáramos nuestras dudas y errores sin temor a ser juzgados. Tenía una gran capacidad de observación. En este sentido, mi amigo Adrià López Sala, compañero de Universidad y del Servicio de Psiquiatría de Cruz Roja, que organizaba unas sesiones de vídeo-fórum a las que Luis siempre asistía, me comentó que en una de las películas Luis hizo la siguiente observación: “os habéis fijado en que el director la mayoría de las veces sitúa la cámara a la altura de los ojos del niño” (protagonista), “Esto es que quiere mostrarnos

5. Este grupo “pequeño” de supervisión lo formábamos Mercedes Bayle Baixeras, Teresa Galligó Mingo, Carme Martín Oyonarte, Asunción Soriano Sala, Roser Torné Altisent, Raquel Valls Artigas y yo mismo.

6. Curiosamente *Amarcord* /a m'arcord/ en la lengua de Federico Fellini, natural de Rímmini en la región de Emilia Romaña, significa literalmente: "yo me acuerdo" pero que toma el sentido de "recuerdo nostálgico" que impregna en todo momento la película.

el mundo desde el punto de vista del niño”, dijo Luis. Adrià, que había visto la película en muchas ocasiones, quedó impresionado por la observación, dado que él nunca se había dado cuenta de este detalle.

Me extiendo en estas anécdotas porque creo que esto es lo que pretendía Luis con sus supervisiones: que pudiéramos enfocar la visión del mundo desde el punto de vista de los adolescentes.

Con su ayuda nos constituimos como Departamento de Adolescencia del Centre de Psicologia i Psiquiatria Infantil de la Creu Roja - Parlament. Añadimos “de l’Adolescent” tras “Infantil” gracias a una observación suya sobre cómo se sentirían los adolescentes tratándose en un centro “infantil”, pasando a llamarnos Centre de Psicologia i Psiquiatria Infantil i de l’Adolescent de la Creu Roja - Parlament.

Una vez finalizada la experiencia de la P.P.I.P. continuó siendo nuestro supervisor del Departamento de Adolescencia hasta entrado el año 1997. Nos animó a iniciar una colaboración con el Departament de Justícia de la Generalitat de Catalunya con la finalidad de poder atender adolescentes que habían cometido algún delito como forma de contribuir a su reinserción. Él pensaba que los adolescentes, dada su necesidad de “actuar”, podían tener problemas en el ámbito de la Justicia: “Si se hiciera un seguimiento estricto de su conducta, se vería que un gran número de jóvenes han cometido algún pequeño acto delictivo. La clase social a la que pertenecen marca su destino: las clases más altas logran algún tipo de pacto que soluciona el problema y acaba resolviéndose en su casa, pero las más desfavorecidas son más proclives a la intervención de la justicia”, nos decía.

Fruto de esta idea había colaborado con el Departament de Justícia y consiguió que se abriera la posibilidad de atender a determinados jóvenes bajo su tutela y de ahí la propuesta que nos hizo. Desgraciada-

mente, en aquellas épocas y como ya he comentado, no existía aún en Catalunya una red pública de atención a la infancia y a la adolescencia y las condiciones de nuestro centro eran limitadas y basadas en el voluntarismo: horario limitado de los profesionales, condiciones económicas con los pacientes que denominábamos “semiprivadas” por tener precios más reducidos que en régimen privado, y de carácter ambulatorio⁷⁽⁴⁾ Por este motivo no nos vimos capaces de asumir este reto que más adelante fue llevado a cabo por nuestros compañeros del Hospital de Sant Pere Claver de Barcelona.

Contribuyó con sus ideas y en diversas reuniones en la elaboración de las publicaciones de nuestros trabajos y, con extrema generosidad, no quiso constar como coautor. Estas son algunas, elaboradas por nuestro “grupo pequeño” (Bayle Baixeras, Mercedes; Galligó Mingo, Teresa; Martín Oyonarte, Carme; Soriano Sala, Assumpció; Torné Altisent, Roser; Vall Vallès, Xavier y Valls Artigas, Raquel):

- (1983): *“Psicoteràpia de l’adolescent i problemes que planteja la seva aplicació en el marc institucional”*, ponencia presentada en la PPIP (Psicoteràpia Psicoanalítica a la Institució Pública), Barcelona, (inédito).
- (1984): *“L’adolescent entre la progressió i la regressió”*, ponencia presentada en el Simposi sobre joventut i conflicte, 1er Congrés Internacional d’AIEMPR, Sant Cugat de Vallès.
- (1984): *“Focalització i termini fix en la psicoteràpia de l’adolescent”*, ponencia presentada en el I Congrés Nacional de SEPYP-NA, Lleida.

7. Esta experiencia del departamento de adolescentes quedó recogida en el *“Informe sobre una experiència assistencial amb adolescents en un marc institucional”*, publicado en Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia Infantil, nº 2 (Revista de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente, 1986); y en Salud Mental Comunitaria, nº 2, 1989 (en línea).

- (1986): *“Informe sobre una experiència assistencial amb adolescents en un marc institucional”*, publicado en Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia Infantil, nº 2; y en Salud Mental Comunitaria, nº 2 (1989)

Luis, aunque no quisiste que figurara tu nombre, todas ellas son también publicaciones tuyas.

Muchas gracias por todas tus aportaciones. Sin ti no hubiésemos sido los mismos.

ADOLESCENCIA

ADOLESCENCIA Y CRECIMIENTO

Rosa Ros i Rahola

Comentario a la conferencia “Adolescencia y crecimiento” (2005)

El domingo día 26 de febrero a media tarde fui a ver la película “The Quiet Girl” con una niña de 9 años como protagonista, en plena fase de crecimiento y con las emociones cohibidas que recomiendo de corazón. No obstante, lo que me impactó fue el recordar de inmediato todo lo que he estado leyendo y analizando sobre la Conferencia del Dr. Luis Feduchi “Adolescencia y Crecimiento” en relación a los retratos de Rineke Dijkstra, unas fotografías que conmueven y emocionan al igual que la película.

Las sugerencias planteadas a lo largo de la conferencia a partir de la observación de los retratos sobre el crecimiento de niños y adolescentes, entre ellas la necesidad de ser comprendidos por las personas referentes y del valor del vínculo afectivo para poder evolucionar y progresar, están todas presentes en el trasfondo de la película.

Esta película es claramente inspiradora y universal al igual que “Alcarràs”. ¡Cómo me habría gustado poder debatir con el Dr. Feduchi el guion, la fotografía, los distintos planos y expresiones de la niña, los silencios, las emociones que despierta y en general, todas las escenas de esta película!

Rinecke Dijkstra, experta en retratos, consiguió la fama con la serie “Beach portraits”, retratos frontales sin filtro y de cuerpo entero

de adolescentes. Con ellas indaga la verdadera naturaleza y vulnerabilidad de las personas.

El Dr. Luis Feduchi, inicia la conferencia a partir de los retratos de esta artista, con la elegancia que lo caracterizaba, agradeciendo la presencia de los oyentes e invitando a un intercambio de opiniones. A él siempre le interesó escuchar y poder ilustrarse de las opiniones y aportaciones de los demás. Esta conferencia no deja ningún espacio vacío de contenido sobre lo que significa y lo que cuesta crecer y ser adolescente.

En un principio hay una magnífica referencia sobre la idea de “pararse a ver crecer”, sea un amanecer, un ocaso, de pararse a ver algo que se mueve delante de ti. Nos hace interesar por el gran valor de la observación (de la naturaleza, del desarrollo, de los cambios) y de la importancia de reflexionar sobre ello.

Las primeras opiniones sobre la exposición son plácidas: “se ven madres que tienen a sus hijos en brazos cuando apenas la ternura se abre paso de lo biológico”, sus comentarios sobre una serie de fotografías de una niña sentada en una silla desde pequeña, donde los pies quedan colgando en el aire, y retrata cómo se va acortando la distancia que hay entre sus pies y el suelo a medida que crece. Cuando toca de pies al suelo ya ha aparecido la pubertad. El observa que en estas fotografías sucesivas se refleja todo el significado del crecimiento, de la evolución. Desde lo simbólico a lo real.

Se refiere al momento de la pubertad como una “explosión”, no sólo cuantitativa sino también cualitativa. Aquí no olvida mencionar la crisis de los progenitores y su coincidencia con el período en que sus adolescentes están en pleno movimiento y crecimiento. Sus padres y madres también están en un momento de cambios, fisiológicos, corporales y psíquicos.

A continuación, habla del atractivo de la adolescencia cuando irrumpen los cambios fisiológicos/hormonales coincidiendo con los del esqueleto y la musculatura. Pasan a ser personas distintas, la voz, la altura, la expresión, la mirada, etc. En este momento también las vísceras terminan de desarrollarse, entre ellas el aparato endocrino que ocasiona la conformación corporal con la maduración de los caracteres sexuales secundarios. Con todos estos cambios los aspectos psicológicos no pueden pasar desapercibidos.

Interesante es la referencia sobre los términos pubertad, llamada así en la medicina, adolescencia, un término considerado más psicológico, y juventud, más cercano a lo sociológico.

De hecho (según etnias, zona geográfica, genética), apunta que el desarrollo del individuo termina entre los 18 y 19 años. Entre los 12 y los 18 años pasan cantidad de cosas al mismo tiempo y el que fue niño o niña se empieza a separar de vez en cuando de los progenitores, padre y/o madre. En esta época tan acortada, acontecen los fuertes cambios corporales además de los psicológicos, intelectuales, sociales.

Es sugestiva la descripción que hace del niño, conformado para aprender a través del juego, de la socialización, de la escuela, etc. Aunque siempre como individuo dependiente, junto con los adultos de los cuales depende y que le amparan.

Sigue la interesante reflexión sobre la pubertad, en donde se pasa de ser un niño a encontrarse con un cuerpo nuevo con sensaciones e impulsos desconocidos. Con necesidad de relaciones nuevas no solo amorosas sino también de amistad; de probar cómo te desenvuelves dentro de los cambios psicológicos, afectivos y las nuevas capacidades intelectuales.

Comenta que también se trata de asumir la información que le va dando su cuerpo cambiante en el camino hacia su identidad femeni-

na o masculina. Se trata de una persona impulsada a mostrar afecto a otras personas fuera de la familia, que busca experiencias nuevas y que explora las áreas donde quiere o pretende socializar y romper con lo que se sentía más protegida. Necesita nuevos ámbitos donde desarrollarse.

A partir de aquí señala tres aspectos que van a predominar en la persona adolescente:

1. Necesidad de verificar nuevas capacidades, estado corporal, estado intelectual y realidad externa. Como características propias del adolescente, actuar y hacer. Ha de adquirir experiencia en contacto con el entorno.
2. La intimidad, que aparece por primera vez, y será muy significativa para poder compartir experiencias de todo tipo, incluidas las sexuales, e información con quién él o ella elijan. La intimidad de los y las adolescentes les cuesta de entenderla a los adultos y pueden hacer una lectura de rechazo hacia ellos o de secretos.
3. El tercer aspecto relevante es la formación de grupo, la pertenencia a un grupo de iguales. Para el adolescente es básico formar parte de un grupo donde acontecen intercambios de experiencias, de roles, aparecen los amigos y amigas íntimos con quién se comparten intimidad y experiencias nuevas.

El Dr. Feduchi señala que el grupo espontáneo, no el escolar, a veces puede ser motivo de conflicto, peleas, amores, desamores, por los individuos que lo conforman y los posibles cambios que se van sucediendo. Según él, es una experiencia inevitable de la etapa.

Remarca la importancia de explorar estos tres aspectos de los y las adolescentes en la clínica. Indagar si tiene secretos y no los quiere

contar, si se arriesga en sus acciones para ponerse a prueba. Ello nos puede dar a entender que vive bien su etapa de crisis.

En este momento, defiende a padres y madres con sus sospechas al desconocer el grupo, frente a los secretos que no comparten y a su intimidad, y las fantasías y ansiedades que todo ello les genera. Algunas veces, aparecerán situaciones difíciles de manejar. Pueden darse actuaciones que rozan los límites, las leyes y las normas de convivencia y que le llevaran a correr peligro.

El Dr. Luis Feduchi era un gran admirador de toda creación artística y sabía mirar, reflexionar y admirar toda lo que una obra de arte puede proyectar. La exposición de fotografías de Rineke Dijkstra, estimuló su agudeza en relación a lo estático y lo que sugiere la mirada; él dice “te permite mirar, y mirar en su mirar” y hacerte preguntas ¿cómo están este chico o esta chica? ¿qué les debe estar pasando? ¿qué piensan? Su mirada, aunque estática, trasluce sentimientos de felicidad, tristeza, enfado, miedo, angustia.

El/la adolescente suele mirar todo el rato a ver cómo le vemos y mirar a ver cómo nos ve él. Con su juego de miradas recibe información y no deja de ser una proyección. Se trata de mirar hacia fuera y hacia dentro para informarse y comprender.

Por ejemplo, para comprender la importancia de la mirada adolescente y su significado, explica que en el inicio de una pelea suele surgir la pregunta: ¿por qué me miras? Y al final aparece la frase: “porque me han mirado mal”. Hay una dialéctica constante entre el adolescente y el entorno.

Aquí distingue dos entornos, el habitual (el grupo familiar, la escuela, el barrio o pueblo) en donde el/la niño/a ha crecido, hasta

que llega la adolescencia y busca otros ambientes y territorios para experimentar. Durante este proceso de maduración se establece y se precisa una dialéctica entre estos dos ámbitos. No ha dejado todavía de ser niño/a y ya es casi adulto/a. Los adultos que acompañan a veces fomentan estas salidas y otras veces las limitan, aunque saben que los y las adolescentes necesitan recibir inputs de identidades más adultas fuera de su área de confort.

En su exposición comenta que algunas de las fotos muestran esta búsqueda de otros entornos nuevos y sugerentes y a veces, violentos y con distintos riesgos, para ir conformando la identidad, (chicas entrando en una discoteca, vestidos de soldados para el servicio obligatorio, soldado de la legión como voluntario). El y la adolescente adquieren experiencia y se arriesgan, a menudo a través de acciones comprometidas y cercanas a la violencia.

Comenta que en estos momentos hay una doble tendencia, un vaivén de lo progresivo y lo regresivo. Piden a los adultos que les apoyen en su parte más adulta y a la vez que les contengas y les limiten sus aspectos más regresivos.

Nos hace ser conscientes de que todos los humanos estamos sometidos a esta doble tendencia de tirar hacia adelante y de quedarse atrás o retroceder a lo conocido y más cómodo, en términos ideológicos lo conservador y lo progresivo. Aunque en el adolescente está más acentuada, con riesgos mayores por todo lo nuevo que tiene que experimentar por primera vez. Desconoce lo que puede pasar.

Habla de la importancia de los límites, algo que actualmente muchos progenitores dejan de lado en el “acompañar” a crecer. Valora los límites para que no regresen y a la vez los límites y la ayuda para que progresen, considerados básicos para los y las adolescentes.

Comenta el significado del duelo, pérdida de algo que no se va a recuperar nunca, y lo atribuye también al crecimiento, pérdida de momentos que no van a volver. En la etapa adolescente habrá la pérdida de ser niño/niña y de los padres a quién se acude para preguntar, a pedir apoyo y para que resuelvan cualquier acontecimiento. Tienen que elaborar este duelo frente a nuevas posibilidades de otras relaciones, afectos, vivencias. Más tarde, recupera a estos padres y madres en correspondencia con su edad. Estos duelos, a veces, son difíciles de elaborar tanto para los adolescentes como para los padres que también pierden al niño/niña y tienen que adaptarse a un nuevo individuo, con características muy enriquecedoras, aunque difíciles de comprender y aceptar en un principio.

Subraya que la elaboración de duelos nos acompaña durante toda la vida hasta la vejez, y según las etapas estos duelos pueden ser más fuertes y complejos que en otras. A menudo, a partir de una mala elaboración del duelo, podemos llegar a atribuir la culpa al adolescente/joven de todo lo negativo que ocurre en la sociedad (violencia, delincuencia, drogas, accidentes). Muchas veces los mayores dan más importancia a lo negativo que a lo positivo que la juventud tiene para la sociedad de creativo, de renovador y a veces de revolucionario, cuando la revolución hace falta. Un ejemplo en nuestro país, los jóvenes que a partir de la objeción de conciencia consiguieron, con algún sufrimiento e incluso cárcel, derogar el servicio militar y conseguir que se convirtiera en no obligatorio.

A partir de aquí señala las obligaciones que tiene la sociedad para amparar a los adolescentes menores de edad, dando respuesta a la importancia de poner límites, creando normas e incluso leyes. La sociedad está obligada a dar una enseñanza, por ello hay una ley que contempla la enseñanza obligatoria, y otras leyes específicas para esta

etapa con el objetivo de proteger sus derechos y su desarrollo cuando la familia no puede ofrecer el confort necesario. Diferentes instituciones, disciplinas, administraciones, con la creación de centros especiales y/o familias de acogida entre otros, se ocupan de atender y ofrecer el mejor apoyo posible a estos menores de edad. Si se trata de adolescentes con algún delito (mayor o menor) se les aplica la Ley del Menor y se da importancia a la educación y rehabilitación considerando que aún no tienen la personalidad suficientemente estructurada.

En este momento de la conferencia hace una reflexión muy interesante sobre las contradicciones de normas y leyes establecidas en nuestro país según las diferentes edades hasta los 18 años, las prohibiciones y lo permitido, las normas protectoras y las estimuladoras para favorecer los cambios. Entre ellas que la atención pediátrica termine a los 14 años y en cambio en salud mental se puedan atender hasta los 18 años.

No se olvida de comentar que los cambios en la adolescencia son muy fuertes y dinámicos, y frente a todo lo nuevo que germina y surge ellos serán los primeros en adquirirlo y a la vez, devolver un planteamiento distinto a la sociedad que esta no llegará a tiempo de ordenar. Los y las adolescentes siempre nos llevarán ventaja.

Para concluir, tal como ya he comentado anteriormente, recordar que el Dr. Luis Feduchi tenía un conocimiento extensísimo y admirable de todas las particularidades de los y las adolescentes a lo largo de su desarrollo y crecimiento.

En su trabajo cotidiano de atención, de formación y soporte a profesionales e igualmente en sus conferencias a padres y madres o al público en general, invitaba a reflexionar al no dejar ninguna frase vacía de contenido sobre los avatares de esta etapa tan significativa, convulsa, creativa, arriesgada y también necesitada.

RECORDANDO CON GRATITUD A LUIS FEDUCHI, UN PSICOANALISTA DE AMPLIO ESPECTRO

Neri Daurella de Nadal

Comentario a “El adolescente ante su futuro”

Este artículo de Luis Feduchi apareció en el primer número de la edición digital de la revista *Temas de Psicoanálisis*, publicación en castellano de la Sociedad Española de Psicoanálisis (SEP) que había iniciado su edición impresa en 1996, hasta que pasó a formato exclusivamente digital y de carácter gratuito en enero de 2011, y desde entonces ha venido publicándose hasta hoy con periodicidad semestral. Para contextualizar un poco, recordemos que la SEP no contó con una publicación periódica hasta que el Institut de Psicoanàlisi de Barcelona (creado en 1971 como su órgano docente) inició la publicación de la *Revista Catalana de Psicoanàlisi* en 1984. Pasaron 12 años hasta que se consiguió ampliar la difusión del trabajo científico de la SEP en castellano, y 11 años más hasta que se digitalizó la revista.

En el apartado de “Quiénes somos” de la revista podemos leer que pretende ser un espacio abierto a las diferentes orientaciones y perspectivas psicoanalíticas, prestando especial atención al campo de las psicoterapias. Se ofrece también como un espacio de reflexión psicoanalítica aplicada a los problemas y fenómenos de la sociedad y

cultura actuales, para pensar *en* el psicoanálisis y para pensar *desde* el psicoanálisis todo tipo de temas.

Este artículo fue el primero y único que publicó Luis Feduchi en esta revista. Lo había escrito en 2010, cuando ya había cumplido 78 años, con la perspectiva que le daba su larga vida personal y profesional. Y lo firmó como “Luis Feduchi Benlliure. Psiquiatra. Psicoanalista. Colaborador y supervisor en varios Servicios de atención al adolescente.” Así se autoidentificaba Feduchi en esta publicación, en su calidad de psiquiatra y psicoanalista, sin referencia a adscripciones institucionales, pero vinculado como colaborador y supervisor con diversos servicios de atención al adolescente, a los que se referiría más concretamente a lo largo del artículo.

Conociendo a Feduchi en sus diferentes facetas

Esta forma de presentar su perfil profesional me ha evocado mi primera impresión de Luis Feduchi cuando le conocí en un contexto bien diferente, hace ya más de 50 años, en el Hospital Clínico de Barcelona, donde ofrecía un espacio para profesionales de la psiquiatría y la psicología clínica en prácticas, al margen de toda formación curricular, donde los que nos estábamos formando como futuros psicólogos clínicos podíamos ir a plantear las dificultades que nos surgían en la relación con los pacientes, para las que los instrumentos que nos ofrecía la enseñanza oficial no nos eran suficientes.

En aquella época, la enseñanza oficial en la Escuela Profesional de Psicología Clínica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona era marcadamente biologista y conductista (estoy hablando de los años 70-75, cuando ni siquiera se había iniciado la evolución hacia lo cognitivo-conductual). Nos presentaban las técnicas de mo-

dificación de conducta como lo más avanzado, de eficacia comprobada estadísticamente, y lo único que podía considerarse validado científicamente en psicología clínica. Los instrumentos que se nos brindaban para ayudar a nuestros pacientes eran una serie de técnicas muy específicas (relajación, desensibilización sistemática, *implosion*, *thought stopping*, terapias aversivas, técnicas de Masters & Johnson para los trastornos de la consulta sexual, etc.). Recuerdo mi desesperación cuando una y otra vez tenía la impresión de que mis pacientes no se sentían comprendidos en su sufrimiento, trataban de cumplir las instrucciones que yo les transmitía, y cuando le planteaba mis dificultades al jefe del Servicio de Psicofisiología responsable de las prácticas clínicas éste se limitaba a decirme que había de insistir más.

Tuve noticias de que un psicoanalista, el Dr. Feduchi, ofrecía un espacio para plantear nuestras dificultades, y me atreví a plantear mis dudas en aquel espacio grupal que nos ofrecía. Allí descubrí que no era la única que sentía la necesidad de algo más. Fue una experiencia relacional que me abriría un mundo de esperanza: había profesionales cordiales, empáticos, generosos, que se tomaban en serio el sufrimiento de los pacientes y las angustias de los psicólogos con grandes déficits de formación, pero empeñados en buscar algo mejor. Y así fue cómo me interesé por la formación psicoanalítica por primera vez.

Cuando mi jefe de servicio vio que yo empezaba a aproximarme al psicoanálisis, que según él era un abordaje no científico y totalmente superado, reaccionó diciéndome que el psicoanálisis “no era más que literatura o filosofía”. Aquel comentario tuvo el efecto paradójico de que me interesara aún más por la perspectiva integradora y no reduccionista que se respiraba en el grupo de reflexión que nos ofrecía Feduchi. Y comprendí el significado de lo que muchas veces se presenta bajo la denominación de “Modelo bio-psico-social”, a la que suelo

añadir “cultural”, aunque, por supuesto, lo cultural esté incluido en lo social.

Luego, cuando pasé a formarme como psicoanalista en el Instituto de Psicoanálisis de Barcelona, tuve muchas oportunidades de conocer más a Feduchi personalmente, de saber de su recorrido desde su Madrid natal, de su entorno familiar y cultural tan vinculado al mundo de la arquitectura por su familia paterna y a la escultura por la materna, hasta que su motivación por la psiquiatría, en una época en que la psiquiatría oficial no podía responder a sus necesidades de formación, le había impulsado a buscar en Barcelona al grupo de pioneros que estaban organizando la Sociedad Luso-Española de Psicoanálisis, con sede en Barcelona, que sería reconocida por la IPA en 1959, y a analizarse con el que fue su primer presidente, el doctor Pere Bofill. Su apuesta por la formación psicoanalítica era muy fuerte. Le llevó a instalarse en Barcelona con su esposa, Leticia Escario, que también se formó como psicoanalista en esta ciudad, y aquí criaron a sus hijas, que orientarían su vida profesional en el campo artístico.

En el Instituto de Psicoanálisis conocí la faceta de Feduchi como psicoanalista didacta en una Sociedad muy marcada por la influencia del grupo kleiniano de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Aunque nunca me pareció que esta influencia le marcara tanto como a otros didactas (de hecho, una vez me dijo con su humor característico, que no se arrepentía de no haber dedicado años de su vida a aprender inglés, porque había dedicado todo ese tiempo a cosas más interesantes). Si bien esto puede sonar a *boutade*, para mí era evidente que Feduchi se movía como pez en el agua en mundos muy diversos, era amigo de escritores que habían encontrado mucho apoyo en la Barcelona acogedora de la época del boom latinoamericano. Entre sus contactos de aquellos años de la transición de la dictadura franquista a la democracia se encontraba Rosa Regás, que por entonces lanzó en

su editorial La Gaya Ciencia una colección de divulgación al estilo de la francesa “Què sais-je?”, y publicó varios libritos muy interesantes de psicoanalistas a los que encargaba responder a la pregunta “¿Qué es ...? ... la sexualidad ... el niño ... la emigración ... los celos ... el orgasmo ... A Feduchi le correspondió “Qué es la adolescencia”, publicado en 1977, una muestra de lo que es una buena divulgación, que bien merecería una reedición.

Y es que Feduchi se había ido interesando cada vez más por la etapa vital de la adolescencia, y era cada vez más conocido como el referente, especialista en adolescentes, al que consultábamos todos cuando teníamos un familiar o un paciente que atravesaba las turbulencias de esta etapa. Y supimos de su dedicación cada vez mayor a este tema, no sólo en la clínica psicoanalítica sino aportando su comprensión al impacto del contexto en el adolescente y en su medio familiar, escolar y social. Y de su colaboración con equipos de asistencia a adolescentes con problemas que habían requerido la atención del Departamento de Justicia Juvenil de la Generalitat: equipos técnicos, delegados de asistencia al menor, programas de mediación y reparación a las víctimas de delitos cometidos por adolescentes.

Comentarios sobre el artículo

Volviendo al artículo objeto de este comentario, “El adolescente ante su futuro”, vemos cómo lo inicia con una frase impactante: “La idea de futuro encierra lo desconocido. Sólo hay una cosa cierta que sucederá: la muerte”. Y a continuación, antes de escribir como psicoanalista, reconoce que sólo los poetas se han atrevido a acercarse al misterio del futuro y las inquietudes que despierta. Y cita desde las *Coplas* de Jorge Manrique a la muerte de su padre hasta al “*Vivo sin vivir en mí*” de los místicos (sin nombrar a Teresa de Jesús). Tam-

bién cita “*Arden las pérdidas*” de Antonio Gamoneda, contemporáneo suyo. A éste yo no lo conocía, y una vez más le agradezco que me haya descubierto al autor de esta poesía de hondo calado:

*Arden las pérdidas. Ya ardían
en la cabeza de mi madre. Antes
ardió la verdad y ardió
también mi pensamiento. Ahora
mi pasión es la indiferencia.*

Gamoneda y Feduchi escriben ambos en una etapa parecida de su ciclo vital (en la década de sus 70 años de edad), pero la diferencia de actitud es impresionante: para Luis no parece que su pasión sea la indiferencia, sino su amor post-narcisista por las generaciones que le siguen. Así que se dispone a aportarnos conceptos que puedan ayudar al lector a comprender algunas dinámicas psicológicas que se ponen en marcha cuando surgen ansiedades frente al futuro, en el tránsito entre la etapa infantil y la adulta que es propia de la adolescencia. Y hace una descripción sintética y muy lúcida del ambiente de incertidumbre que caracteriza este momento evolutivo tan intenso: tendencias progresivas y regresivas en dialéctica constante, ansiedades y defensas, y papel primordial del entorno (familiar, escolar y social). Muchos autores, nos dice, han asemejado el papel que juega el entorno en esta etapa del desarrollo a la importancia que tienen la atención y la contención en la primera infancia.

Al leer esto, me viene a la mente el recuerdo de Erikson, cuando destaca que el curso del ciclo vital se desarrolla en fases, no con un

ritmo constante. Uno se adapta a una fase, alcanza una relativa calma y seguridad, pero viene un cambio, debido muchas veces a la maduración física, y el ser humano se ve obligado a adaptarse a las situaciones nuevas inherentes al ciclo vital. Y de las diferentes fases del ciclo vital, son éstas dos (la primera infancia y la adolescencia) las que en más breve espacio de tiempo requieren un mayor esfuerzo de adaptación.

El adolescente, nos dice Feduchi en este artículo, busca una nueva identidad en el mundo relacional, incorporándose a un grupo, comprobando sus conocimientos o compartiendo una ideología, y en la vivencia individual, a través de la intimidad, la autoestima y la curiosidad. Pero cuando las ansiedades que este proceso despierta en el entorno se desbordan, por su intensidad o por la fragilidad o carencia de este entorno, el conflicto se puede expresar en forma de escalada entre la transgresión de las medidas de contención y el endurecimiento de éstas, en forma de control o de expulsión. Y estos conflictos empeoran en nuestra sociedad actual donde se extiende un clima depresivo y una visión pesimista sobre el futuro.

Aquí no se refiere a las dificultades propias del conflicto generacional que se ha dado toda la vida, desde la Grecia clásica hasta nuestros días, sino a una psicopatología de la sociedad actual: una sociedad donde predomina el fracaso de la contención y el respeto mutuo en el sentido más profundo del término. En el ámbito familiar y escolar muchas veces no se encuentra una figura contenedora de autoridad, y el adolescente responde con conductas desafiantes o absentistas, a las que llega a calificar de “insumisión escolar”. Se refiere al adolescente que ya no vive la escuela como algo interesante sino como someterse a una imposición obligatoria. Y es interesante cómo reclama que se explique mejor a los jóvenes a qué se refiere la O de la ESO, que en realidad no debería subrayarse la obligatoriedad como algo que recae

primordialmente sobre el adolescente sino sobre la sociedad, obligada a ofrecer educación secundaria a todos sus miembros, según el principio de igualdad de oportunidades.

Y aquí podemos ver las reflexiones a las que ha llegado tras muchos años de colaborar con los profesionales de mediación y reparación de Justicia de Menores y con el equipo de psiquiatras y psicoterapeutas de atención al menor de Sant Pere Claver. Porque, cuando los recursos de autoridad pedagógicos, sociales y sanitarios fracasan, se recurre a la justicia. Y el conflicto se judicializa. Según las últimas estadísticas (escribe en 2010) las denuncias al adolescente por parte de la familia, la escuela y los centros han aumentado de forma alarmante. Y la mayoría de las veces el adolescente vive la denuncia como injusta.

A lo largo del artículo se percibe un intento constante de comprender las raíces de las conductas problemáticas de los adolescentes y los círculos viciosos que generan, como cuando señala que la necesidad de verificarse en la acción o en la intimidad obedece al desafío de ponerse a prueba o de demostrar la liberación de la dependencia de los mayores. Pero si los límites, absolutamente necesarios, se aplican de manera inadecuada, pueden convertir estas necesidades en conductas violentas o clandestinas: drogas, hurtos, mentiras, etc.

En lo referente al inicio de la pubertad, Feduchi recuerda cómo pediatras y endocrinos constatan que en nuestra población la pubertad está apareciendo alrededor de 2 años antes, es decir, entre los 9 y los 11 años. Y, por otra parte, el 50% de los jóvenes entre los 18 y los 30 años siguen en el hogar de los padres por falta de trabajo o de vivienda. Esta prolongación de la etapa adolescente conlleva una dificultad de experimentar la responsabilidad y la autonomía en muchos aspectos de la vida. “Estos cambios nos obligan a los profesionales

que atendemos a esta población a revisar nuestros conceptos teóricos y nuestras intervenciones para no quedarnos peligrosamente obsoletos”, dice Feduchi.

Es muy interesante esta actitud de replantearse lo que hacemos los profesionales, en vez de limitarse a interpretar las resistencias de los adolescentes. Aquí me parece clave comprender que las resistencias de los adolescentes, por ejemplo, ante un tratamiento psicoterapéutico, se deben a la situación asimétrica en que se plantea esta posibilidad, ya que el adolescente siente al terapeuta como un representante de su entorno, cómplice en el empeño de llevarle a enfrentar su futuro. Cuando el adolescente escucha las alusiones de los adultos a lo que va a hacer “el día de mañana”, muchas veces desconecta del adulto y se desinteresa de lo que le ofrece.

Feduchi nos recuerda que el terapeuta debe tratar de focalizar el conflicto en el presente en el que vive el adolescente, en sus ansiedades de quedarse atrás al no poder llevar el ritmo de sus iguales, y en cómo éstas se localizan en partes del cuerpo, o en limitaciones intelectuales, o relacionales, y ofrecerle ayuda para enfrentar sus temores y buscar dentro de él otras posibilidades que le limiten menos. Si es así el adolescente puede interesarse por el ofrecimiento de ayuda que se le ofrece. Y nos habla de su experiencia de que se pueden conseguir buenos resultados con intervenciones asistenciales reflexivas y contenedoras.

Hacia el final del artículo Feduchi se refiere a un tema que ya consideraba preocupante en los momentos en que lo escribía, y que ahora lo es todavía más: el de las ideas de suicidio en la adolescencia. Compara los relatos de los adultos tras un intento de suicidio con los de los adolescentes, y destaca que éstos los relacionan sobre todo con su incapacidad para mantenerse, no tanto en el futuro, como en el

presente: pérdidas de amigos o pareja, fracasos a la hora de conservar un vínculo que les informaba de su identidad actual, temor a causar desilusión o decepcionar a alguien que confiara en ellos.

Añorando y evocando a Feduchi

Al leer esto, he echado mucho de menos las reflexiones que habría podido aportarnos Feduchi en el momento actual, tras los efectos devastadores de la pandemia del Covid-19 sobre la salud mental de los adolescentes. Feduchi murió el 1 de diciembre de 2021, a los 89 años de edad. A partir de marzo de 2020, cuando se inició el confinamiento, con el cierre de institutos y el freno de la socialización de los adolescentes, que la necesitan como el comer, ¿dónde quedó la elaboración mental de los cambios psicobiológicos en dialéctica constante con el entorno que consideraba Feduchi la tarea fundamental de la adolescencia al final del artículo? Ahora sabemos que ante las grandes limitaciones para el contacto presencial, los jóvenes se refugiaron en la comunicación telemática, que fue un recurso útil contra el aislamiento, pero también sabemos que fue el grupo de edad más vulnerable a la ansiedad y la depresión durante la pandemia. Aumentó casi el 250% de las llamadas al teléfono de la esperanza por ideas suicidas entre los adolescentes.

También he echado de menos las reflexiones que nos podría haber aportado Feduchi cuando recientemente nos hemos visto interpelados por otra pandemia: la de la llamada “disforia de género de inicio rápido”, que empezó a afectar a un número creciente de adolescentes, más chicas que chicos, a provocar mucho desconcierto y sufrimiento en el entorno familiar, y nos obligó a los profesionales de la asistencia psicológica a ponernos al día para ofrecer “intervenciones asistenciales

reflexivas y contenedoras” como las que proponía Feduchi en su artículo cuando nos llegan “casos en los que predomina el fracaso de la contención familiar y social y la falta de respeto mutuo”.

Feduchi nos transmitió su preocupación por el futuro que esperaba a la generación de hijos y nietos, en un contexto de puesta a prueba de la salud mental individual y colectiva de los adolescentes. Y estuvo siempre en la brecha, disponible para ofrecer espacios donde compartir sentimientos, emociones y reflexiones, sin abandonarnos al desánimo, a los que nos sentimos interpelados por la difícil situación actual.

Con la perspectiva que me da estar en una edad que se aproxima a la que tenía Feduchi cuando escribió este artículo, puedo reconocer que aquella experiencia inicial en los grupos de reflexión que nos ofrecía en el Clínico hace 50 años seguramente fue un primer paso en mi valoración de ese tipo de espacios grupales a los que me he dedicado a lo largo de mi vida profesional: aunque no fue Feduchi quien me descubrió a Balint, la experiencia grupal que nos ofreció hace ya 50 años tenía todas las características de un grupo Balint. Me refiero a cuando un psicoanalista puede ofrecer un espacio a profesionales de la asistencia médica, psicológica o social centrados en las dificultades que se presentan en su relación con los pacientes, sus familias y su entorno. Y cuando se da un clima de libertad en la comunicación, los diferentes participantes hablan desde diferentes perspectivas, según sus diferentes sensibilidades y capacidades personales, destacan aspectos que al que presenta el caso le han podido pasar por alto, y se manifiestan múltiples identificaciones. La función del psicoanalista en este tipo de grupo es la de recoger todos estos elementos y ayudar a pensar. No se trata de brindar interpretaciones ni de dar consejos, sino de estimular a los participantes a que aumente su función reflexiva sobre la relación que se está dando con los pacientes, los familiares y/o los profesionales con los que comparten la atención al paciente.

Ahora que ya no contamos con la presencia física de Luis Feduchi, el recuerdo de las experiencias compartidas con él es muchas veces una ayuda para no sentirnos desbordados por la ansiedad y contagiarnos de fantasías apocalípticas de esas que, si colonizan nuestra mente, pueden paralizar nuestra capacidad de pensar y actuar constructiva y solidariamente.

TEJIENDO Y DESTEJIENDO IDENTIDADES

Àngels González, Teo Benito, Montse Grau,
Montse Yagüe, Ana Piqueras.

Comentario a “Fuga, ruta y viaje” (2018)

Aquesta és la meva carta al món,
Que mai no em va escriure, —
Les notícies senzilles que la Natura explicava
Amb tendra majestat.
El seu missatge s’envia
A mans que no puc veure;
Per l’amor d’ella, afables paisans
Jutgeu-me amb tendresa!
Emily Dickinson

Envejecer tiene su gracia.
Es igual que de joven
aprender a bailar, plegarse a un ritmo
más insistente que nuestra propia inexperiencia.
Y procura también cierto instintivo
placer curioso,
una segunda naturaleza.
Jaime Gil de Biedma
Antes de ser maduro

Ante todo, la voz. Creo que escuchar su voz constituye una emoción única; un privilegio para la audiencia que se renueva siempre... Tenía una voz persuasiva, musical: parecía rozar las palabras para presentarlas con gracia a sus interlocutores, con toda la frescura del rocío; casi como un olor o un sabor proustiano donde descubrir la parte más vital y verdadera de uno mismo...»

Luigi Fontanella. Introducción.
Pier Paolo Pasolini. La poesía no se consume.

Llegó a nuestra vida profesional hace unos cuantos años, allá a mediados de los 90 del siglo pasado. Dicho así, parece una eternidad, pero a nosotras se nos hizo corto, ¡añoramos tanto el tiempo compartido!

Nos habían hablado muy bien de él, de manera que decidimos darnos una oportunidad. Llegó de forma decidida y discreta, pero algo nos desconcertaba, imaginaos: una eminencia de nariz prominente, ojos que escuchan, oídos que analizan, el pelo alborotado... ¡Y, además, llegaba en Vespa!, eso sí que nos robó el corazón, ¡cómo no íbamos a rendirnos a sus pies! Fue un amor a primera vista. Bueno, igual no fue exactamente así, pero qué más da, los inicios de una historia de amor siempre se reinventan, porque en realidad lo que más importa es el viaje.

Perdonad, no nos hemos presentado. Nosotras somos profesionales del programa de Asesoramiento, del colectivo de Justicia Juvenil, y nuestro cometido es el de asesorar a la instancia judicial, tal como dice la Ley de Responsabilidad Penal del Menor, acerca de los aspectos educativos, personales, sociales..., valorando su situación y la posible intervención educativa. En definitiva, somos lo que se conoce con el nombre de Equipo Técnico de la jurisdicción de menores.

Y alrededor de una mesa rectangular, poniendo el foco en la cabecera de la mesa, con tu ademán tranquilo y próximo, nos mirabas con aquella mirada apacible y llena de aprecio con que nos escuchabas. Y no os penséis que caminar juntas fue una tarea fácil, cada una con su ritmo y su manera de proceder. Fue necesario ponerse de acuerdo para colocar todas el mismo pie en la misma dirección. Después, como no, siempre habría sutilezas, personalidades, idiosincrasias... Crecimos juntas bajo tu atenta mirada y el cobijo de tus palabras. Fueron años de descubrimiento y desarrollo, también momentos de ilusión, de creatividad, de mucho pensamiento y de ir construyendo ideas.

De esta manera, sesión tras sesión, aprendimos a mirar qué había más allá del ademán torpe del adolescente que teníamos delante; a escuchar más allá del despropósito o la impertinencia de sus palabras, más allá de estas y de la gesticulación con que se manifestaba.

«Estoy enfadado con el mundo. ¡Enfadado... no, estoy rebotado!, cabreado del todo y con todos! No sé cómo hacerlo. Me enfado y lo pateo todo, me duele hasta el alma, mis amarguras castigan a quien está conmigo... Me dicen que explicarlo ayuda, pero yo no sé cómo decirlo... Pero además es que nadie me entiende, nadie sabe cómo me siento y no me creen. ¡Se piensan que me lo invento, que lo digo para no ir al insti, que lo hago para salir hasta más tarde con los colegas, ellos que tampoco me entienden! ¡No sé cómo hacerlo!

Es adolescente y se desgañita ante la vida, violenta el entorno, desafía a quién lo acompaña. No puede, no sabe... Quiere alejarse, huir lejos de los adultos que no lo quieren, de los amigos que le aburren y le cansan, se enfada con lo que ve y, por no romperse de nuevo, rompe los retrovisores que se encuentra en medio de la noche amiga. Solo la noche es suficiente amiga...

Busca y busca mientras se rompe e intenta desesperadamente continuar entero».

Entendimos la diferencia entre valorar y juzgar, a comprender quién teníamos delante por él o ella misma: *«haya hecho lo que haya hecho, lo que tenemos delante es un adolescente»*, nos repetías con cierta insistencia. Teníamos que incorporar la idea para poder atenderlos con la honestidad que tú nos transmitías. Y, además, más allá de aprender a mirar y a escuchar, teníamos que aprender a explicarlo a quien sabía de leyes, pero no de adolescentes. Y estos no siempre nos lo ponían, ni nos lo ponen fácil, como debe ser.

«No quiero que los mayores hablen de mí. Quiero desaparecer, no estar, no ser. Busco un lugar y no lo encuentro, me hago espacio y estoy sola. Es tan grande el agujero que me pierdo en él, encuentro un pasillo estrecho por donde pasar, pero no quepo. Estoy perdida sin saber cómo salir del laberinto. Pero salgo adelante, sigo mi necesidad que me empuja pasillo allá, aunque me rasque o me hiera, yo continuo porque tengo que marchar, no sé dónde, pero seguro que hay un lugar donde tengo espacio, lejos de los adultos que no me entienden, lejos de las amigas que ignoran lo que siento. Lo tengo que hacer sola, porque sola estoy conmigo misma.

No sabíamos qué era lo que la había traído hasta aquí, con este sentimiento tan fuerte de soledad y aislamiento. ¿Qué podíamos hacer para ayudarla? Era la pregunta que nos hacíamos insistentemente.»

Nos cediste un legado de ideas, pensamientos, conocimientos que siempre nos han acompañado, y nos siguen acompañando, mientras escuchábamos, mirábamos, reflexionábamos y hacíamos para entender qué teníamos que valorar en aquel caso concreto.

Ideas que salían de tu boca de forma diáfana y sencilla, con una gran habilidad didáctica que no obviaba a nadie de las presentes, que nos removíamos inquietas en la mesa, a veces impulsivas, otras más

razonables, pero siempre atentas a lo que decías, no fuera que se nos escapara algo.

A lo largo de los años, nos las presentaste: *el aburrimiento* como funcionamiento y vía de escape; *la violencia* como elemento de fácil identificación; el concepto de «*adolescente abortado*»; *la sobreprotección* que interrumpe el crecimiento; *el abandono* que se actúa; el aburrimiento y la necesidad de *verificación* del adolescente; a no confundir *tolerancia* con *transigencia*; a entender su necesidad de *salir* para no quedarse *atrás*... Es decir, todo aquello que iba conformando la identidad que busca desesperadamente el adolescente.

«Me voy, no quiero ser cómo soy, tengo que largarme de este lugar donde nadie me entiende, me tengo que alejar de mis padres: bueno, de mi padre no mucho, no está nunca, es él quien se aleja de nosotros; de mi madre sí, ¡siempre encima, siempre insistiendo, siempre controlando!, ¡no me deja en paz ni vivir en paz! No me deja ni respirar: con quién vas, a donde vas, a qué hora volverás, seguro que te meterás en un lío, estarías mejor en casa, yo cuidaré de ti... Y nadie tiene en cuenta lo que yo quiero. Me voy al insti, allá donde están mis amigos y tenemos encima el Jefe de estudios, que nos persigue, nos asedia, nos controla: que si el tabaco, que si los porros, que si el móvil... ¡Y yo lo que quiero es que me dejen en paz y vivir la vida! Cuando quieren que lo haga, ¿cuándo esté amargado como ellos?

Había que entenderlo para poder hacer aquello que fuera lo correcto, lo que fuera mejor para él»

El grupo que da identidad y sentimiento de pertenencia. También hablamos mucho de nuestra intervención y nuestra metodología, «*no responder con urgencia a la demanda urgente*», ...

Siempre con esa modestia tuya tan intensa, nos decías aquello de que tú no eras un supervisor, ya que para ello deberías hacer el mis-

mo trabajo que nosotras, que eras un observador que nos ofrecía lo que sabías para qué lo utilizáramos, si es que nos iba bien. Pero para nosotras eras como una guía o como un guionista que nos ayudaba a estructurar la película entera.

«Yo lo que quiero es desaparecer, irme sin dejar rastro para que nadie me siga. Que me dejen en paz de una vez. Con esa metralleta, todo el día taladrándome los oídos. ¡Qué pesadez! Ni una ni el otro me entendieron nunca, siempre peleando como si yo fuera el motivo, pero en realidad peleaban ellos sin tenerme en cuenta. Parecía que sobrara, que no tuviera un lugar en la vida de ninguno de los dos. Y fumo, sí, para dormir, para despertar, para disfrutar, para olvidar. Ellos quieren que tome pastillas, dicen que me irá bien, que así no pelearé, pero no, yo no quiero, que me dejen KO. Prefiero mis porros que me hacen sentir como si volara, como un pájaro viajando buscando mundos».

Y ese muchacho o muchacha que necesitaba marchar no sabemos si huyó del mundo, si viajó para conocerlo o sencillamente hizo la ruta que necesitaba para llegar a su sitio, tal y como nos enseñaste.

Desde aquel inicio, en los años noventa, hasta hoy, las cosas han cambiado muchísimo. Los equipos han tenido que adaptarse a nuevas necesidades y, por lo tanto, hacer los cambios necesarios. Pero en nuestra mente siempre nos queda aquella reflexión metodológica que nos hacía a menudo: «No os salgáis de vuestro marco. Vosotros sois un poco como las urgencias donde todo anda corriendo y angustiado. Pero no podéis suplir a otros servicios».

Pensad que el Servicio donde trabajamos ha cambiado como mínimo tres veces de nombre, y probablemente lo volverá a hacer en los años que están por llegar, pero nosotras nos mantuvimos leales

e incondicionales a Luis, hasta que este, hacia mediados de los años diez de este siglo, decidió que había llegado el momento de dejarnos.

Habíamos empezado con un espacio de supervisión de dos viernes al mes, al primer recorte, nos quedamos con un viernes al mes hasta que lo suprimieron, de momento, de forma definitiva.

Cuando decidió que había llegado el momento de dejarnos, todavía disfrutábamos del espacio de supervisión, y seguimos, pues, con otro supervisor, continuador de su trabajo y el buen hacer de Luis.

¡Aquella mañana nos habíamos levantado llenas de añoranza, nostálgicas!

Las palabras nos sacudían los sesos, las frases nos martilleaban la cabeza, el sonido de su voz nos arrojaba el corazón.

No sabíamos qué hacer para reencontrar las palabras, pero reunidas alrededor de la mesa supimos que solo recuperando tu voz podíamos recuperar las palabras. Hacía ya cuatro años que nos había dejado, y la desazón de la añoranza estaba atolondrada.

Os podéis hacer una idea, nos había dejado cargando preguntas y dudas. Intentábamos recordar todo lo que nos había dicho y enseñado, pero a veces había algún tema que... no sabíamos detallar demasiado bien. De manera que... ¿Y si le pedimos a Luis que nos lo vuelva a explicar? Dicho y hecho. Le escribimos un correo electrónico donde le pedíamos si nos podía aclarar nuevamente los conceptos y las diferencias de **Fuga, Ruta y Viaje**.

Y como no podía ser de otro modo, nos contestó con toda su afección. Parecíamos niñas con zapatos nuevos, de tan contentas que estábamos de recibir y acoger sus palabras, más allá de la descripción de los procesos de fuga.

Primero pensamos en fugarnos, cuáles jóvenes en busca de emociones; luego pensamos que lo mejor era hacer ruta, como la que hemos ido haciendo todos estos años, pero, al final, descubrimos que lo que hemos hecho es un viaje, un viaje contigo... porque el viaje contempla siempre el retorno y eso es lo que queremos hacer, reanudar el camino junto a ti, mantener la esperanza de viajar de nuevo contigo.

Como buen preceptor, siempre ibas a nuestro lado un paso por delante, ¡claro, tú ibas en *vespa* y nosotras a pie! Lo mismo que nos repetías cuando hablábamos de adolescencia. *«Ellos, los adolescentes, siempre van por delante de nosotros, ¡cuando los adultos llegamos, ellos ya se han ido! Cuando pensamos qué deberíamos hacer en aquello que hemos visto hacer a los adolescentes, ellos ya están jugando en otro campo»*

Nosotras aún no hemos acabado el viaje en el que ha sido tan importante el itinerario que compartimos a tu lado. Ha sido un privilegio escuchar tu voz, tus palabras, que las atesoramos escritas y habladas, que las utilizamos cuando nos sentimos un poco perdidas, o cuando no sabemos muy bien hacia dónde ir. Tus palabras nos ayudan a encontrar el final del camino.

En este viaje inacabado, porque lo seguimos haciendo, siempre nos acompañas: estás en la maleta que transportamos, en el carrito de las necesidades, en el neceser de las ilusiones. Este camino en que nos siguen acompañando los muchachos y las muchachas de los que no hemos dejado de hablar y, a los que a veces, siguiendo algún consejo, también hemos sido capaces de acompañar.

Porque un guía nunca abandona a sus guiados y guiadas, nos acompañaste en las risas y en el llanto, en la vida y en la muerte, en el dolor y en las alegrías, preocupándote por cada una de nosotras más allá de lo que era la práctica profesional. Por eso, cuando tenemos

a un joven delante, tus palabras se hacen camino hasta nosotras, de forma que podemos, de nuevo, escuchar tus ideas y sentir tu mirada, que se prolongan hasta nuestros corazones.

Siempre nos decías que tú también aprendías mucho de nosotras, y a nosotras nos gustaría que te hayas llevado contigo algunas de nuestras palabras, algunos de nuestros gestos y de nuestras risas.

Ni te imaginas lo difícil que ha sido escribir esto, casi, casi tanto como crecer siendo adolescente, ya sabes de lo que te hablamos. No ha sido el miedo a enfrentarnos a un papel en blanco, como dicen las personas que entienden. Ha sido más bien el miedo, el pudor o la turbación de no encontrar las palabras exactas, ciertas y sinceras, que expresasen aquello que fuimos capaces de construir en nuestro viaje juntos.

Hubiéramos querido escribir un cuento para hablar de él, pero se nos hizo muy complicado. Porque él no era la magia, él era de los que tienen los pies en el suelo, de mirar directamente a los ojos de los otros, de escuchar sin inquina. No era mágico, era pensamiento, ilusión, comprensión, no era un cuento de princesas y príncipes, sino de chicos y chicas que sufrían, que querían, que deseaban ser queridos, que querían ser y sentir ser, que necesitaban... Cómo íbamos a hacer un cuento de fantasía y magia si lo que tenemos son chicos y chicas que saltan y trepan, que rompen y se rompen, que se pelean y que reciben, que no reconocían ninguna norma más allá de la que les evita el malestar... De qué manera osada nos teníamos que poner a escribir un cuento, si la vida, también la de estos chicos y chicas, tiene un final abierto.

No te decimos adiós, ni te hablamos en pasado, porque estás aquí con nosotras, en nuestros corazones, en nuestra mirada, en nuestras

palabras. No podemos soltarte, porque si bien tu ausencia nos hace añicos el corazón, tu recuerdo nos consuela, nos levanta los ánimos y nos hace encontrar las palabras.

«...y es dulce naufragar en este mar»

El infinito. Giacomo Leopardi

LA COLABORACIÓN CON JUSTICIA JUVENIL

APORTACIONES DE LUIS

Charo Soler, Anna Nogueras, Robert Gimeno

Comentario a “El programa de mediación y reparación de la víctima”

Introducción

Acogemos con mucho entusiasmo la propuesta de Jorge Tió de colaborar en una publicación dedicada a Luis Feduchi. Nos sentimos halagados y afortunados por contribuir a esta iniciativa que representa un merecido homenaje a quien ha sido y será un profesional de referencia en el mundo de la psicoterapia y también en otros ámbitos como en el de la Justicia Juvenil por sus profundos conocimientos sobre la etapa adolescente.

Esta aportación nos brinda la oportunidad de bucear en los recovecos de la memoria y rescatar una parte de la historia compartida con Luis durante los primeros años de implementación del programa de mediación y reparación a la víctima. Son muchos los recuerdos y las imágenes que se agolpan en nuestras mentes: su sabiduría, su sentido del humor y, sobre todo, su manera respetuosa de relacionarse con nosotros. Siempre facilitó el debate y la participación.

Reencontrarnos los tres compañeros, recién jubilados, para realizar esta tarea nos ha emocionado. Hablar de Luis Feduchi es un honor y a la vez una gran responsabilidad. Él ha sido una persona esencial en nuestro recorrido profesional y, sin lugar a duda, en lo personal y esto nos lleva a conectar también con la gran pérdida que representa para cualquiera que haya tenido el privilegio de trabajar con él.

Luis nos ayudó como nadie a entender la compleja etapa adolescente recordándonos a menudo que el origen de la palabra adolescente viene de *adolecer* (*carencia de, falta de*). Abrió y amplió nuestra perspectiva con sus conocimientos y su experiencia profesional con jóvenes y nos acompañó desde un lugar discreto, respetuoso y entusiasta durante el desarrollo y la consolidación del programa de mediación.

Contextualización del programa de mediación y reparación a la víctima

El programa de mediación y reparación a la víctima, tal como se explica en el artículo⁸ realizado con Luis Feduchi, se inició en mayo de 1990. Se trataba de una iniciativa sin precedentes en el estado español y muy pocos en Europa. Con ella se pretendía ampliar y diversificar las alternativas de intervención educativa para los menores infractores y para ello se constituyó una comisión de trabajo, formada por distintos profesionales de Justicia Juvenil, que estudió el tema durante unos seis meses.

La Ley de Tribunales Tutelares de Menores (TTMM) del año 1948, dirigida a menores de 16 años, no contemplaba la reparación a la víctima como una posibilidad, por lo que su normalización legal no llegó hasta la reforma recogida en la Ley 4/92, reguladora de las Competencias y del Procedimiento de los Juzgados de Menores, dirigida a menores de edades comprendidas entre los 12 y 16 años. Para poder llevar a cabo esta experiencia, se contó con la discrecionalidad de la propia ley de TTMM, las recomendaciones internacionales y la estrecha colaboración de los jueces de menores del momento.

8. “El programa de mediación y reparación a la víctima”. Cuadernos de Psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente, 28 (Revista de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente), diciembre de 1999.

La experiencia arrancó con dos profesionales a tiempo completo que se amplió a tres y un coordinador en menos de un año y con dos personas más, una en 1991 y otra con la entrada en vigor de la Ley 4/92. Estos profesionales fueron los encargados de iniciar un programa, que desde el primer momento dejó de ser piloto, para estar totalmente integrado en la Justicia Juvenil. La apuesta decidida de la administración y la derivación masiva de casos que hicieron los jueces de menores y posteriormente los fiscales fueron elementos determinantes para ello. Se crearon las líneas básicas del programa: la participación de la víctima del delito, la responsabilización del menor infractor y la reparación del daño y, sobre todo, se desarrolló una manera de intervenir basada en el retorno del protagonismo a las partes implicadas en el conflicto.

El espacio de supervisión y la gestión del equipo

Luis Feduchi se inició en este contexto como nuestro supervisor de casos. Hacía unos años que colaboraba, con gran prestigio, con el servicio de medio abierto de Justicia Juvenil de donde proveníamos todos los profesionales del equipo de mediación del momento y, cuando se planteó la necesidad de una supervisión, no hubo dudas y se le propuso a él.

El programa de mediación fue para él un reto porque, según nos decía, se estrenaba en una intervención totalmente nueva. En esta situación no sólo había que tener en cuenta al menor infractor sino también a una víctima que hasta entonces no se había atendido ni tratado como tal en ningún otro programa.

A Luis el término *supervisor* nunca le gustó. No se identificaba con la posición que implica el prefijo “*super*”, “*estar por encima de*”.

En ningún momento aleccionó, ni se mostró dogmático. Tampoco se situó en el centro de atención, donde convergen todas las miradas, ni como referente único del equipo. Se colocó en el mismo plano que el resto de los componentes y fue precisamente este posicionamiento el que lo hizo tan valioso para el equipo. Así consiguió el máximo respeto y reconocimiento.

Empezamos manteniendo reuniones quincenales de septiembre de 1991 hasta el año 2000, poco después del congreso de Girona de octubre de 1999 y de la publicación del artículo conjunto⁹.

En principio se plantearon dos objetivos básicos para este espacio: “ampliar conocimientos en el terreno psicológico sobre la adolescencia” y “revisar aspectos metodológicos y técnicos que mejoraran el proceso y los resultados”.

El eje central de esta colaboración se basó en su profundo conocimiento de la adolescencia. Una manera de entender esta etapa, una mirada particular y una dilatada experiencia que serían clave en el desarrollo de esta cooperación.

Su sabiduría en el análisis de los distintos casos y su punto de vista externo al equipo de mediación proporcionó riqueza y apertura de miras en los debates. Desde ese lugar, ayudó a los profesionales a entender mejor a los menores, sus actos, sus formas de relacionarse, tanto con los iguales como con la familia y con el resto de la sociedad.

Luis nos dio herramientas para conectar y trabajar con esta delicada población. En realidad, se lograron algunos objetivos más que influyeron de forma significativa en la dinámica y en la metodología de trabajo del equipo.

9. XII Congreso Nacional de SEPYPNA, "Nuevos Retos y nuevos espacios en psicoterapia". Girona octubre 1999.

Queremos resaltar que en la gestión del equipo Luis adoptó una posición discreta, no intrusiva y de escucha activa, recogiendo los elementos más significativos y aportando sus propios conocimientos. Facilitó una dinámica de debate y reflexión conjunta que ayudó a profundizar y cohesionar el trabajo interno del equipo. Nos proporcionó un acompañamiento vital para la maduración de cuanto se desarrollaba en el marco del programa de mediación y reparación.

Al ser una experiencia tan novedosa necesitábamos estructurar una manera de trabajar, crear un modelo de intervención válido, aplicable a las diferentes situaciones que iban apareciendo. De hecho, el equipo mantenía reuniones semanales y una costumbre muy arraigada de debate informal sobre los casos. Luis tuvo muy clara desde el principio nuestra necesidad de discutir, cotejar y revisar la praxis, y nos animó mucho a hacerlo.

Era capital ahondar en la práctica cotidiana y el espacio de supervisión también se aprovechó para debatir y ajustar la metodología de intervención. El punto de partida era, lógicamente, los casos que se estaban atendiendo, tanto a nivel individual como en comediación. En este contexto, el posicionamiento de Luis fue muy *mediador*. Actuó como facilitador de la comunicación entre los miembros del equipo, favoreciendo la escucha y el reconocimiento, ayudando a contrastar diferentes maneras de ver las cosas, diferentes maneras de intervenir y poner orden en el relato.

La adolescencia

Todos los miembros del equipo habíamos trabajado con adolescentes en diferentes programas y por lo tanto estábamos muy sensibilizados con la complejidad que entraña esta etapa vital. Pero hemos

de reconocer que la lectura que Luis nos ofrecía de la conducta adolescente nos llevó a entender esos comportamientos disruptivos de manera diferente. Él influyó de forma decisiva en la construcción de una nueva mirada.

A partir del trabajo cotidiano, de la relación con los adolescentes, pudimos comprobar y constatar todos los conceptos tratados en el espacio de supervisión con la propia realidad.

Insistió en la idea de la adolescencia como una etapa de transición, una etapa de paso de la infancia a la edad adulta, en la que conviven una parte del niño que todavía es, con la parte del adulto que se está formando en él. Es un momento del desarrollo ciertamente difícil en el que muchas veces ni él mismo se reconoce. El adolescente se mueve entre la necesidad de salir de casa, de alejarse de los padres que le recuerdan con su sola presencia su condición de niño, para incorporarse al mundo de los adultos, con el miedo a hacerlo porque teme fracasar en este intento y no estar suficientemente preparado o no ser capaz.

Para no sentirse solo en este paso, busca compañía en los iguales, en los que se encuentran como él, otros adolescentes que experimentan su mismo malestar. El grupo es muy importante y la amistad tiene ahora un significado muy diferente al de la niñez. Descubre un espacio para contrastar, discutir y apoyarse mutuamente pero también para mirar y comparar la evolución de su propio cuerpo, descubrir la sexualidad, comprobar los límites que plantea el mundo que le rodea.

Con la experimentación aparecen los aciertos y también los errores, las infracciones, los conflictos con los demás, tanto entre iguales como con los adultos y el adolescente deberá aprender a gestionarlos correctamente.

Para que dicho adolescente pueda entrar en el mundo adulto, debe ser aceptado. Corresponde a los adultos la responsabilidad de facilitarle la entrada y para ello debe entenderse cuál es su situación, cuál es su realidad. Hay que partir del principio de que él no sabe, no conoce, no tiene experiencia y que sólo aprenderá con la práctica, con el método de ensayo y error.

Es un hecho que los adolescentes necesitan el acompañamiento del adulto. Ahora bien, cuando existe algún tipo de dificultad social o, como en el tema que nos ocupa, un acto delictivo, los padres se ven muchas veces sobrepasados por la situación y si a ello le sumamos la necesidad del joven de alejarse de sus progenitores, habrá que recurrir a otras figuras adultas. Queremos subrayar la importancia de disponer de profesionales que tengan conocimiento de las características y del funcionamiento de esta etapa evolutiva y también experiencia tanto en la comprensión del significado de sus actuaciones como en la intervención.

El programa de reparación a la víctima tiene como punto de partida la falta o el delito de un adolescente y el correspondiente daño que ha producido a otra persona. Lo importante en este caso es explorar los aspectos más adultos que el menor tiene y conectarlo con esa parte suya que le permitirá llevar a cabo una acción reparadora y no quedarse únicamente con los aspectos negativos de su conducta.

Con esta intervención se le ofrece la posibilidad de asumir su responsabilidad de una forma constructiva, dándole la oportunidad de reparar él mismo el daño causado y así tener un protagonismo real que le ayude a restaurar su imagen frente a él mismo y a los demás. Al profesional le corresponde acompañar este delicado proceso, en ningún momento substituir.

Aportaciones al método

Durante aquellos años se abordaron multitud de temas que acabaron siendo ejes básicos de intervención del programa de mediación y reparación a la víctima.

Las necesidades de la víctima y su disposición a ser reparada, la responsabilización del menor y su capacidad para reparar, el papel de los padres, el momento de finalización de la mediación, entre otros, son procesos complejos y con las aportaciones de Luis se afianzó una práctica beneficiosa tanto para que la víctima se sienta aliviada, como para que el infractor integre la experiencia y esta se convierta en un aprendizaje.

Hay que señalar que muchas víctimas eran menores por lo que el análisis en cuanto a características propias de la etapa adolescente podía ser compartido. Además, nos encontramos con otras tipologías de víctimas: particulares, institucionales, etc. y hasta casos sin ellas. Todo esto nos obligó a reflexionar sobre la importancia de personalizar y adecuar la intervención a cada realidad, porque no es lo mismo atender a una víctima institucional o comercial, donde los daños tienden a ser de tipo material y económico que a un particular aquejado de un daño personal y moral.

El perjuicio sufrido por un particular puede ir mucho más allá de la cuantificación económica de los objetos robados o desperfectos causados. Hay malestares, ansiedades, miedos, preocupaciones y otros daños emocionales que son difíciles de especificar y valorar y no por ello menos importantes.

Debatimos intensamente sobre el concepto de **reparación** ya que es el objetivo principal del programa. Surgieron preguntas muy im-

portantes: ¿Cuál es el daño que ha sufrido la víctima, cuál es su dimensión real?, ¿Cómo le ha afectado?, ¿Qué necesita para volver a retomar su vida con normalidad?

En diversos diccionarios y en internet encontramos muchas palabras para definir reparación: compensar, desagraviar, arreglar, enmendar, corregir, remediar, satisfacer al ofendido, restablecer, restaurar. La palabra reparación contiene todas las acciones que consideramos necesarias para que el joven tome conciencia de su actuación y la víctima sienta que su malestar importa al infractor. De hecho, cuando preguntamos a los jóvenes sobre el significado, rápidamente son capaces de identificarlo. Lo material les resulta muy fácil de reconocer, lo emocional cuesta más, pero reflexionando y ayudándoles a ponerse en el lugar del otro, casi siempre lo consiguen.

Volver a la situación inicial donde estaba la víctima es difícil, a veces imposible, como el ejemplo de una señora a la que le robaron un billete antiguo sin valor aparente. Ciertamente no tenía valor material pero sí emocional, y mucho, ¿Cómo reparar esa acción si no tenemos en cuenta ese aspecto? Aunque ese billete nunca apareció y por tanto la reparación material no se produjo, la emocional sí. Cuando la víctima observó la reacción del joven al conocer la historia y obtuvo una explicación del porqué de su actuación se sintió más comprendida y satisfecha.

La predisposición para enfrentar la situación, la reflexión, el esfuerzo, la empatía, el reconsiderar la conducta y cambiar la perspectiva, representan muchas veces una reparación mayor para la víctima que la que se pueda dar de forma material.

El daño emocional se repara con emociones positivas. Estas mayormente pueden darse en el encuentro entre los dos actores del con-

flicto: hablando, mirándose, intercambiando palabras y conectando con las emociones. En un encuentro, la persona que actúa como mediadora tiene que cuidar muy especialmente el clima y el sosiego para que este intercambio se pueda dar y vaya en beneficio de las dos partes. Ser testigos de esta transformación, de cómo se va fraguando la reparación es muy reconfortante y poderlo compartir y debatir en el espacio de supervisión nos daba la garantía de que estábamos en el camino correcto.

El debate con Luis sobre el significado y lo que aporta la reparación simbólica nos ayudó a diseñar intervenciones que profundizaran en lo educativo y restaurativo. Pensamos en un tipo de actividad reparadora que los jóvenes podían realizar cuando la víctima lo pedía o cuando se consideraba necesario para el caso. La idea de que guardara cierta relación con el hecho cometido era importante, pero que la actividad reparadora no fuera iatrogénica lo era aún más. En este sentido, si tenemos un joven que ha ocasionado una lesión irreversible a otra persona de forma accidental, llevarlo a un hospital donde están tratando lesiones como las que él ha causado y nunca podrá reparar, no es lo recomendable. Teniendo en cuenta el sufrimiento de esta víctima, se pueden buscar opciones para que un joven, que está madurando, tome consciencia de su actuación, empatee con la víctima y comprenda la gravedad del daño producido sin someterlo a una experiencia que pudiera resultarle perturbadora.

Una última reflexión es la relacionada con el número de horas que el menor infractor tenía que realizar para reparar el daño. Observamos que muchas de las acciones reparadoras que se plantean en diferentes instituciones están relacionadas con el coste del daño infringido y en función de eso se calculan las horas para compensarlo. La experiencia

y los numerosos debates sobre este tema nos permiten afirmar que lo importante es la acción en sí misma y que el número de horas no debe alargarse más en el tiempo de lo que el menor pueda asumir y realizar. De esta forma se podrá evitar la pérdida de interés del adolescente y que fracase la reparación.

Ajustamos cada reparación teniendo en cuenta las necesidades del joven y siempre pensando en algo que sirva para completar el proceso restaurador.

Tal como comentamos en el apartado sobre adolescencia, fuimos desarrollando una mirada diferente de la **conducta transgresora** del joven y descubrimos elementos que tal vez habíamos obviado. Estábamos acostumbrados a las conductas disruptivas de los jóvenes que, con frecuencia, eran bastante sorprendentes y llamativas, pero no siempre entendíamos o conocíamos el porqué de éstas. Por otra parte, veíamos menores más normalizados que los que se atienden en medio abierto y nos llamaba poderosamente la atención que estos se vieran involucrados en delitos graves.

Entendimos mejor los motivos por los que jóvenes de diferentes procedencias podían crear un nuevo grupo y cometer infracciones en las que después no se reconocían. Muchas de esas conductas tenían el objetivo de demostrarse a sí mismos que eran capaces de contravenir las normas como una forma de ser aceptados por el grupo y que más allá de la gravedad aparente de su comportamiento, lo que hacían era verificarse.

El aburrimiento puede ser a menudo la causa de actitudes a priori incompresibles. Es el caso de unos jóvenes que estaban tranquilamente sentados en una plaza, y en un momento dado y sin un porqué claro, empezaron a romper material urbano y ocasionaron daños difícilmente asumibles por ellos o sus familias. O en otro, donde unos

menores con vínculos importantes con su centro educativo entraron fuera del horario lectivo llevados por la curiosidad y fruto de la excitación de su hazaña acaban rompiendo todos los cristales, con grave riesgo para su propia integridad.

Con el análisis de casos, también descubrimos que muchas conductas estaban relacionadas con aquellos elementos que los adolescentes no aceptaban de su propia persona. Ese menor que estaba agrediendo a otro, muy probablemente lo hacía para atacar algo propio que no podía tolerar.

La mirada de Luis sobre las capacidades del joven transgresor para reparar también era muy interesante. Un ejemplo que lo ilustra es el de un menor al que pedimos un escrito para que reflexionara sobre las consecuencias de su actuación y nos entregó una hoja con una sola frase. Al presentar el tema en supervisión, Luis se fijó en lo artístico de su escritura y a partir de ahí conectamos con otras capacidades del joven que se nos habían pasado por alto. Su valoración nos dejó perplejos, pero nos permitió ver en el joven otro potencial y profundizar en el trabajo con él. La manera en que Luis nos hacía estos señalamientos no sólo ampliaba las alternativas, también facilitaba la comprensión de lo complejo y su integración.

La finalización del proceso fue largamente debatida y muy valorada por Luis ya que, a diferencia de la psicoterapia, nuestra intervención es corta y finaliza una vez se llevan a cabo los acuerdos. Acuerdos que, confirmada su realización por las partes, nos dejaban en ocasiones con dudas sobre qué pasaría en el futuro.

Esto fue lo que sucedió en el caso que expusimos en la jornada de 1999 en Girona, en el que, tras un encuentro entre jóvenes, éstos pidieron reunirse a solas en un lugar concretado por ellos para hacer

entrega del dinero que se había acordado. ¿Hacíamos bien en dejarlos solos?

En nuestra práctica cotidiana habíamos observado que, en los conflictos entre iguales, estos necesitaban espacios a solas. Les costaba más hablar en nuestra presencia y cuando lo hacían, utilizaban expresiones a veces difíciles de entender. De hecho, aprovechábamos cualquier excusa para dejarles solos un momento (fotocopiar un papel, buscar un documento que supuestamente habíamos olvidado) pero no nos atrevíamos a sobrepasar ese límite.

Luis solía apuntar que a los jóvenes se les tenía que dejar un espacio propio para que cerraran el proceso iniciado. Esta idea nos ayudó a soportar mejor la duda, la incertidumbre, el miedo al fracaso y de alguna forma a perder el control del proceso. Los debates al respecto nos permitieron progresar en la metodología y sentirnos más seguros en intervenciones posteriores. Sabíamos que la reparación la tenía que hacer el joven infractor y era importante que sintiera que lo podía lograr por sí mismo.

Por otro lado, había que tener en cuenta que cuando hablamos de mediación uno de los aspectos que la define es justamente la presencia del mediador/a. ¿Debíamos favorecer ese espacio? ¿Si lo hacíamos era correcto? ¿Nos alejábamos mucho de los cánones de la mediación?

Dejar a solas a víctimas y menores infractores no es muy habitual pero siempre se intentan crear las condiciones para que las partes se sientan seguras y lo puedan contemplar y solicitar, aunque no siempre se consiga. De hecho, fue sorprendente y emocionante cómo bastante tiempo después, en un caso de abusos sexuales, la víctima pidió hablar a solas con su abusador, también adolescente. Accedimos a ello tomando todas las precauciones posibles y el resultado fue muy positi-

vo. Eso sí, previamente se había trabajado mucho con cada una de las partes para ofrecer la seguridad que una situación como esta requería.

Si este tema no se hubiera debatido ampliamente con Feduchi, difícilmente habríamos podido tolerar nuestra propia ansiedad al quedarnos al margen de lo que estaba sucediendo en el encuentro. ¿Qué había pasado para que una víctima que durante meses estuvo negándose a ver a su abusador, en el primer encuentro nos pidiera quedarse a solas con él? Las hipótesis eran muchas, pero prevaleció la idea de que los jóvenes necesitan su intimidad y más en un tema como éste.

Con relación a la **responsabilización del joven y el papel de los padres** hablamos mucho sobre la importancia de que los jóvenes también dispusieran de espacios individuales, diferenciados de sus padres.

Los jóvenes han de sentir que es suya la decisión de reparar. Los padres pueden ayudar, pero no han de suplir a sus hijos. Estos necesitan su espacio para tener privacidad y hablar con garantías y por eso es importante acercarse a ellos desde el respeto y ayudarles a buscar maneras de asumir su responsabilidad. Los menores necesitan madurar y lo harán mejor si se ponen a prueba y pueden demostrar su capacidad para reparar. Cuando nos dirigimos a la parte madura que hay en ellos facilitamos el proceso de responsabilización tanto a nivel individual como grupal.

Esto no significa que se tomen decisiones sin el consentimiento de los progenitores. Se trata de que éstos faciliten ese espacio más personal de los jóvenes y lo respeten sabiendo que después tendrán su momento.

Actualmente las tendencias en Justicia Restaurativa plantean muchas prácticas en las que los padres tienen más presencia de la que contemplábamos inicialmente en el programa de mediación y repa-

ración. Parecen muy potentes y tienen mucha proyección, pero en ellas es preciso buscar la manera de que los jóvenes dispongan de un espacio propio, a solas, antes de diseñar la intervención definitiva.

Atendimos muchos grupos de jóvenes infractores en el equipo y para una mejor atención, intervenían dos profesionales porque, ciertamente, el grupo no es lo mismo que la suma de cada individuo. En él se suele dar una mayor desinhibición o se justifica la conducta poniendo la responsabilidad en el otro o bien intentando distanciarse de los demás.

El trabajo con los padres era importante ya que había mucha tendencia a culpar al resto de las infracciones de su hijo. *“Mi hijo no ha dado problemas hasta que se juntó con estos chicos”*.

Trabajar con todos facilita que se asuma la responsabilidad y la reparación posterior, aunque a veces sea necesario complementarlo con un trabajo individual con alguno de sus miembros. Cada grupo presenta características propias y sus integrantes pueden tener distintos motivos en su participación y por tanto responsabilidades diferentes. Con Luis reflexionamos sobre cómo trabajar esta complejidad y como conseguir que los menores se implicaran.

Era muy interesante observar las dinámicas que se generaban y cómo esa participación los había llevado a la infracción. Debíamos tener en cuenta las peculiaridades de cada uno y el papel que jugaba en el grupo para encontrar un equilibrio entre su responsabilidad como individuo y como integrante del grupo.

En un caso de tres chicas que vejaron a otra por una acusación de robo, la humillación a la que la sometieron fue tan grande que ninguna la podía reconocer. Conseguimos abordar esa situación, negada por las tres jóvenes con el apoyo de sus familias que no las creían ca-

paces de llevar a cabo tal ofensa. Gracias a las indicaciones resultantes de la supervisión, la profesional se sintió segura del trabajo que tenía que realizar y con ello que la adolescente, con mayor responsabilidad, la pudiera asumir.

Fueron muchos los temas metodológicos que trabajamos con Luis y que intentamos recoger en este escrito, aunque es muy posible que nos dejemos algunos. Tratamos en profundidad los efectos que podía tener la mediación y en algunos puntos, sin pretenderlo, conectaba con aspectos relacionados con la terapia. En el artículo compartido con Luis en 1999, se recogen la mayoría de los beneficios de la mediación para las partes. Todos ellos surgen de la práctica y de los apasionados debates en el espacio de supervisión.

Luis solía decir que teníamos en nuestras manos una herramienta absolutamente exquisita dentro de Justicia Juvenil porque se ocupaba de las dos partes del conflicto desde un lugar no iatrogénico, sino al contrario, para beneficio de ambas. La víctima puede desprenderse en alguna medida del peso de la victimización y el menor recuperar algo de su autoestima. Y cuando dudábamos insistía, “*vuelve a tu método que lo tienes*”.

Su humildad y generosidad, su acercamiento prudente a un programa nuevo, su posicionamiento nada invasivo ni dogmático sino discreto y respetuoso nos abrió el plano cual un gran angular y nos dio seguridad. Nos acompañó durante la construcción y el afianzamiento del método y disfrutó mucho con ello. Siempre está presente cuando hablamos de la mediación penal en Justicia Juvenil.

Al doctor Luis Feduchi le debemos mucho.

ESTRENARSE EN INTIMIDAD

Begonya Vázquez Lejárcegui

Comentario a “Abordaje psicoterapéutico en el marco de la medida judicial para menores“

*“Entreme donde no supe
Y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo”.*

San Juan de la Cruz

Como el subtítulo indica, el texto nos propone que, establecer un proceso psicoterapéutico en el contexto de una medida judicial sí es posible, aunque precisa tener en cuenta unas condiciones para que pueda desarrollarse. La capacidad de detectar y comprender la oportunidad que representaba la obligatoriedad de la medida judicial para acceder al mundo interno del joven y estimular líneas de desarrollo fue una aportación genuina de Luis Feduchi.

A menudo Luis Feduchi con su mirar fino, observaba la vida de tal forma, que resaltaba aspectos, que si bien estaban a la vista de todos, carecían de relevancia menos para él. Lo acompañaba de un comentario, presentado de tal manera, que invitaba a abrir nuestra mirada y ya no querías perderte el siguiente. Un encuentro con él auguraba una conversación interesante. Natural y elegante, Luis con

palabras sencillas, llanas, desvelaba el sufrimiento y las cualidades más sanas de cada adolescente y, así, resaltaba lo que estando presente, hubiera podido quedar invisible.

Como psicoterapeuta, integrarse al Equipo de Atención al menor y tratar con chicos y chicas jóvenes, con vicisitudes vitales complejas, representaba un impacto emocional intenso para un terapeuta. Tuvíamos la oportunidad de disponer de un espacio de supervisión con Luis Feduchi tan pronto iniciábamos nuestra tarea en el equipo. La experiencia y el profundo conocimiento de Luis sobre adolescencia y psicoterapia prometían un ilusionante aprendizaje. Tras la primera supervisión grupal a la que asistí, me sorprendió no encontrar mi ánimo ni desalentado ni aturdido. Era muy motivante ver al grupo en acción. El clima de la sala era el de un grupo de trabajo cohesionado, riguroso y a la vez distendido, con una contenida ternura por el sufrimiento del joven y su familia. Destacaba tanto el interés del grupo por generar hipótesis explicativas, como el esfuerzo por estimular en el adolescente en tratamiento líneas de desarrollo a través de un abordaje verdaderamente interdisciplinar. El respeto a la autoridad y reconocimiento hacia el supervisor era manifiesto y derivaba de la tarea de reflexión teórica que el grupo había llevado a cabo. El grupo de psicoterapeutas venía supervisando desde hacía más de diez años con Luis Feduchi una vez por semana durante dos horas. Acababan de publicar un artículo con la descripción de las distintas motivaciones que a su juicio subyacen a la conducta transgresora en la adolescencia y estaban en proceso de acabar de revisar el texto que presentamos con estas líneas. Unos breves comentarios de Luis, bastaron para que se vislumbrara la exigencia del trabajo de redacción que el grupo estaba llevando a cabo, fuera del horario laboral, pues el rigor con el que él leía cada palabra del texto buscando la expresión más veraz y precisa se

puso en evidencia. Se percibía que entre todos habían construido una profunda comprensión del sentir del adolescente, y esta comprensión iba impregnada de una actitud que, podría ser expresada como, *busquemos el lado positivo de la vida de cada chico y chica*, en definitiva, una actitud de confianza y esperanza en los recursos del propio joven.

El adolescente quiere estrenar las capacidades que tiene recién adquiridas. Simple y claro. Así hablaba Luis a menudo. De estas maneras nos fue mostrando el deseo del adolescente por estrenar la vida, de la urgencia por vivirla, del temor a perder el tren, de la diferencia entre viajar y fugarse, de la importancia de tener un vínculo de afecto aun cuando fuera hacia un animal de compañía, cuando ya todos los vínculos se han alejado.

La adolescencia se define como un transitar de la infancia a la juventud complejo. Transitar lleva implícito que hay un lugar al que llegar y a menudo el adulto que acompaña al adolescente está más pendiente del llegar que del transitar. Luis Feduchi dio a este tránsito valor de presencia en sí mismo, de encuentro, y nos invitó a aprender a detenernos y a darle al adolescente el tiempo que él precisa para transitar esta etapa con sus idas y venidas.

Nos invitó a mirarlo sin prejuicios, a respetar al adolescente y a tratarlo sin seducirlo. A detectar tanto la angustia a perderse, ante el deseo de crecer rápido y explorar un mundo para él desconocido, como la angustia a quedar atrapado en el deseo de quedar pequeño y protegido en lo conocido y seguro. De Luis aprendimos que hay que ayudarlo a distinguir que transgresiones son necesarias y están a favor de su crecimiento, de las que comprometen su desarrollo y le ponen en riesgo de sabotear su propio futuro. El atisbo de una conducta que mostrara un destello de creatividad en el joven era mostrado por Luis

como un signo de esperanza y desarrollo y, por ello, insistía en que la exploración de la vida del joven no descuidara nunca estas facetas. Construcciones psíquicas, de las que el joven en ocasiones no es consciente, ni les da el valor que poseen como vías de sublimación y enriquecimiento de su vida psíquica, por lo que precisan ser detectadas, estimuladas y protegidas por el entorno del joven.

En “Abordaje psicoterapéutico en el marco de la medida judicial para menores”, se describen en primer término las características del programa de atención llevado a cabo por el Equipo de Atención al Menor de la Fundación Pere Claver. A continuación, se presentan los cuatro ejes principales que definen el abordaje terapéutico:

1. Transformar la obligatoriedad en interés por el propio mundo interno
2. Lograr establecer un vínculo entre adolescente y terapeuta
3. Focalizar
4. El trabajo interdisciplinar

Transformar la obligatoriedad en interés, conlleva estimular en el adolescente el interés por su propia vida mental, tarea especialmente difícil cuando el joven lucha contra su sufrimiento psíquico con mecanismos de defensa muy primitivos. De ahí que, si bien no está explicitado en el texto, si se desprende que, este abordaje define unas líneas de trabajo en las que predomina el trato con tacto y la intervención se procura sea pura artesanía y traje a medida.

El programa de atención al menor se inició a partir de la colaboración de Luis Feduchi con el Departamento de Justicia de Menores.

En espacios de supervisión con los Delegados de Atención al Menor se evidencio la necesidad de asistencia psicológica. La comprensión de esta necesidad por parte de los departamentos de Justicia y Sanidad, permitió organizar un programa de atención a la salud mental para adolescentes con medidas judiciales en la Fundación Sant Pere Claver de Barcelona.

Los autores de este texto, junto a otros colegas, fueron los terapeutas que iniciaron dicho programa con la supervisión de Luis Feduchi

Posteriormente este artículo tuvo un desarrollo más amplio en un libro titulado *Adolescencia y Transgresión*, escrito también por los miembros del Equipo de Atención al Menor bajo atenta lectura y revisión de Luis Feduchi, donde se ampliaron las líneas apuntadas en este texto.

Luis también nos habló de la importancia de la intimidad para el adolescente. Para él, el niño y la niña no habían entrado en la adolescencia si no había aspectos de su mundo interno y externo preservados del entorno. Veis, otra observación sencilla, llana, que nos ha compartido.

Este artículo fue escrito en el año 2007 tras más de 10 años de experiencia del programa. Los cinco autores han llevado a cabo un escrito coral en el que solo oímos una voz, reflejo de su maestría y de muchas horas previas de conversaciones, dudas, incertidumbres. Estamos ante un texto de total vigencia y de lectura imprescindible para acompañar procesos psicoterapéuticos y educativos de adolescentes.

Luis nos mostró cómo hacer para llegar al adolescente y nos acompañó a aprender a hacerlo. Poder acompañar a estos jóvenes que, conscientes de que algo está cambiando en su cuerpo y en su mente,

adolecen por estrenarse, es un reto. De lo que el texto no da cuenta es del valor del humor inteligente en el trato con el adolescente. En esto también Luis era un maestro.

ADOLESCENCIA Y TRANSGRESIÓN

LUIS FEDUCHI Y LA IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

Jaume Baró

Comentario a “El adolescente y la violencia. Reflexiones clínicas”

Primera viñeta clínica

Lleida, mi domicilio, octubre 1991: Con ocasión de la organización de unas jornadas científicas en mi Facultad de Medicina ofrezco una recepción a los ponentes e invitados. Convenientemente acicalados y aleccionados por su madre, mis hijos (adolescentes de 16 el uno, preadolescente de 12 la otra) acogen en la puerta del ascensor a los asistentes. A la llegada de los Feduchi, Luis, en medio del amable desorden (invasión de numerosos adultos significativos para sus padres) se dirige a los jóvenes: “... ¿y si me enseñáis vuestras habitaciones...?”. Sorprendidos e inquietos por el rumbo que toman los acontecimientos acogen en sus espacios vitales (inusualmente destacables por su limpieza y organización) al extranjero invasor. Luis, con su facies de gnomo travieso y en tono socarrón, comenta: “... esto no está siempre así, ¿no? ...”. Los dos menores intercambian una mirada de alivio y adoptan inmediatamente una actitud risueña y cómplice. Asisto, en primera fila, a la instauración de una identificación proyectiva con Luis, que se mantendrá durante treinta años: en cada

reencuentro con mis hijos a mi regreso de congresos y actividades su pregunta siempre era: “... ¿estaba Luis Feduchi...?”.

Luis escribe en su artículo: “El mecanismo habitual que utilizamos para comprender lo que le pasa al otro es ponernos en su lugar. Cuando a través de este mecanismo volvemos a pensar lo que le pasa al otro nos identificamos con su emoción y la compartimos, es decir, empatizamos, compartes la alegría, la tristeza, el éxito o la injusticia, aunque no intervengas tú directamente. Te solidarizas”.

Segunda viñeta clínica

Barcelona, Centro de Cultura Contemporánea, mayo de 2022

Exposición dedicada a Francesc Tosquelles. En las poco frecuentadas salas estoy ensimismado ante una fotografía, reproducida hasta la saciedad, en la que aparece Tosquelles sosteniendo sobre su cabeza una escultura de una maqueta de un barco, paradigma del “Art brut” de uno de sus pacientes, Auguste Forestier. Vale decir que me encuentro en una situación peculiar y vulnerable ya que acabo de asistir al banquete de celebración (?) de los 50 + 1 (!) años de la finalización de nuestros estudios en la Facultad de Medicina, acto del que, con la excusa de la visita que estoy haciendo, me he alejado lleno de sensaciones agrídulces ante los evidentes signos de decrepitud de mis colegas y su corolario “... si yo los veo así, ¿cómo me deben ver ellos a mí? ...”.

Pienso entonces en Luis, en lo que diría si estuviese junto a mí. Seguramente permitiría una identificación de las partes persistentes adolescentes de nuestras respectivas personalidades y me imagino su comentario “... ¡jjo, qué tío! ...” y me atrevo a pensar que si tuviéramos la maqueta a nuestra disposición repetiríamos la situación con una cierta satisfacción y complicidad con ciertos ribetes de gamberrismo

que frecuentemente caracterizaban nuestros encuentros y entonces, ¡oh, maravilla!, resuena a mis espaldas un estentóreo "... ¡mira, si allí está Jaime Baró! ...". Es Leticia Escario que convenientemente escoltada por sus hijas y la comisaria de la exposición está realizando una visita "premium". Muy azorados no podemos evitar fundirnos en un abrazo, con los ojos húmedos y exclamando al unísono "... ¡cómo habría disfrutado Luis y lo que nos habría transmitido! ...".

Dice Luis: "la introyección de objetos buenos y capaces permite la conservación de unos valores que dan seguridad y estímulo para vivir nuevas experiencias".

En las dos viñetas clínicas, vividas por mí en primera persona, aparecen bien en evidencia las capacidades de Luis para ofrecer la posibilidad de establecer identificaciones proyectivas a un objeto bueno y capaz, tanto en el caso de mis hijos como de mí mismo.

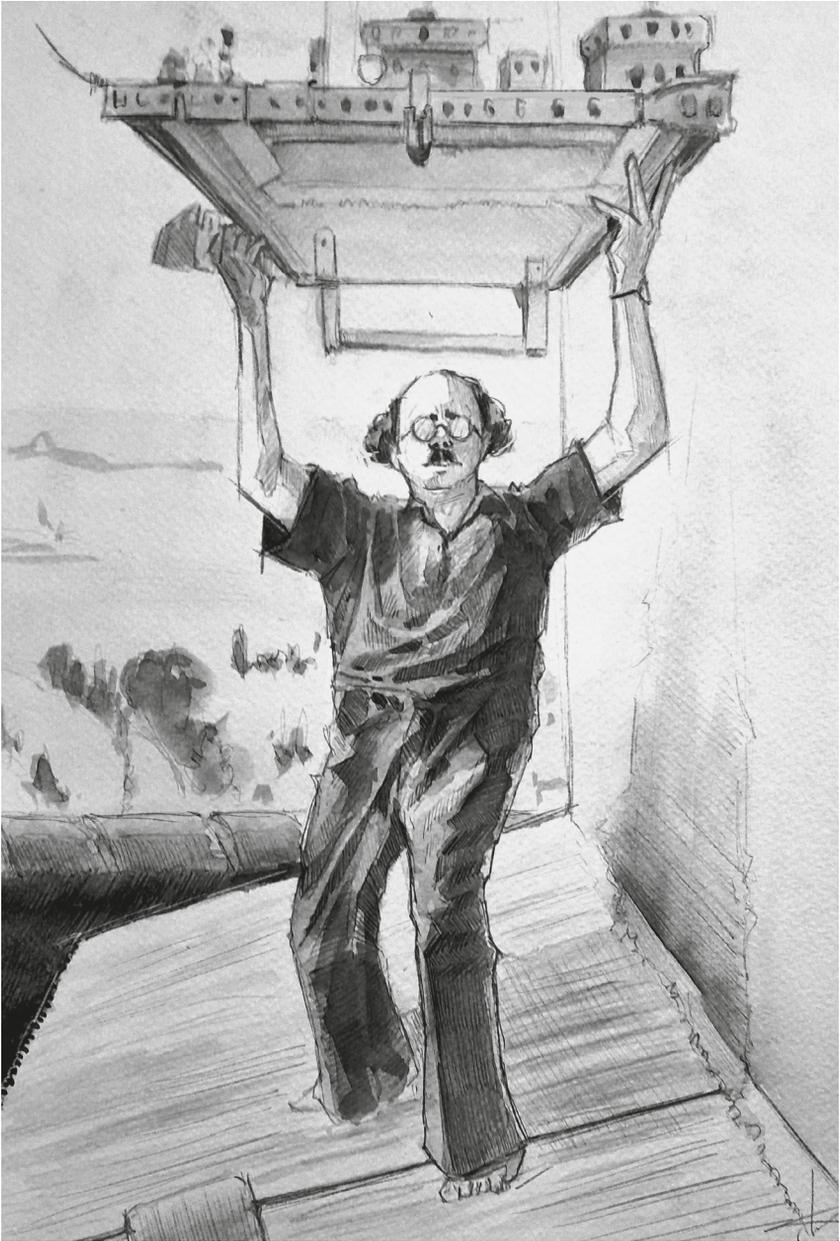
Aspectos destacables, a mi juicio, del artículo de Luis Feduchi

- Concebir la violencia del adolescente como síntoma y expresión de ansiedades que despierta la consecución de una nueva identidad y como expresión destructiva de la agresividad dirigida hacia el objeto.
- Dos casos clínicos caracterizados por la mediatez típica de la aproximación terapéutica al adolescente. No es él el que pide ayuda directamente sino la madre o el delegado de justicia juvenil.
- Identificación proyectiva: importancia de la introyección pretérita o presente, de objetos buenos y capaces lo que puede facilitar proyectos educativos o terapéuticos útiles y gratificantes.

- Una característica del funcionamiento psicológico del adolescente: sentirse diferente equivale a sentirse inferior.

Del artículo de Luis:

“verdadero horror a quedarse estancado en una situación infantil con la fantasía de perder para siempre el tren de los iguales”.



© ilustración: Pablo Santirso García

¡¡HASTA SIEMPRE MAESTRO!!

Luis Mauri y Pilar Raventós

Comentario a “Reflexiones en torno a la violencia en la adolescencia”¹⁰

*“Hay hombres que luchan un día y son buenos.
Hay otros que luchan un año y son mejores.
Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos.
Pero hay los que luchan toda la vida:
esos son los imprescindibles.”*

Bertolt Brecht.

Este artículo es la primera de las cuatro publicaciones que llevó a cabo el Equipo de Atención al Menor (E.A.M.) de la Fundación Sanitaria Sant Pere Claver (FHSPC) en colaboración con Luis Feduchi, quien fue su supervisor desde sus inicios hasta el final de su trayectoria profesional. En la época de su publicación, el año 2006, el equipo ya estaba suficiente maduro y sentíamos que podíamos empezar a explicar el trabajo de atención a la salud mental de menores que veníamos llevando a cabo en colaboración con los equipos de Justicia Juvenil. Las otras publicaciones que vinieron después serían el artículo *Abordaje psicoterapéutico en el marco de la medida judicial para menores*¹¹,

10. L. Feduchi, L. Mauri, P. Raventós, V. Sastre, J. Tió.

11. L. Feduchi, L. Mauri, P. Raventós, V. Sastre, J. Tió. *Abordaje psicoterapéutico en el marco de la medida judicial para menores. Psicopatol Salud Ment (2007), 10: 33-41.*

de 2007, también publicado en la Revista de Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente; *Identidad y Violencia en la Adolescencia*, publicado en 2008 en la Revista Catalana de Psicoanálisis¹² y el libro *Adolescencia y Transgresión*¹³, publicado en 2014.

El EAM se constituyó en 1993 como un equipo dependiente del Servei Català de la Salut para ofrecer atención a la salud mental de chicos y chicas adolescentes atendidos por los equipos de la Dirección General de Justicia Juvenil, siendo un dispositivo pionero en el trabajo interdisciplinar e intersectorial entre los sistemas de Salud Mental y de Justicia Juvenil. En sus inicios estaba constituido por psicólogos y psiquiatras que, en su mayoría, procedíamos de trabajar con adultos en una de la Unidades de Psicoterapia Psicoanalítica de la FHSPC. Tuvimos la infinita suerte de que Luis Feduchi era el supervisor de aquel equipo de psicoterapeutas y que ya llevábamos unos años trabajando juntos, y fue él quien nos animó a aceptar el encargo y a vencer las resistencias que teníamos ante la idea, primero, de tratar a adolescentes transgresores, una población con la que no estábamos en absoluto familiarizados -ni por adolescentes ni por transgresores- y, segundo, a tratarlos con un cierto componente de obligatoriedad desde la Justicia para acudir a nuestras sesiones, lo que de entrada chocaba con nuestro método psicoterapéutico, que precisa de voluntariedad y colaboración. Feduchi había trabajado en Justicia Juvenil con profesionales de los programas de Mediación y Reparación, de Asesoramiento Técnico y con los Delegados de Atención al Menor (DAM) que llevaban el seguimiento de las medidas de medio abierto, tenía una amplia experiencia asesorando y supervisando a estos equi-

12. L. Feduchi, J. Tíó, L. Mauri. *Identidad y Violencia en la Adolescencia*. Rev Cat Psicoanal (2008), XXV/2: 37-51.

13. J. Tíó, L. Mauri, P. Raventós Eds. *Adolescencia y Transgresión. La experiencia del Equipo de Atención al Menor*. Octaedro: Barcelona, 2014.

pos, y su acompañamiento y supervisión fueron del todo esenciales para la puesta en marcha, el crecimiento y la consolidación de nuestro equipo.

Luis nos ayudó a entender la crisis adolescente y a aproximarnos a todos los aspectos psicológicos que están en juego en la construcción de la nueva identidad. A menudo nos recordaba: *“Lo esencial, lo nuclear en los adolescentes, es que en ellos coexisten aspectos infantiles que no han acabado de desarrollarse con aspectos adultos que están iniciando su camino, fuerzas progresivas hacia lo adulto que conviven con fuerzas regresivas que pueden comportar una parálisis de ese desarrollo. Todo ello va a determinar que el proceso de construcción de la nueva identidad sea un camino no lineal, lleno de movimientos progresivos en forma de avances, paradas para coger fuerzas, fugas hacia delante y repliegues hacia atrás de tipo regresivo, incluyendo momentos de desorganización y otros de reorganización”*. Esto nos ayudaba a entender los movimientos tantas veces contradictorios o inesperados que se producían en el trabajo con nuestros jóvenes pacientes. Para el diagnóstico y, por tanto, para plantear una intervención terapéutica, era muy importante poder distinguir entre lo que eran aspectos infantiles propios de la etapa de las regresiones defensivas, así como las acciones al servicio del progreso de lo que eran actuaciones indiscriminadas. De igual manera, en las sesiones era también esencial saber a qué parte nos estábamos dirigiendo o nos estaban mostrando, si la infantil, que precisa cuidado, tolerancia y contención, o la adulta, que necesita soporte y ayuda al desarrollo.

Feduchi nos hablaba de tres características propias de esta etapa: Las conductas de verificación, la necesidad de intimidad y el grupo espontáneo. Las primeras eran acciones nuevas que llevaba a cabo el adolescente para poner a prueba sus incipientes capacidades, lejos del

mundo de los adultos para liberarse de su dependencia, a menudo saltándose límites, corriendo un cierto riesgo y con una vivencia de urgencia; en segundo lugar, la aparición de la intimidad, el espacio de privacidad no compartido con los padres donde poder empezar a sentirse autónomo y diferenciado de ellos, y a elaborar los cambios corporales y psicológicos que se van produciendo; por último, nos señalaba la importancia del grupo espontáneo, que permite el intercambio rápido de identificaciones proyectivas entre sus miembros, facilitando así la maduración y el desarrollo.

Con él aprendimos a identificar las principales ansiedades que enfrentan los adolescentes en ese proceso de pérdidas y adquisiciones de donde surgirá la nueva identidad. Las más características de la etapa son las claustro – agorafóbicas (claustrofóbicas desde la parte adulta, por el temor a perder el tren del desarrollo y quedarse en la infancia para siempre; agorafóbicas desde su parte infantil, por la sensación de desamparo ante lo desconocido que se les viene encima); también encontramos a menudo ansiedades persecutorias (el típico “¿y tu que miras?”), consecuencia de tener un Yo todavía frágil que se siente fácilmente amenazado; ansiedades confusionales, por las dificultades en elaborar los cambios corporales y de rol; y finalmente ansiedades depresivas, por todos los duelos y pérdidas que deben enfrentar (del cuerpo, de la identidad infantil, de los padres idealizados de la infancia...).

Luis nos explicaba cómo los adolescentes tratan de defenderse de esas intensas ansiedades a través de mecanismos de defensa psicológicos primitivos. Los principales son la disociación, entendida como la separación entre lo bueno y lo malo, lo que les hace tender a ver la realidad en extremos de blanco o negro, de amigos o enemigos,

de todo o nada, como una forma muy elemental de orientarse en el mundo; la proyección de aspectos que sienten débiles y despreciables de sí mismos en personas de su entorno, como cuando dicen “*¡aquél es un pringado!*”, identificando en otro y burlándose de la debilidad no reconocida como propia; la idealización de personas o ideologías a la búsqueda de modelos de identificación... defensas todas ellas que utilizan los adolescentes de forma inconsciente para calmar las ansiedades y la incertidumbre mientras van adquiriendo unas capacidades que constituirán la nueva identidad.

Nos hizo ver que, a falta de tener un aparato mental más desarrollado, a menudo esas defensas no contienen de forma suficiente el malestar, y entonces éste tiende a descargarse en forma de actuaciones conductuales. Conductas que pueden tener una función comunicativa o una función defensiva, ya sea para deshacerse de la ansiedad, ya para negarla. En su variante comunicativa, con ellas el adolescente podría estar buscando de forma inconsciente la contención de sus aspectos infantiles por parte de sus figuras parentales. Y cuando las actuaciones tienen una finalidad defensiva, en ocasiones pueden tener un componente exploratorio, como sucede con las conductas de verificación antes descritas, o pueden tener simplemente una función de descarga que puede manifestarse en forma de conductas violentas o destructivas, con una finalidad reguladora del equilibrio interno.

Todos estos conocimientos que Feduchi nos aportó con su experiencia en las supervisiones sobre características propias de esta etapa, el interjuego de ansiedades y defensas y la tendencia del adolescente a la actuación, nos permitían acercarnos a entender mucho mejor el mundo interno de nuestros jóvenes pacientes, poder poner palabras y diagnosticar lo que les pasaba, más allá de las etiquetas habituales

de trastorno de conducta, disocial o negativista desafiante con las que nos solían llegar derivados, y delimitar focos de intervención para poder iniciar procesos psicoterapéuticos con ellos. Focos que, también como él nos había enseñado, era importante que incluyeran aspectos sanos, es decir, capacidades o intereses genuinos del adolescente, que nos pudieran servir de apoyo en nuestra propuesta terapéutica.

En este artículo que comentamos ahora, publicado en la revista promovida por la Fundación Orienta, nos centramos en explicar algunos de los mecanismos que podíamos identificar en la base de las actuaciones violentas que habían llevado a cabo algunos de los pacientes que atendíamos. Feduchi ya había publicado un artículo sobre el tema en 1995¹⁴, y éste de 2006 iba a ser una continuidad de aquel.

Antes de describir los mecanismos necesitábamos precisar a qué nos estábamos refiriendo cuando hablábamos de violencia. Nosotros utilizábamos este concepto para hablar de comportamientos agresivos con intencionalidad destructiva. En estos casos, la violencia tiene como finalidad última la destrucción o el dominio del otro por medio de un acto de fuerza, la eliminación de alguien o de algo que es percibido inconscientemente como una amenaza para la integridad del *self*. Es importante diferenciar esta agresividad destructiva de otro tipo de agresividad, la preservativa, cuya finalidad sería la defensa, el cuidado o la protección de la representación de algo bueno (un aspecto del *self*, del otro o de la relación entre ambos) que el sujeto siente amenazado. En este caso no se persigue la destrucción del otro, si no que queda autolimitada cuando el sentimiento de amenaza desaparece. Para nosotros eran muy diferentes la respuesta agresiva de un adolescente contra un progenitor por haber invadido su habitación (agresividad preservativa como respuesta a la intrusión en su intimidad), del ado-

14. Luis M. Feduchi. *El adolescente y la violencia. Reflexiones clínicas. Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente (Revista de la SEPYPNA, 1995), 19-20: 47-58.*

lescente que pega a su madre porque no puede soportar verla llorar (violencia contra ella por no poder soportarla al identificar en ella aspectos débiles e inmaduros no tolerados de sí mismo). Como señala el artículo, las conductas violentas aparecen a menudo en la frontera de déficits de capacidad simbólica que favorecen la eliminación del malestar emocional a través de la actuación, déficits favorecidos por la falta de maduración de la etapa, y más aún cuando ha habido serias carencias afectivas en la infancia, como ocurre en muchos de los casos que atiende el equipo. Este déficit en la capacidad simbólica dificulta la contención de ansiedades, y ello explicaría la brutalidad de algunos de estos comportamientos, pues como señalan Fonagy y Target¹⁵, *“la reducida capacidad de representarse los estados mentales propios y ajenos disminuye la posibilidad de inhibir la agresividad a través de la representación de la víctima como alguien que piensa y que siente”*. Otra diferenciación importante de la violencia de la que hablamos es con las conductas sádicas, en las cuales es necesaria una representación mental de los sentimientos de la víctima, pues de ello depende la gratificación del agresor que constituye la motivación principal del sadismo. Por fortuna, en los años de funcionamiento del equipo hemos tenido que atender muy pocos casos en los que esta motivación fuera la dominante.

Es pertinente aquí recordar algo que le gustaba a Feduchi señalar con frecuencia, debido a la tendencia de la sociedad a atribuir a esta población todos los males: la violencia tiene su manera de expresarse en todas las etapas del desarrollo, no es específica de la adolescencia.

15. Peter Fonagy y Mary Target (1999). Towards understanding Violence: the use of the Body and the role of the Father. En *Psychoanalytic Understanding of Violence and Suicide*. Perelberg, R.J. (ed) (pp. 44-62). London: Routledge.

*“La reacción normal e histórica de esta etapa siempre ha sido la solidaridad. La solidaridad la ejercen en los grupos de iguales poniéndose en el lugar del que sufre, ayudando y formando piña, con lealtad y amistad”*¹⁶.

Existen múltiples factores desencadenantes de conductas violentas en la adolescencia: todo aquello que suponga una amenaza para la identidad puede actuar como motor de la violencia, y así lo vemos cuando se producen heridas narcisistas, ansiedades paranoides, celos o envidia, intolerancia a la frustración... También se asocia a menudo con severas patologías psiquiátricas (delirios, alucinaciones, psicopatía o adicciones), pero en este artículo que referenciamos nos centramos en describir algunos mecanismos que con Luis veíamos que estaban en la base de algunas conductas violentas de nuestros pacientes: defensas frente a ansiedades claustro – agorafóbicas, la identificación proyectiva, la identificación con el agresor, la salida del aburrimiento y la identidad negativa. Siendo además esencial para entender estas actuaciones la respuesta que da el entorno a esa relación entre ansiedades y defensas que presenta el adolescente.

La polaridad de ansiedades claustro-agorafóbicas en las que vive inmerso el adolescente puede afectar de forma importante a su sentimiento de identidad y, como se señala en el artículo, puede generar movimientos defensivos de diversa índole. Ante las ansiedades de calidad agorafóbica, debidas al sentimiento de vértigo y expulsión hacia un mundo desconocido, puede quedar dominado por tendencias regresivas, pudiéndose entender así muchas conductas de pasividad, inhibición o aislamiento que se dan en esta etapa, sin atreverse a pedir ayuda, pues eso les haría quedar como niños. En ocasiones esa solución regresiva se puede idealizar con posturas místicas o conductas adaptativas a los deseos más conservadores del entorno (ayuda en

16. En el artículo de 1995 antes citado, pg. 52.

casa, estudios...), lo que suele ser muy bien aceptado por éste. Pero en ocasiones ese entorno puede ser incapaz de ofrecer un espacio a esos aspectos infantiles, exigiéndole que sea ya adulto, capaz y responsable, tratando que elimine lo regresivo a través del control y la represión, respuesta que puede estimular tanto la vivencia claustrofóbica, proyectando entonces en los adultos la causa de sus dificultades *“son ellos los que no me dejan crecer con sus imposiciones, no soy yo quien no puedo avanzar por mis miedos”*, como las ansiedades agorafóbicas de ser expulsado si no se somete a ellas. Si las proyecciones mutuas se van intensificando puede irse generando una espiral patológica de acciones y reacciones, entrando en una dinámica expulsiva que acabe en una actuación violenta. Es el adolescente que molesta, a menudo se le trata de vago o gandul, en algunos casos se le diagnostica de “negativista-desafiante”, un diagnóstico frecuente de los sistemas profesionales que Feduchi rechazaba, pues en ocasiones era la respuesta del adolescente a una excesiva exigencia y a su desafío a los intentos de infantilización y control del entorno. Esta dinámica se ve favorecida cuando el entorno se encuentra en una crisis de cambio (separaciones matrimoniales, reagrupaciones familiares...), pues en esos momentos los adultos esperan actitudes adultas de sus hijos y se toleran peor las actitudes infantiles que ellos y ellas se empeñan en mantener.

En otras ocasiones, una salida a las tendencias regresivas puede intentarse a través de una pseudoidentidad, con la adquisición inmediata de un rol que no exija demasiados compromisos ni riesgos de fracaso como puede ser incorporarse a una banda (un uniforme o un disfraz son fáciles de adquirir), y cuanto más simple sea la estética y más primitiva sea la ideología más fácil será el acceso.

Cuando el adolescente se ve dominado por ansiedades claustrofóbicas sentirá un verdadero horror a quedarse anclado en su situación infantil con la fantasía de perder para siempre el tren de sus iguales, y

por ello a menudo va a hacer actuaciones para desprenderse de ellas y así no sentirse un niño acobardado e inútil. Suelen ser actuaciones impulsivas, en ocasiones violentas, a menudo acompañadas de fantasías omnipotentes. Si ese adolescente se ve inmerso en un entorno controlador o sobreprotector, que no confía en el desarrollo de sus partes madurativas adultas más capaces, también puede entrar fácilmente en escalada con este, pues el control y la sobreprotección retroalimentarán sus vivencias claustrofóbicas, lo que de nuevo puede llevar a una explosión de violencia. La falta de atención a sus aspectos adultos aún incipientes necesitados de confianza y reconocimiento, de estímulos y oportunidades para el desarrollo puede provocar una tendencia a la actuación que puede hacer muy difícil su contención.

En muchos casos que supervisamos con Luis de violencia de hijos hacia sus padres pudimos observar este tipo de dinámicas que se producían entre las ansiedades claustro-agorafóbicas del adolescente en la relación con su entorno. En ocasiones se puede rastrear el origen de esa violencia en vicisitudes del desarrollo infantil. Lo vemos especialmente en un cuadro que Feduchi describió como *el síndrome del adolescente abortado*, que se describió por primera vez en este artículo. En síntesis, es un fenómeno que consiste en la reedición en la adolescencia de fantasías expulsivas que ya habían estado presentes en la primera infancia. Lo hemos visto con relativa frecuencia en familias reconstituidas total o parcialmente, donde los progenitores habían formado una pareja inicial inmadura que no deseaba el embarazo, siendo niños o niñas no deseados por ellos, lo que conlleva fantasías abortivas por un lado y una relación de sobreprotección como defensa ante la culpa. Más adelante los progenitores se separan y uno de ellos o ambos forman nuevas familias. Estos niños y niñas son el recordatorio constante de la relación anteriormente fracasada

y, cuando llega la adolescencia, con frecuencia se sienten excluidos, despertando en ellos un estado de resentimiento hacia la nueva pareja y los hermanastros si los hubiera. Se puede generar entonces un ciclo en que el adolescente necesita y busca ser tenido en cuenta, a menudo de formas inadecuadas, y un entorno al que estas actitudes se le hacen cada vez más insoportables, estimulando más el deseo de expulsión. Esta dinámica puede generar una relación insostenible que acabe en comportamientos violentos en el seno de la familia.

Otro mecanismo que con frecuencia Feduchi nos señalaba en las supervisiones que nos permitía entender la conducta violenta de alguno de nuestros jóvenes pacientes era la Identificación Proyectiva. Este mecanismo inconsciente puede tener una finalidad comunicativa y estar al servicio de la empatía y de la comunicación, o bien puede tener una finalidad defensiva y ponerse al servicio de deshacerse de la ansiedad. En este caso, el individuo atribuye e identifica en otros aspectos intolerables y rechazados de sí mismo (como pueden ser la debilidad o la fragilidad procedentes de los aspectos infantiles), a fin de desprenderse de ellos y disminuir la ansiedad que le provocan, haciendo que sea el otro quien sienta y viva aquello que se le ha proyectado. La conducta violenta en esos casos puede ser un intento de eliminar de cuajo esas representaciones intolerables de sí mismo.

Como explica muy bien Feduchi en otro artículo sobre la violencia en la adolescencia, *“la identificación proyectiva es un mecanismo inicial para aproximarse a lo desconocido. Es el que utilizamos para comprender a los demás, poniéndonos en su lugar. Lo que la hace patológica es la calidad destructiva de lo proyectado y la permanencia de la identificación. Cuando falta el retorno de la identificación, lo proyectado queda incluido en el otro, formando parte del objeto, lo que le comporta a la persona un*

alivio de las ansiedades que le producían aquellos aspectos no tolerados de sí mismo. Ya no se pone en el lugar del otro, sino que pone en el otro partes de él, es decir, no se solidariza sino que lo ataca, identificándole lo malo”¹⁷.

Este es un mecanismo al que el adolescente recurre constantemente dada la situación de crisis por la que atraviesa, estando en constante dialéctica con su entorno más próximo. Es su vertiente comunicativa le es muy útil para la elaboración de la identidad, especialmente cuando las identificaciones funcionan dentro del grupo espontáneo, tan necesario en esta etapa. Como defensa utilizada de forma masiva, nos permite entender muchos episodios de acoso escolar (el fenómeno conocido como *bullying*), episodios de ataques racistas o contra indigentes y también algunos episodios de violencia de hijos hacia sus padres, pues es muy importante escuchar la respuesta que da el entorno a esas identificaciones proyectivas, a menudo con insuficiente contención y entrando también en dinámicas que finalizan en violencia.

El siguiente mecanismo que trata el artículo como facilitador de conductas violentas es la identificación con el agresor. En los casos que tratábamos en la supervisión con Feduchi se daba la circunstancia de que algunos chicos o chicas que habían sufrido severas situaciones de maltrato en la infancia podían a su vez convertirse en maltratadores llegada la adolescencia. Sandor Ferenczi, uno de los pioneros del Psicoanálisis ya había descrito un mecanismo disociativo semejante, explicando esa disociación como una defensa principal frente al trauma. Este autor comentaba que algunos niños traumatizados, para defenderse del peligro que representan los adultos sin control, tienden a identificarse con ellos. Como proceso inconsciente, con-

17. En el artículo de 1995 antes citado, *pg 51*.

siste en que una persona incorpora dentro de sí la imagen mental de otra que ha representado una fuente de frustración o de maltrato en el mundo externo y con la que ha estado relacionada significativamente, identificándose con ella como forma defensiva patológica de manejar las experiencias traumáticas sufridas en el seno de su relación. El adolescente, en su necesidad de buscar una identidad, puede recurrir a identificarse con una figura poderosa y temida a la que, por eso mismo, se puede idealizar como defensa frente al desvalimiento y la humillación. En el fondo, actúa como un mecanismo de identificación proyectiva cuando se agrega una idealización de la figura del agresor.

En el artículo se cita algo de pasada la importancia que puede tener también la intolerancia a la frustración como facilitador de conductas agresivas y violentas en los adolescentes. Si la frustración ya crea cierta agresividad en todas las edades, en esta etapa el aparato mental tiene menor capacidad de contención y menos recursos para canalizarla, particularmente cuando se da una fuerte historia de privación y carencias afectivas, como ocurre con frecuencia en los menores que atiende el EAM. Debido a las vivencias tan intensas que tienen, en que las sensaciones de todo o nada son tan corrientes, la frustración se hace especialmente difícil de tolerar pues se puede vivir como que la realidad ya nunca podrá ser de otra manera, añadiéndose que, con una identidad todavía frágil y en construcción, no tener algo que se siente necesario para afirmarla puede ser sentido como no ser, y por tanto ser una amenaza que facilitará el acto violento.

En la parte final del artículo se habla de otra condición que a menudo señalaba Luis como favorecedora de irrupción de violencia en los adolescentes: el aburrimiento. Este es un estado emocional especialmente molesto en esta etapa, por la sensación de falta de vitalidad y de motivación que conlleva, y de él los jóvenes tratan de escaparse

como sea, buscando vivencias excitantes que faciliten la recuperación de sentirse vivos. Las drogas, las *raves*, el sexo la conducción temeraria o la violencia ofrecen salidas a ese malestar, y a menudo veíamos ese estado emocional en la base de muchos actos vandálicos.

Era muy interesante la reflexión de Feduchi que lo contrario al aburrimiento no es la diversión, si no la amenidad. La diversión puede ser un mecanismo de evasión del aburrimiento, pero no resuelve el problema interno de la falta de motivación. Él siempre nos comentaba que se trataba de encontrar junto al menor una actividad en la que se viera realizando algo que genuinamente le interesara, que le permitiera tener iniciativa y le enganchara, algo agradable y atractivo en lo que encontrara una gratificación.

Un tema que se trató poco en este escrito y quedó para ser desarrollado en un artículo posterior¹⁸ era el de aquellos adolescentes con dificultades personales o importantes obstáculos en su entorno que podían encontrar en la utilización de la violencia la única vía que les permitía construir un sentimiento de identidad, adquiriendo un rol violento contra la ansiedad de pérdida de identidad y la imposibilidad de ser alguien so pena de quedarse solos para siempre. Sentirse “alguien”, fuertes y poderosos a través del abuso en las relaciones con los demás. Eso sería preferible a “no ser nadie”, y sucumbir ante un fuerte sentimiento de inutilidad y fracaso, o extrañeza y desorientación. Luis nos señalaba como el fenómeno de las bandas juveniles guardaba estrecha relación con esta problemática.

Y hasta aquí el comentario de aquella primera publicación técnica, fruto de las supervisiones del equipo con Luis Feduchi que, como no podía ser de otra manera, estaba acompañada de viñetas extraídas

18. L. Feduchi, J. Tió, L. Mauri. *Identidad y Violencia en la Adolescencia. Rev Cat Psicoanal* (2008), XXVI/2: 37-51.

de la clínica que comentábamos con él. En aquellos espacios aprendimos a observar, comprender y dar significado a todo aquello que nos traían los adolescentes que tratábamos, teniendo en cuenta la realidad de cada uno de ellos. Pudimos poner nombre y diagnosticar lo que les pasaba, que a menudo era por lo que habían llegado a la Justicia, abriendo así una oportunidad terapéutica. Aprendimos a explorar sus aspectos sanos, a delimitar un foco e iniciar tratamientos psicoterapéuticos que les facilitaran la contención de ansiedades primitivas, permitiendo la formación de nuevas representaciones mentales, posibilitando la introyección de objetos buenos y capaces y la simbolización de sentimientos complejos, dándoles seguridad y estímulo para vivir nuevas experiencias. También aprendimos a mantener un diálogo y comunicación fluidos con los profesionales de otras disciplinas que atendían a los menores que tratábamos.

Como comenta Jorge Tió en su escrito “Luis Feduchi: In Memoriam”¹⁹ *“supervisar con él era una estimulante conversación, guiada por el placer de la reflexión, en un clima de cercanía, respeto y agudo sentido del humor que hacía natural la libertad de expresión y la construcción colectiva del significado”*. No podríamos estar más de acuerdo con esta reflexión de nuestro compañero. En aquellos espacios hablábamos de clínica, sí, pero no tan solo de casos. Fue nuestro maestro, y más allá de ayudarnos a ser mejores profesionales, sin duda también nos ayudó a crecer como personas. Por todo ello nuestro reconocimiento y gratitud hacia él son inmensos.

¡¡Hasta siempre Maestro!!

19. Jorge Tió. *Luis Feduchi: In Memoriam. Temas de Psicoanálisis* (2022), nº 23.

PENSANDO (CON MENOS VIOLENCIA) SOBRE LA VIOLENCIA DE (ALGUNOS) ADOLESCENTES

Jorge L. Tizón

Comentario a “Identidad y violencia en la adolescencia”²⁰

Introducción

El trabajo de Feduchi et al.¹ que dará pie a las reflexiones que siguen puede entenderse como un trabajo exploratorio y descriptivo sobre el amplio y complejo campo de la violencia juvenil, tan lleno de dogmas, simplificaciones y sectarismos... Un tema que la pandemia, la guerra entre los bloques en el suelo de Ucrania y la anómala participación de muchos jóvenes de diversas clases sociales en la extrema derecha belicista han vuelto a hacer aflorar como tema altamente relevante.

Lo primero que hemos de decir del trabajo y de sus aportaciones es que llama la atención el que, tal vez por lo certeras, aunque abiertas y desprejuiciadas de sus aportaciones, pueda ser leído como una aportación también para el momento presente, trece años (¡trece vertiginosos años!) después de su publicación en 2008.

20. Feduchi, L., Tió, J., Mauri, Ll.

Probablemente no era la intención de Luis Feduchi, ni de los demás autores escribir sobre el contexto de violencia institucionalizada en el que hay que situar siempre la así llamada “violencia juvenil”, aunque sabemos que tanto Feduchi como los demás firmantes le concedían un gran valor a ese factor contextual ¹⁻³. Pero es que hoy, buena parte de las disociaciones y velamientos que parecían disociar la violencia individual y microgrupal (de jóvenes o no) de la violencia institucionalizada macrogrupal han caído por causa de las tres crisis consecutivas de nuestro sistema social: La primera, la crisis del capitalismo financiero explosionada en 2008, con el empobrecimiento de grandes sectores de la población y la profundización de las “brechas sociales” (lo que repercute en la marginalización y precarización violentas de numerosos jóvenes como consecuencia del agravamiento de la división entre clases sociales y la violencia social). La segunda crisis, la crisis de la pandemia de la COVID-19, que ha afectado particularmente a los ancianos y al precariado, pero también a la juventud. La tercera, la crisis social creciente en los países “desarrollados” (¿?) del “norte” como causa y consecuencia de una nueva guerra de bloques sobre suelo europeo, en un país también “desarrollado” y del hemisferio norte. Una guerra más que no puede facilitar el que olvidemos las 331 guerras disociadas de nuestro siglo XXI, disociadas porque se dan sobre todo en los países del sur, contra “otras gentes y otros ámbitos”, pero también porque Europa y los USA no son nada ajenos a la realidad de esa violencia bélica casi institucionalizada.

Aportaciones del trabajo

En su aspecto clínico, como era de esperar tanto de Luis Feduchi, como de Jorge Tió o Lluís Mauri, el artículo incluye una serie

de casos demostrativos. Les sirven para apuntar, casi enumerar, diversos factores de riesgo para que el adolescente entre en situaciones de violencia⁴⁻⁶ “que pueden dificultar gravemente su desarrollo o el desarrollo de las personas de su entorno”: es decir, el tipo de violencia que cumple el criterio de “psicopatológica” según nuestra definición de *psicopatología*⁸.

Ciertamente, ello debería llevarnos a reflexionar ampliamente sobre el hecho de que la violencia ejercida por los ejércitos modernos, fundamentalmente compuestos por jóvenes, no suele ser considerada anómala y, menos aún, “psicopatológica”. Pero no es el objetivo de este trabajo y ni del trabajo que comentamos. Sin embargo, la “violencia no encuadrada” es y ha sido muy prevalente en los adolescentes de los servicios asistenciales en los que trabajan los autores, a menudo asociada al consumo de drogas psicoactivas, incontinencia comportamental, primeros tanteos perversos...

Las aportaciones de los autores se ilustran en este trabajo con los casos de Elena (una joven consumidora de drogas ilegales, con una identidad denigrada y reiteradas autoagresiones físicas); de Patricia (como un ejemplo femenino de violencia intrafamiliar); de Carlos (otro ejemplo de violencia intrafamiliar, un joven reiteradamente vivido por sus padres como un “hijo desesperante”); de Mario (que agrede a inmigrantes bajo una supuesta ideología ultraderechista, fascistoide, pero para que nadie le considere como “un colgado”); de Xavier (denunciado por robos y agresiones reiteradas, que desearía devenir un “diablo”, “un indomable” para no entrar en contacto con su temor y vergüenza a sentirse un inútil, desechado y abandonado por una madre cruelmente exigente...); del sudamericano Rubén, que busca su identidad como miembro de bandas, en una vía que transita desde lo amorfo y confusional (:?) hacia lo paranoide y lo perverso...

Pero el hecho de que se trate de un trabajo fundamentalmente clínico, no implica que los autores no hayan realizado toda una reflexión teórica al respecto, cuyos resultados se muestran, por ejemplo, en sus definiciones y delimitaciones de los temas ilustrados por el trabajo. Por eso intentan clarificar y situarse entre las diversas definiciones de violencia, violencia juvenil, agresividad, pulsiones libidinales y destructivas, etc. Para ellos, el factor fundamental que permite hablar de *violencia* y no de “agresividad preservativa” es la fantasía inconsciente y consciente que la acompaña y/o fundamenta. De ahí que aporten la diferenciación entre *agresividad preservativa* y *agresividad destructiva* (en función de la fantasía relacional que le sirve de base): la primera iría unida a percepciones-simbolizaciones del otro, del “objeto” como algo más total, integrado, con aspectos “buenos”, mientras que la segunda iría vinculada con una percepción del otro más parcializada, amenazante para el *self* o para la propia identidad...¹⁵⁶.

Se trata de una perspectiva que ayuda a situar no solo en la sociedad sino también en el mundo interno del adolescente la ya clásica definición de la OMS⁷, que considera violencia “El uso *deliberado* de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, cuando causa o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones”. Según esas aportaciones de la OMS, la violencia puede ser *autoinfligida* como en los casos de comportamientos autolíticos y del suicidio; *interpersonal*, cuando afecta a un número reducido de personas que mantienen vínculos emocionales entre sí (violencia doméstica) o no (violencia en la comunidad); y finalmente, la *violencia colectiva*: “el uso instrumental de la violencia por gente que se identifica a sí misma como miembros de un grupo, transitorio o de larga duración, contra otro grupo o

conjunto de individuos, con el fin de conseguir una serie de objetivos políticos, económicos o sociales”⁷.

Desde el punto de vista del mundo interno y la estructura de la personalidad, según el trabajo comentado las conductas *violentas* aparecerían “precisamente en la frontera de un proceso de simbolización en la que el sujeto tiene dificultades para diferenciar adecuadamente fantasía de realidad y se producen fenómenos de equivalencia simbólica” (que personalmente prefiero llamar *equivalencias seudosimbólicas*); en todo caso, de alteraciones en la simbolización. Hoy en día, probablemente con términos más amplios y actuales (que también se consideran en el trabajo), ello tiende a conceptualizarse como problemas de mentalización y de integración emocional⁹⁻¹¹. Como habían escrito Fonagy y Target⁹ “la reducida capacidad de representarse los estados mentales (propios y) ajenos disminuye la posibilidad de inhibir la agresividad a través de la representación de la víctima como pensante y sintiente”. El déficit de mentalización-simbolización hace que la vivencia de amenazas para el *self* (entendido tanto como personalidad global, como entendido en tanto que objeto interno “identidad”) no puedan procesarse adecuadamente ni en sus peculiaridades ni en su intensidad. El resultado son esas incontinencias o esas perversiones de la ira como emoción básica y, por tanto, universal.

Una consecuencia sumamente incisiva aportada por los autores consiste en señalar que, cuando la violencia se cronifica, el tipo de organización relacional que se establece es el sadismo. El *sadismo* es una derivación perversa de la vida emocional. Como toda perversión cronificada, posee efectos pseudoestabilizadores de la integridad personal y la identidad. Con el corolario, atrevido pero en el que coincidimos profundamente con los autores, de que la perversión sádica, como toda perversión cronificada, posee efectos adictivos¹².

Algunas reflexiones o sugerencias a partir del trabajo

En la estela del trabajo comentado, tal vez deberíamos entender la violencia, la “agresividad destructiva” o la “ira insuficientemente encuadrada” como un uso desregulado de esa emoción básica, pero sólo cuando tiene consecuencias sobre el desarrollo del individuo o de los que le rodean e impide una regulación emocional favorable para el desarrollo. Ello debería llevarnos a replantear el papel central que en psicoanálisis desde Freud hasta nuestros días ha jugado la hipótesis de la segunda teoría bitemática de las pulsiones: *Eros* y *Thanatos*, psicosexualidad y agresividad¹³. A pesar de su utilidad clínica y su puesto central en el psicoanálisis, tal vez haya llegado el momento de completarla con una visión actualizada del mundo de la motivación psicológica y, por tanto, del mundo emocional.

De hecho, Freud (en 1920, 1923 y en otros escritos posteriores) propuso el término *pulsión* como una “mitología” operativa para explicarse la psicopatología y las motivaciones humanas más potentes, “indudablemente ancladas en la biología”^{13,14}. Pero hoy esas motivaciones humanas profundas, primigenias y ancladas en la biología parece cada vez más claro que son las *emociones*^{15,16}. Ni en asistencia y prevención, ni desde luego, en teoría e investigación es conveniente seguir trabajando tan sólo con la “teoría bitemática de las pulsiones”, aunque siga poseyendo utilidades en la clínica. Para cualquier fenómeno psicológico fundamental, y la agresividad-violencia lo es, hemos de tener en cuenta una perspectiva de la motivación actualizada por los datos científicos y sociales. Por ejemplo, una perspectiva como la que aporta la “neurociencia de las emociones” de Panksepp, Davidson y tantos otros investigadores¹⁵⁻¹⁷.

Como ya he recordado en diversos momentos⁸, esas motivaciones últimas para la psico(pato)logía (y para la conducta y las representaciones mentales), que Freud siempre intuyó como profundamente ligadas a lo biológico, al soma, hoy podemos pensar que son las *emociones primigenias*. No los *sentimientos*, que deberíamos entender en realidad como “emociones secundarizadas”, pasadas por las relaciones y la cultura, y pueden sumar decenas en cada cultura, sino las emociones primigenias, tal como son definidas hoy por los neurocientíficos: como “sistemas emocionales” (miedo, ira, deseo o sexualidad, apego-cuidados-solidaridad, ansiedades de separación-duelo, indagación-conocimiento y alegría-juego^{16,8}: Tabla 1).

El desarrollo personal (y grupal) se halla estrechamente ligado con los procesos de contención, introyección y proyección de todas y cada una de esas emociones primigenias, genéticamente pre-programadas y, por tanto, ineluctables en la especie y en cada uno de sus miembros. Evidentemente, la ira y el miedo son las emociones primigenias más vinculadas a la violencia juvenil, pero el mismo reconocimiento de esa realidad debe llevarnos a pensar siempre qué se ha hecho en la historia de ese joven o esos jóvenes con sus otras “emociones primigenias”: con la emoción del apego (solidaridad y cuidados), con la elaboración de su psicosexualidad, con la elaboración de las ansiedades ante las separaciones y las pérdidas, con su deseo de conocer y conocer “su lugar en el mundo”, con su capacidad de jugar y experimentar y transmitir la alegría...

Contra la pixelación de los diversos componentes de las adolescencias

Para entender la violencia juvenil desde un punto de vista psicológico y psicosocial resulta pues imprescindible una aproximación

mucho menos parcializada de lo que suele hacerse. A nivel social y cultural, pero también entre los profesionales asistenciales predomina hoy una visión de la adolescencia y la juventud tan invadida de múltiples disociaciones parcializadoras que me he permitido hablar de la “*pixelación*” de la juventud^{18,19}. Para poder acercarse al por qué de la violencia en estas edades es imprescindible una comprensión de sus sufrimientos, ansiedades, trabajos y tareas, un tema en el que Luis Feduchi siempre se mostró un profundo y agudo maestro y orientador, ya desde antes de su modesta (pero importante) monografía sobre el tema 3. A partir de sus ideas³⁻⁵, y para uso en poblaciones en muchos aspectos similares a las presentadas en el trabajo (los niños y adolescentes sujetos a medidas familiares legales, de protección o de justicia) hemos desarrollado nuestro esquema de la adolescencia que solemos llamar “*las adolescencias 6-5-5-5*”^{18,19} (Tabla 2): se refiere a las 6 tareas psicosociales que debe desarrollar el adolescente para llegar a adulto en nuestra cultura, lo cual implica al menos 5 duelos fundamentales y de no sencilla elaboración. Todo un trabajo, unos sufrimientos ¡(y unos aburrimientos!) que el adolescente escenifica y muestra (cuando puede) en al menos 5 contextos o ambientes diferentes (en soledad, en la familia, con los adultos, con los pares y en las redes sociales informatizadas). Y tengamos en cuenta que son unos ambientes o contextos que actualmente se ven agitados por unas renovaciones de la realidad y el mundo tan exageradamente aceleradas como tal vez no se ha dado nunca en la historia, lo que complica todos los procesos anteriores y, desde luego, el del logro de una identidad (al menos a nivel erótico, corporal, actitudinal e intelectual, que diría Carlos Castilla²⁰).

Sólo combinando esa perspectiva de las emociones en la relación con el *esquema 6-5-5-5 de las adolescencias* o alguno similar podemos acercarnos a una comprensión holística e integradora de sus signifi-

cados, vivencias y variaciones; o, lo que es más importante, de sus cuidados. El resultado podría ser un cuadro de los factores de riesgo y de las tipologías de la violencia adolescente, algunos de cuyos ítems o apartados se apuntan directamente en el trabajo comentado y he intentado resumir en las Tablas 3 y 4. Aunque ello nos podría llevar a pensar incluso en lo periclitado de muchos conceptos médicos aplicados a la salud (mental) y a la psico(pato)logía: Tal vez deberíamos comenzar a hablar de “cuidados” o “*cuidados integrales*” y de “psicología y “*psicopatología aplicada*” de la adolescencia” más que de “psiquiatría de la adolescencia”.

En el trabajo, por ejemplo, se apuntan o describen algunos factores de riesgo o “concausas” de esas “violencias juveniles”. Recojamos algunas de las mencionadas, con la aclaración previa de que, a mi entender, hoy en día pueden ser profundizadas y utilizadas tanto para su comprensión como para su prevención y atención gracias a esa nueva perspectiva de las “motivaciones últimas” que antes mencionábamos. Por ejemplo, podría proporcionar una idea más completa de lo que los autores del trabajo comentado llaman, siguiendo a Feduchi⁴⁵ “*agresividad preservativa*” (defender, cuidar, proteger al “objeto interno” bueno y los objetos externos que lo representan en la realidad externa). La ira como emoción primigenia, básica en la violencia, queda automáticamente matizada por las emociones de los cuidados (apego) y de la pena o ansiedades de separación. Por el contrario, la “*agresividad destructiva*” suele basarse en una incontinencia o en una perversión de la ira como emoción primigenia: el sujeto percibe al objeto como un estimulador de representaciones insoportables del sí mismo, de la propia identidad... Por ejemplo, cuando se siente frágil o despreciado, rechazado, descalificado, máxime si mentalmente le domina la *organización paranoide de la relación*²¹.

Pero en las situaciones más paranoides, de mayor dominio de esa organización paranoide, ese ataque puede vivirse como más intolerable precisamente porque lo intolerable del *self* o la identidad se ha proyectado en el objeto rechazado, ridiculizado, desvalorizado. Esa manifestación patológica de la identificación proyectiva²², que prefiero llamar *des-identificación por la proyección*, se halla frecuentemente en la base de conductas como el acoso escolar, el acoso en el trabajo, los ataques con tinte racista y fascistoide a indigentes, algunas peleas sólo aparentemente motivadas por la rivalidad pero que, a un nivel más profundo, pretenden introducir en el otro un sentimiento de vulnerabilidad, miedo o exclusión que resulta imposible de tolerar por el propio sujeto como parte de su identidad.

Este tipo de violencia ejercida como un dominio aplastante sobre el débil, el indefenso, el pobre, el sumergido, el marginado, proporciona una idea de la fragilidad subyacente en los “mundos internos” de muchos *ur-fascistas*^{23,24}. Además, puede proporcionar *una* explicación de por qué hoy, en las juventudes de las clases medias del hemisferio norte (sacudidas y degradadas por las consecuencias socio-culturales del capitalismo financiero y especulativo), a menudo la protesta juvenil “se ha hecho de derechas”²⁵. Como en los tiempos de la República de Weimar y de los orígenes del fascismo y el nazismo del siglo XX^{26,27}, esos jóvenes resultan fuertemente atraídos por la identidad fascista, profascista, *ur-fascista* o, simplemente por las formas del *autoritarismo* y la *derecha 2.0.*, que diría Forti²⁶, que implican ataques al débil y al sumergido.

Ahora bien: No hay que olvidar que si la proyección de aspectos propios en el objeto interno y externo es excesiva, el resultado es un vaciamiento de la identidad, una fragilización del *self* como objeto in-

terno representativo de la identidad. Por eso tiendo a hablar más que de “identificación proyectiva masiva”, de “*desidentificación mediante la proyección (excesiva)*”. La identidad queda fragilizada, su elaboración adolescente retardada, algo que ya ha sido teorizado incluso para los ámbitos económicos y sociales por ejemplo por Brown con su sentencia “estados amurallados, soberanía en declive”²⁸: Una buena metáfora para entender que la “identidad amurallada rígidamente” implica una falta de autonomía. De ahí que se desarrollen fenómenos tales como la identificación con el agresor, tan estudiada en psicoanálisis y recordada en el trabajo comentado.

Para todo ello se necesitan dosis o intensidad de disociación potentes, probablemente excesivas, que colaboran en la fragilización de la identidad y pueden incluso des-integrar la personalidad. Por ejemplo, en la disociación del sentimiento de pobreza, casi ruindad, que a algunos jóvenes les proporciona el aburrimiento, hasta el extremo de resultar intolerable para ellos: como reacción ante esa percepción de las “partes pobres” de su mundo, pueden poner en marcha conductas e incluso ritos violentos. Con el agravamiento añadido de que esas actuaciones pueden convertirse en enormemente adictivas: lo son a nivel psicológico, por ejemplo porque disocian la percepción de la pobreza y tristeza propias de la fragilidad o el aburrimiento, que incluso pueden dar asco; lo son a nivel social, pues pueden proporcionar parches de identidad vicariantes ante esa percepciones²⁹; y lo son a nivel bioquímico, pues la violencia significa un choque adrenalínico y otros cambios neuroendocrinos (vehiculizados por la testosterona, la sustancia P, la norepinefrina, el glutamato, la acetilcolina...^{16, 17}). Por eso la repetición puede hacerlas enormemente adictivas si no son contrapesadas por otras emociones (y otra bioquímica) como la de los cuidados-apego, la pena y ansiedades de separación y en último

término, el miedo (procesos en sí mismos mucho más potentes que las diversas instrucciones morales y moralizantes basadas en cogniciones, en particular cuando no se sabe imbricarlas con propuestas emocionales).

Ante el adolescente disruptivo, Luis Feduchi estaba especialmente atento a sus *ansiedades claustrofóbicas* y *claustrofílicas*, a su temor a ser dominado por lo que designamos como *Organización Fóbico-Evitativa de la relación* (OFER) (Tablas 3 y 4). Son conceptos de gran potencia explicativa y diagnóstica, tal vez para entender algunas violencias familiares en jóvenes sometidos a ansiedades claustrofóbicas: Por ejemplo, con padres o madres insistentemente invasivos en el “*Tienes que ser así, o así*”. En el fondo, “*tienes que ser como yo quiero o yo necesito*” (consciente e inconscientemente), una situación que incluso puede dar lugar a lo que Luis Feduchi llamaba “*síndrome del adolescente abortado*”: en el caso de Patricia, correlaciona con desidentificaciones proyectivas de los padres seguidas de conductas consciente o inconscientemente expulsivas.

Como ya hemos dicho hablando de la elaboración de las tareas y duelos de la adolescencia y de las dificultades particulares que todo adolescente pasa no sólo con sus hormonas y bioquímica sino, mucho más allá, con sus emociones, lo que subyace en muchos desbordamientos de la violencia en jóvenes puede entenderse como un déficit de *integración emocional*. Ese déficit de integración emocional repercute siempre en una contención, una empatía y, en definitiva, unos *procesos de mentalización* alterados, por exceso o por defecto. En esa vinculación teórica o “metaclínica” los autores comentados se mostraron enormemente intuitivos, pues no hay que olvidar que, si bien hoy es fácil pensar en los procesos de mentalización en muchos cuadros

psicopatológicos y formas de relación, así como en los avatares de la adolescencia, no era lo mismo en 2008, cuando se escribió el trabajo. Ahí los autores nos proporcionan una indispensable genealogía teóri-

Tabla 1. Sistemas emocionales primigenios y violencia juvenil

(derivada de Panksepp et al. ^{15,16}y Tizón ⁸)

7-9 Sistemas emocionales básicos	En la base de la violencia juvenil
1. IRA- Rage	++++
2. MIEDO- <i>Fear</i>	++
3. DESEO- Lust	+
4. CUIDADO-Crianza-apego <i>Care</i>	
5. Ansiedad de separación (Panic). PENA-DUELO- <i>Grief</i> ,	+
6. JUEGO-Alegría- <i>Play</i>	+
7. INDAGACIÓN-EXPECTATIVA- <i>Seeking</i>	++
+ 8. Las “Emociones homeostáticas” (sed, hambre...) y 9. Las “Emociones Sensoriales” (asco, dolor, sensaciones...)	+++
+ Otros sentimientos o “emociones secundari- zadas” pueden estar en la base de la VJ y, espe- cialmente, la Vergüenza, la Culpa, el Orgullo-au- toestima...	++

Tabla 2. Los 6-5-5-5 componentes psicológicos y psicosociales básicos de la adolescencia

(derivada de Feduchi³ y Tizón^{18,19})

<p align="center">Una revolución fisiológica, psicológica y social:</p> <p align="center">Las 6 tareas y los 5 duelos en los 5 mundos y con (al menos) cinco cambios socioculturales</p>			
Tareas:	Duelos:	Ámbitos:	Cambios sociales:
<i>Alcanzar la posición propia en</i>			
1. El logro de la identidad o bien <i>seudoself</i> ; confusión o desintegración	1. Por el mundo de la infancia	1. <i>El adolescente en la familia</i>	<i>Adolescencia "acordeón"</i>
2. El conflicto dependencia versus autonomía	2. Por el cuerpo y el Self corporal infantil	2. <i>En el mundo de los adultos</i>	<i>Globalizada</i>
3. Nuevas relaciones con el cuerpo (<i>self corporal</i>)	3. Por la omnipotencia infantil, con la necesidad de buscar a un Otro	3. <i>En el mundo de los adolescentes</i>	<i>Con mayor equilibrio intergéneros</i>
4. Estabilizar una nueva Sexualidad: Una sexualidad al menos más diferenciada, según el "puzle" personal y menos marcada por lo agresivo	4. Por los padres idealizados	4. <i>El adolescente aislado</i>	<i>Multicultural-¿inclusiva?</i>
5. Claves de la Relación de Pareja: Por ej. ¿Cuánto de deseo y cuanto de apego?	5. Por la posición en la familia	5. <i>En el mundo virtual</i>	<i>Digitalizada (Ciberspacial)</i>
6. Claves del estilo de vida (<i>el self social</i>)			<i>Otros cambios</i>

Tabla 3. Orígenes de la violencia (juvenil y no juvenil) desde un punto de vista psico(pato)lógico

(según una perspectiva relacional de la Psicopatología Psicoanalítica Específica^{8, 12, 21})

1. La violencia (y autoagresión) DRAMATIZADORA (o “histérica”).
2. La violencia para salir de la persecución FÓBICA
3. La violencia sistemática y obsesivamente controladora.
4. La violencia MELANCOLICA, ++ auto y heteroagresiva.
5. La violencia PERVERSA, ADICTA y ADICTA A LA PERVERSIÓN.
6. La violencia INCONTINENTE, actuadora y “límite”.
7. La violencia PARANOIDE.
8. La violencia del delirante (buscando la diferenciación o bien la simbiosis desperada con objetos internos mal diferenciados y con una personalidad y una identidad no integradas).

Versus

9. La IRA elaborada e integrada, ejercida como **violencia “reparatoria”** o como “agresividad defensiva” para defender al “objeto”, al otro, el grupo, la familia, los OI, el self... (pero también aquí los límites deben poderse mentalizar).

Tabla 4. (Algunos) factores de riesgo (FR) de la violencia Juvenil (VJ) mencionados

FR Sociales	FR Psicosociales, FR grupales	FR Personales	FR dependiendo de la Organización de la Relación de la relación	FR dependiendo del OI (Objeto interno)
<ul style="list-style-type: none"> - Violencia estructural - Organizaciones sociales perversas dominantes - Mitos embellecedores de la guerra, el belicismo, la violencia... - Patriarcalismo falocrático - Diferencias de clase - Marginación y falta de respeto y cultivo de las diferencias 	<ul style="list-style-type: none"> - Violencia en los grupos, pandillas, tribus... - Necesidad es de identidad e identificación - Difusión de la responsabilidad en los grupos - Difusión de la identidad en los grupos. - Falocratismo, Machismo 	<ul style="list-style-type: none"> - Dificultades de mentalización - Sentimiento consciente o inconsciente de vulnerabilidad del self - Excesivo peso en el self del miedo o la ira, bien de la culpa, la vergüenza, la autodepreciación, el orgullo maniaco... - Duelos adolescentes elaborados de forma paranoide o incontinente - La VJ defensiva, con: <ul style="list-style-type: none"> • IP masiva con los otros • Disociación masiva e inestable • Combate BPS contra el aburrimientovivido como pobreza del self - Violencia familiar con Identificación con el agresor, IP masiva con respecto a él y/o resentimiento. - Triangulación originaria gravemente alterada, con alteración consecutiva del OI madre, del OI padre y del OI "triangulación originaria". - "Síndrome del adolescente abortado" - Drogas - Perversidad 	- Predominio excesivo de la Organización Incontinente de la Relación (OIR)	- OI incontinente o aplastante
			- De la Org. Paranoide de la Relación (OPAR)	- OI Persecutorio-Humillador idealizado
			- De la Org. Perversa de la Relación (OPER)	- OI pervertidor y defensa o identificación con el mismo
			- De la Org. Melancólico-Maniaca de la relación (OMM)	- OI "sol negro", Idealizado-denigrado en su "bondad" o en su "maldad"
			- De la Org. Fóbico Evitativa de la Relación (OFER)	- OI insuficientemente contenedor de los miedos primitivos
			- De las Relaciones Simbiótico-adhesivas y Adhesivo-Autísticas	- Para diferenciarse /simbiotizarse desesperadamente de OI fragmentados y parciales: OI (y self) des-integrados y parciales
			- VJ en laa inestabilidad emocional "límite"	- OI (defectuosamente escindidos fragmentados, alterables en su estructura según la emoción dominante

ca para entender estos fenómenos, una genealogía que transita desde Erikson³⁰ hacia Fonagy, Target y Bateman⁹⁻¹¹, sin olvidar los autores y clínicos “postkelinianos” como Bion y Meltzer³¹.

Ese desequilibrio entre déficit simbólico e intensidad de la vivencia de amenaza para el *self* es clave para explicarse la “violencia disruptiva”, la “agresividad destructiva” de la que hablan nuestros autores. También, casi al pasar, nos proporcionan otra importante clave clínica para entender mejor la *organización intrusiva o perversa* de las relaciones (OPER): Incluso en la OPER es necesaria una representación de los sentimientos de la víctima.

En un sentido vinculado con esos fenómenos, la violencia, como uso no elaborado de la ira que es, resulta de gran importancia clínica entenderla como un facilitador de adicciones a sustancias (y su uso crónico, otra adicción, en este caso “perversa¹²). Alguno de los intentos desesperados del joven para estabilizar una identidad frágil o fragilizada puede pasar por soluciones “protoperversas”, que si tienen éxito y logran “seudocontener” la fragilidad, pueden estabilizarse como recurso, dando lugar a organizaciones mentales “perversas” (sadomasoquistas) más o menos predominantes a nivel mental y conductual en algunos (pocos) jóvenes, pero tal vez preparando su dominio en el desarrollo como adultos.

Sin olvidar que, cuando hablamos de estabilizaciones “perversas”, es sumamente importante diferenciar entre esa organización relacional perversa y la *organización incontinente de la relación* (OIR)¹², especialmente en la adolescencia: En este caso, la seudoestabilidad o estabilidad pasajera proviene del “*acting out*”, de la actuación, de conductas reiteradas o explosivas que, en sí mismas pueden constituirse en una base para las relaciones fundamentales de un joven (o de un

adulto) al permitirle evacuar sistemáticamente a nivel biopsicosocial las emociones y sentimientos intolerables. Por el contrario, la *organización perversa* implica una estabilización no mediante las conductas más o menos violentas, sino “por la satisfacción, placer, equilibrio o sedación que proporciona el entrar en la mente del otro y tal vez en su cuerpo, sin su aquiescencia o colaboración”¹². El placer aquí no subyace en la actuación, en la explosión conductual, sino en la *intrusión*, algo muy notable en las expresiones de muchos adolescentes, incluso a nivel de lenguaje, pero mucho menos frecuente como organización dominante. Resulta mucho más frecuente en algunos dirigentes de bandas, organizaciones mafiosas, organizaciones políticas y de propaganda, organizaciones de pedófilos o “manadas” de diverso tipo (pero tampoco en la mayoría de sus integrantes, en los cuales la violencia tiene más que ver con identificación con el líder o con el agresor, o con modelos relacionales actuadores...).

Esta diferenciación entre la violencia procedente de la organización incontinente de la relación y la de la organización perversa no sólo es fundamental para la comprensión de la violencia. También lo será para la relación clínica cotidiana o psicoterapéutica con esos jóvenes, incluyendo los temas de los límites, de la intervención de los servicios de Justicia, mediación, etc.

Otra forma hoy frecuente de manifestarse la violencia, que conviene entender como violencia, tal como hace el trabajo comentado, son las autolesiones, es decir, el ejercicio de la violencia sobre el propio cuerpo. En este caso, a nuestro entender, la primera tarea es diferenciar entre las diversas organizaciones relacionales que pueden darse tras esa conducta cuando es reiterada. Resulta crucial hacerse una idea de qué representa a nivel relacional interno y externo (Tablas 3 y 4): ¿Una forma de dramatizar usando la violencia? ¿Una expresión de

parasuicidio melancólico? ¿Una forma de “capturar” intrusivamente sentimientos, actitudes, conductas, o incluso medios terapéuticos puestos en marcha por “el otro” cuya mente hay que invadir? ¿Una forma de lidiar con el cuerpo perseguidor? Aquí, nuevamente, la consideración de las emociones y fantasías subyacentes y subsiguientes a tales acciones juega un papel fundamental.

La perspectiva del cuerpo como *objeto transicional* en el sentido winnicottiano (y en un sentido “psicosomático” estricto, es decir, biopsicosocial) creo que facilita esa comprensión del significado relacional de la violencia “autoagresiva”. Facilita percibir el amplio abanico que va desde la autoagresión para dramatizar o seducir con el cuerpo hasta el extremo de la autoagresión psicótica, cuando el cuerpo ya no es un objeto transicional, sino un “otro” delirantemente investido al que destruir, mutilar o amputar. Pero esa perspectiva “psicosomática actualizada”¹² facilita el comprender los efectos no sólo psicológicos sino sociales e incluso bioquímicos de la violencia autoinflingida: Como decía Elena y dicen tantas/os adolescentes “*de repente te quedas tranquila, te relajas...*” Ante las vivencias intensas y abrumadoras de los duelos y tareas de la adolescencia y postadolescencia el cuerpo se hace depositario de forma masiva y poco simbolizada de la necesidad de liberación de los conflictos que el sujeto está experimentando.

Eso nos debiera hacer pensar en el componente de *resentimiento* (en el sentido en el que lo estudió Escario³²) de ciertas autoagresiones violentas de algunos jóvenes, o de algunas anorexias y/o algunas idealizaciones de la bulimia y la obesidad: se vuelven a vivir en una y otra ocasión, sin casi elaboración, los sentimientos de humillación, culpa o persecución que se sintieron con los objetos primordiales.

Y ello nos recuerda el papel del “complejo Edipo” en estos temas (otro concepto que, desde hace decenios, prefiero designar con el término de *triangulación originaria*, tomado de la observación de

bebés³³). Ciertamente, en la triangulación entre sujeto que agrede, el objeto agredido y los “testigos” de la agresión hay una triangulación evidente que ha de remitirnos siempre a alteraciones en la triangulación originaria a menudo mucho menos evidentes... pero casi siempre existentes. Y eso a su vez nos remite al *mito antifeminista* que ha seguido vinculando las alteraciones de la triangulación originaria fundamentalmente con las madres y no con los *tres* miembros del triángulo y con la propia triangulación como estructura: el papel del padre disociado y/o disociativo e incluso falocrático queda excluido a menudo en la comprensión de la violencia infantil (e incluso juvenil). Se trata de una simplificación teórica y clínica que, desde luego, no puede achacarse tan sólo a Freud y al psicoanálisis, pues el papel del padre en las normas culturales y sociales y, por lo tanto, en el uso de la violencia, ha sido siempre subrayado por Freud y otros muchos psicoanalistas. Pero nos falta aún integrar más radicalmente, tanto a nivel teórico como clínico la revolución cultural que ha supuesto el *feminismo*, para poder atender al papel falocrático violento y/o disociador jugado por el tercero de la triangulación (estadísticamente, el hombre). A menudo, ese sesgo teórico y cultural va unido al desprecio o minusvaloración de su posible interés y capacidades para participar en las terapias, no lo olvidemos: Ante los cambios en los papeles genéricos que nuestro mundo está viviendo, la no participación del hombre, o, en general, del tercero, en los cuidados integrales de cualquier psicopatología es cada día más una muestra de nuestras cortedades teóricas y para el replanteamiento clínico que una realidad ineluctable.

Algunas ideas sobre la atención a la violencia en la adolescencia

Naturalmente, el artículo que comentamos, al estar realizado por clínicos que han trabajado durante decenios en servicios interdepar-

tamentales de atención a los jóvenes con problemas (de violencia y otros tipos) sí que menciona, aunque solo sea de pasada, una serie de elementos sobre cómo atender o cuidar esos síntomas o comunicaciones de la violencia de los jóvenes.

Por ejemplo, tanto los autores como este comentarista somos partidarios de la psicoterapia psicoanalítica como forma de ayuda fundamental para gran parte de estos jóvenes sujetos, aunque reconozcamos sus particularidades y sus dificultades, nuestros escasos conocimientos y preparación para esas psicoterapias, su necesidad de integrarlas con otros cuidados dentro del CIANC^{*21}, y lo poco que están apoyadas y financiadas por los poderes públicos, que debieran ser los principales defensores de invertir medios y esfuerzos públicos para asegurar su eficacia, eficiencia y difusión. ¿Saben ustedes lo que nos cuesta a todos cada año un preso en nuestro sistema judicial? ¿Saben ustedes los sufrimientos, frustraciones y la degradación de una o más vidas que supone a menudo la experiencia de varios años en nuestro sistema penitenciario de un sujeto joven? Pues más de 25.000 euros /año, más de 71 euros/día, según cifras de 2021. ¿Imaginan ustedes qué medios podrían dedicarse a la prevención de tales delitos en el caso de los jóvenes, y/o a sus cuidados integrales bien dotados y financiados? Una tarea ineludible, aunque seamos conscientes de la eficacia reducida de nuestros procedimientos actuales, en buena parte debida a la falta de investigación empírica y clínica sobre los mismos, a lo poco que se trabajan socialmente. Pero reorientar una vida, aunque solo una fuera, bien vale el esfuerzo.

Hay que implantar esa tendencia a unos cuidados integrales bien dotados, apoyados y con formación e investigación en servicio. Por-

21. CIANC: “Cuidados integrales adaptados a las necesidades del sujeto y su familia en la comunidad”, nuestra forma de denominar esos cuidados integrales biopsicosociales, derivada de los modelos escandinavos del NAT y OD.

que si no, se está desarrollando el extremo opuesto, realmente “de juzgado de guardia”: profesionales y equipos tan necesitados de tiempo para la reflexión y elaboración, tiempos de “descontaminación” y elaboración, que no solo *no* están bien dotados desde el punto de vista económico, de formación y de personal, sino que en muchos casos han sido rastrera e inmisericordemente desprovistos de ese apoyo fundamental para su labor: la reflexión y la contención-elaboración. Algo así como si a los cirujanos se les dejaran de proporcionar batas, guantes, mascarillas quirúrgicas, antibacterianos... He ahí una muestra de la violencia institucional y estructural, en este caso ejercida también sobre las personas cuidantes de esos jóvenes. Contención y grupos de reflexión y/o supervisión son indispensables para estos equipos: Como poco para ayudar a elaborar las contratransferencias desbordantes a las que están sometidos.

Pero esa valoración de la psicoterapia y de los espacios de reflexión no es óbice para que hayamos de tener en cuenta en estas situaciones el tema de los límites morales, culturales e institucionales a la violencia y, por lo tanto, el papel de límite que juega la Justicia y cómo tenerlo en cuenta e integrarlo en un CIANC. En el mismo sentido, el artículo nos recuerda el valor de los trabajos interdisciplinarios sobre el tema: por ejemplo, la importancia de los educadores, delegados de atención al menor y acompañantes terapéuticos suficientemente formados y cuidados mediante adecuadas supervisiones y el reconocimiento de su (dificilísimo) trabajo. O el valor de las experiencias y actividades sublimatorias, reparatorias, como para Rubén fue la música y pueden ser los talleres de música y de otras muchas actividades artísticas o creativas, los talleres de cuidados (y no solo propios, sino de otros seres humanos, animales, mascotas...), las actividades recreativas y de aventura en talleres... Es verdad que, en comparación con el

impacto de la violencia, son medios “blandos” y aparentemente poco eficaces. Se apuntan o “enganchan” a ellos unos pocos jóvenes, no todos. Pero, dado el grave problema que ese síntoma personal y social plantea a sus vidas, las de sus familiares y las de todos nosotros, ¿no vale la pena proporcionar un amplio elenco de posibilidades para que “se enganche” cada uno en la que pueda? Demasiados errores sociales se han dado anteriormente en el cuidado de esos chicos y sus familias como para que luego nos adhiramos tan sólo a fraudulentos milagros “curalotodo” en la esperanza de encontrar la pastilla “antiviolenia” que cure esas manifestaciones, años y años “cultivadas” al no cuidar a esos chicos y sus familiares de forma socialmente eficiente.

A nivel clínico, valdría la pena rescatar la serie de indicaciones que los autores aportan en su trabajo, en particular cuando insisten en que mejorar estos jóvenes significa que puedan acceder y comunicar emociones más contrapesadas por otras emociones y *sentimientos*, por los otros *seis sistemas emocionales primigenios* (tabla 2) y no sólo por la ira, como muestra el caso de Xavier en el escrito. Es decir, emociones contrapesadas por otras emociones y experiencias, sin descartar sus componentes más cognitivos (pues las emociones también son medios de conocimiento y actuación sobre el mundo, es decir, procesos cognitivos), como la ética y la moral, el apoyo o apego mutuo y la solidaridad...

Por ello, para el cuidado clínico, en particular el psicoterapéutico, pero en general para todos los cuidados que componen los necesarios CIANC (“cuidados integrales adaptados a las necesidades del sujeto y su familia en la comunidad”) hay que tender a potenciar las capacidades de mentalización de esos jóvenes, siempre posible... pero también de los familiares y equipos que los atienden (y, en general, de los equipos asistenciales en nuestras sociedades, hoy sometidos a

potentes presiones autoritarias, clasistas y regresivamente individualistas). Ayudar a la mentalización significa ayudar a la percepción de otras cualidades del sujeto y de los otros que hacen vivirse como objetos internos menos parciales, en el sentido kleiniano, cosa que no se hace tan sólo con psicoterapia psicoanalítica, sino también con las relaciones con acompañantes terapéuticos y educadores, en relaciones institucionales, con otros servicios sociales y comunitarios, con otros equipos... Todo ello supone para el joven en riesgo experiencias de interacción, vivencias relacionales y la posibilidad de mentalizar los desafíos a las identidades parciales que va probando: de ahí el valor de los grupos y agrupaciones sociales de jóvenes y con jóvenes, los educadores y los acompañantes terapéuticos, los pares como expertos, los sobrevivientes de la psiquiatría, los movimientos e ideologías alternativos, diversos tipos de juegos y experiencias mutativos...

En los cuidados orientados a “pensar las emociones” (es decir, a “mentalizar más las emociones”) no deberíamos ser pues demasiado exclusivistas: para el acercamiento al mundo emocional de estos chicos posiblemente las técnicas cognitivas y de otros tipos puedan y deban jugar un papel, al menos en colaboración con otros medios. Probablemente, una vez que la desviación violenta se ha consolidado o, mejor dicho, parece que se ha consolidado, vamos a necesitar la combinación o integración de varios de esos métodos, hoy en desarrollo exponencial³⁴... Máxime si aplicamos nuestra idea de la necesidad de “cuidados integrales” de la psicopatología compleja (CIANC) a este tipo de casos. Pero para ello deberíamos tener en cuenta unos presupuestos ideológicos básicos tales como el principio de la “*mínima profesionalización necesaria*”, con su correlato del “*decrecimiento sostenible*” en profesionalización. Ello significa, por ejemplo, evitar en lo posible la *medicalización* y la *cronificación medicalizada* de la

adolescencia, hoy tan omnipresentes (y más en la juventud sometida a medidas cautelares o de justicia), desarrollando en la medida de lo posible los “*niveles no profesionalizados para la contención*”³⁵.

De ahí la importancia, tanto para las ayudas o cuidados “profanos”, no profesionalizadas, como para las ayudas profesionales, de que nuestras aproximaciones estén basadas en la psico(pato)logía de la relación y el desarrollo biopsicosocial, así como en una teoría actualizada de la emoción y en sus correlatos sociales y neurocientíficos. Que tengan en cuenta las experiencias personales, el mundo interno y la mentalización, pero también los FR y FP (*factores de riesgo y protección*) de cada sujeto y su contexto para el desarrollo individual y social (Tabla 4).

Una consecuencia asistencial que querría mencionar aquí es que el cuidado o atención a esas situaciones complejas, como apunta tanto el trabajo comentado como la labor asistencial de sus autores, ha de fundamentarse en perspectivas interprofesionales e interservicios, lo cual precisa una integración progresiva de nuestros servicios asistenciales, hoy tan multiproblemáticos y des-integrados³⁶. Un trabajo integrado que debe basarse no en propuestas profesionalistas y medicalizadoras, sino en el apoyo y desarrollo de una atención preventiva tanto inespecífica como específica enfocada a aumentar la contención de las funciones mar-parentales de la familia y allegados y de los propios equipos. Máxime hoy día, cuando nuestros equipos se han visto tan enormemente empobrecidos y disgregados por la orientación “neo-liberal” a nivel social. Por eso una labor fundamental en los años venideros, también en el ámbito de la violencia juvenil, ha de consistir en recuperar las posibilidades de funcionar como “grupos de trabajo” de esos equipos, basándose en las “funciones y capacidades reparatorias” de la asistencia y no en los negocios individuales, insti-

tucionales o sociales. Eso significa, por ejemplo, apoyo y tiempos para los trabajos comunitarios y de reflexión-elaboración incluidos dentro del horario y actividades normalizadas del equipo, un tema que no solo no se ha desarrollado en el último decenio, sino que ha sufrido una peligrosa regresión.

Y en ese replanteamiento de la “violencia juvenil” y su prevención hoy no podemos olvidar, aunque sea impopular nombrarlo, el papel que el alcohol y otras drogas juegan, especialmente cuando su inicio es en la pubertad. Tanto a nivel cultural como profesional, hemos podido propiciar, con banalidad e incluso venalidad, la confusión entre “ocio nocturno” y “ocio juvenil” con “ocio alcohólico” (y cannábico...). Hemos dejado de advertir y prevenir con claridad sobre el papel que ciertas drogas legales e ilegales juegan en la de-corticación (psiconeurológica) y la educación para la violencia, algo sobre lo que alertábamos recientemente¹⁸. Una confusión y una banalización que favorece no sólo afectaciones biológicas, cerebrales, sino también relacionales: por ejemplo, la expresión incontinente o no elaborada de la ira.

Terminamos aquí provisionalmente los comentarios que hemos ido asociando a partir de la lectura del trabajo de Feduchi y colaboradores^{38,39} que nos han proporcionado los editores de su obra. Es un buen momento para recordar que Luis Feduchi fue ante todo un clínico, pero también un maestro que escribió relativamente poco, pero que enseñó mucho; y no sólo a nivel clínico, sino también como profesor, supervisor, compañero... Que, sobre todo, ayudó mucho a pensar a muchos. Por eso estábamos y estamos totalmente de acuerdo con los editores en su intento de recordar sus enseñanzas, su obra. Nos parece que muchas de sus perspectivas hay que seguir teniéndolas en cuenta en la estimulante tarea de cuidar a nuestra juventud para que esos jóvenes, todos los jóvenes y no sólo los privilegiados, puedan ocupar el lugar de vanguardia que les corresponde en los avances por un futuro digno, plural, justo y sostenible.

Referencias citadas

1. Feduchi, L., Tió, J., Mauri, L. (2008). Identitat i Violència a l'Adolescència. *Revista Catalana de Psicoanàlisi*, XXV/2: 37-51.
2. Feduchi, L., Soler Ch., Nogueras, A., Gimeno, R. (1999). EL programa de mediación y reparación a la víctima. *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, Revista de SEPYPNA 28, 1999: 77-101.
3. Feduchi, L. (1977). *Qué es la adolescencia*. Barcelona: La Gaya Ciencia.
4. Feduchi, L. (2011). El adolescente ante su futuro. *Temas de psicoanálisis*. <https://www.temasdepsicoanálisis.org/2010/12/14/el-adolescente-ante-su-futuro/>
5. Feduchi, L, Mauri, L., Raventós, P, Sastre, V, Tió, J. (2006). Reflexiones en torno a la violencia en la adolescencia. *Psicopat. Salud Mental Niño y Adolescente* (8) pp. 19-26.
6. Feduchi, L. , Mauri, L, Tió, J., Sastre, V., Raventós, P. (2007). Abordaje psicoterapéutico en el marco de la medida judicial para menores. *Psicopat. Salud Mental Niño y del Adolescente*, 2006, 8, 19-26.
7. Organización Mundial de la Salud (2002). *Informe sobre Violencia y salud en el mundo*. Ginebra: WHO-OMS.
8. Tizón J.L. (2018). *Apuntes para una Psicopatología basada en la relación: Variaciones psicopatológicas. Vol. 1: Psicopatología General*. Barcelona: Herder.
9. Fonagy P, Target M (1999). Towards understanding violence: the use of the body and the role of the father, en *Psychoanalytic understanding of violence and suicide*. Perelber RJ (ed), London, Routledge.
10. Fonagy, P., Luyten, P., Strathearn, L. (2011). Borderline personality disorder, mentalization, and the neurobiology of attachment. *Infant Mental Health Journal* 32(1):47-69. doi: 10.1002/imhj.20283
11. Bateman, A. & Fonagy, P. (2016). *Mentalization-Based Treatment for Personality Disorders. A Practical Guide*. Oxford: Oxford University Press.

12. Tizón, J.L. (2019). *Apuntes para una Psicopatología basada en la Relación: Variaciones Psicopatológicas. Vol. 3: Relaciones emocionalizadas, intrusivas, actuadoras y "operatorias"*. Barcelona: Herder.
13. Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer*. OC, AE, 18; 1-63
14. Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. OC, AE, 21; 57-140.
15. Panksepp, J. (1998). *Affective Neuroscience: The Foundations of Human and Animal Emotions*. Nueva York: Oxford University Press.
16. Panksepp, J., Biven, L. (2012). *The Archaeology of Mind: Neuroevolutionary Origins of Human Emotions*. Nueva York: WW Norton & Company.
17. Davidson, R.J. (2003). Affective neuroscience and psychophysiology: Toward a synthesis. *Psychophysiology* 40(5):655-665.
18. Tizón, J.L., Ciurana, R., Fernández-Alonso, M.C., Buitrago, F. (2022). Editorial: La salud mental de los jóvenes y la pandemia de la COVID-19: la parcialización y pixelación de la juventud. *FMC (Formación Médica Continua)* 29, 4:159-63.
19. Tizón, J.L. (2021). Adolescencias: Las seis tareas, los cinco duelos y los cinco ámbitos en un mundo revuelto. En D. Cruz, E. Mollejo, F. González (Eds.), Libro de la Ponencia "Adolescencias. Nuevos retos, nuevas transiciones", del 38º Congreso Nacional de Neuropsiquiatría. Barcelona: AEN; 2021. (pp.29-56).
20. Castilla, C. (2000). *Teoría de los sentimientos*. Barcelona: Tusquets.
21. Tizón, J.L. (2020). *Apuntes para una Psicopatología basada en la Relación: Variaciones Psicopatológicas. Vol. 4: Las relaciones paranoides, la des-integración psicótica y la inestabilidad emocional "límite"*. Barcelona: Herder.
22. Klein, M. (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Desarrollos en psicoanálisis*, de Klein, M., Heimann, P., Isaacs, S. y Rivière, J. Buenos Aires: Hormé. 1971 (3a edición). También en *Obras Completas de M. Klein*, tomo 3. Buenos Aires: Paidós, 1975.
23. Nielsen, N.P. (2004). *L'Universo mentale "nazista"*. Milano: Franco Angeli.

24. Eco, H. (2018). *Contra el fascismo*. Barcelona: Lumen.
25. Stefanoni, P. (2021). *¿La rebelión se volvió de derechas?* Madrid: Siglo XXI.
26. Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Barcelona: Siglo XXI.
27. Tizón, J.L. (2022). *La Guerra como campo de batalla: Deconstruyendo mitos y símbolos*. Barcelona: Herder.
28. Brown, W. (2015) *Estados amurallados, soberanía en declive*. Barcelona: Herder.
29. Volkan V. (2018) *Psicología de las sociedades en conflicto: Psicoanálisis, relaciones internacionales y diplomacia*. Barcelona: Herder.
30. Erikson, E.H. (1963). *Infancia y sociedad*. Paidós. 1970.
31. Meltzer, D. y Harris, M. (1998). *Adolescentes*. Buenos Aires; Spatia.
32. Escario, L. (1995). Sobre el resentiment. *Revista Catalana de Psicoanàlisi* 1,12: 5-20.
33. Pérez-Sánchez, M. (1990). *Observación de bebés*. Barcelona: Paidós.
34. Bisquerra, R. (2020). *Emociones: Instrumentos de medición y evaluación*. Madrid: Síntesis.
35. Tizón J.L. (2019). *Medicaliza la infancia, que algo queda*. Madrid: El Hilo.
36. Seikkula, J., Arnkil, T.E. (2017). *Diálogos terapéuticos en la red social*. Barcelona: Herder-3P.
37. Seikkula, J., Arnkil, T.E. (2019). *Diálogos abiertos y anticipaciones. Respetando la Alteridad en el Momento Presente*. Herder-3P.
38. Tió, J., Vázquez, B. (2014). La perspectiva del desarrollo. En J. Tió, L. Mauri y P. Raventós. (Coords). *Adolescencia y transgresión. La Experiencia del equipo de Atención en Salud Mental al Menor (EAM)*. Barcelona: Octaedro. (pp 79-105).
39. Tió, J, Mauri, J., Raventós, P. (2014). *Adolescencia y transgresión. La Experiencia del equipo de Atención en Salud Mental al Menor (EAM)*. Barcelona: Octaedro.

DIÁLOGOS INTERDISCIPLINARES Y SOCIEDAD

BONUM EST DIFUSSIVUM SUI

Jorge Tió

Comentario a “Adolescencias, transgresiones, riesgo y acogida: Diálogo entre Luis Feduchi y Lluís Duch” (2013).

El 14 de noviembre de 2013 tuvieron lugar en el centro de Cultura Contemporánea de Barcelona las Jornadas de celebración del XX aniversario del Equipo de Atención al Menor (EAM). Bajo el título “Adolescentes en conflicto: transgresión y responsabilidad”, conmemoramos lo que ya era en aquel entonces una larga trayectoria de un equipo profesional encargado de ofrecer atención en salud mental a jóvenes con los que intervenía el sistema de Justicia Juvenil.

El EAM, que este año 2023 cumplirá sus ya treinta años de existencia, empezó como un experimento pionero de colaboración entre Departamentos de la Generalitat. El Departamento de Justicia Juvenil y el de Salud establecieron un acuerdo marco que permitió el desarrollo de un dispositivo asistencial de abordaje interdisciplinar que se ha mostrado tremendamente útil de cara al tratamiento de problemas complejos, como los que motivan una denuncia judicial a un o una adolescente por su comportamiento. Y Luis Feduchi, que ya asesoraba diferentes equipos del sistema de Justicia Juvenil, fue clave para animarnos y después acompañarnos, al equipo profesional de la Fundación Sant Pere Claver al que se le hizo la propuesta de encargarse de una tarea de este calibre.

El encargo recayó en la Unidad de Psicoterapia Psicoanalítica de Adultos, un equipo formado en la aplicación de la psicoterapia focal

y breve para problemas de salud mental y al que Feduchi también supervisaba. En aquel momento el equipo estaba integrado por Isabel Laudo, Lluís Mauri, Pilar Raventós, Victoria Sastre, José Luis Pérez y yo mismo. En un primer momento, se nos hacía extraño pensar en trabajar con adolescentes que se sentirían obligados a tratarse por una prescripción proveniente del ámbito judicial. Para nosotros, tal como habíamos aprendido, la motivación de cara al tratamiento era uno de los pilares de la indicación de tratamiento en nuestra unidad. Y, además, nos preocupaba pensar en tratar problemas cuyo síntoma se expresaba en el terreno de la conducta, algo aparentemente tan alejado de una herramienta como la psicoterapia, que basa su fuerza en el uso de la palabra. Pero Feduchi, que conocía la experiencia de técnicos de mediación y asesoramiento judicial, y de los delegados de atención al menor encargados de acompañar las medidas de libertad vigilada, nos explicó las respuestas favorables de los y las menores a las propuestas de ayuda cuando estas se presentaban de una forma clara y adaptada a las características de la etapa. Nos animó a asumir el reto, y pudimos negociar con la administración la asunción del encargo y el mantenimiento de la Unidad de Psicoterapia que, todo hay que decirlo, se proponía en un principio hacer desaparecer, reconvirtiéndola en el equipo de trabajo con Justicia Juvenil. Empezó así una fértil travesía de desaprendizajes y nuevos aprendizajes. Pudimos comprobar que detrás de la negativa a tratarse se esconde muchas veces una demanda inconsciente de ayuda en estas etapas del desarrollo. Y profundizar en las herramientas que la psicoterapia ofrece como experiencia de relación, más allá del uso de la palabra.

Era noviembre de 1993 cuando se firmó el convenio y empezamos a trabajar en el proyecto, reforzando el equipo con Mabel Elduque y Asunción Soriano, psiquiatras y psicoterapeutas con experiencia en

infancia. Si no me equivoco, fue el primer dispositivo asistencial que se dedicaba específicamente a la atención a la adolescencia en la Red, dándole un lugar diferenciado de la infancia y la adultez, las orillas que marcan su origen y su final. Nadie imaginaba el fructífero recorrido que esta tarea iba a promover. En 2005 el programa se consolidó, triplicando sus recursos, definiendo de forma más precisa su tarea y circunscribiendo su territorio a la provincia de Barcelona. Diversos profesionales pasaron por él enriqueciendo la tarea con sus aportaciones y contribuyendo a la definición de un modelo de trabajo. La estabilidad del equipo sin duda ha facilitado siempre la coherencia y la cooperación entre todos. Begoña Vazquez, Juan Antonio Pla, Vicente Llibrer, Gemma Borraz, hasta las más recientes incorporaciones que han reemplazado a los compañeros que se han ido jubilando, Lia Litvan, Paola Rossi, Ferran Cuerva y Susana Marcos. La posibilidad de contar con una secretaria y administración estable a lo largo de los años, a cargo de Mireia Ballester ha sido también un puntal en el que todos nos apoyamos y contribuye a la contención en el trato con los y las jóvenes.

Como explicamos en “Adolescencia y transgresión”, el libro que publicamos en octubre de 2014 describiendo la experiencia y el modelo del EAM, los años previos a nuestro comienzo habían estado marcados por sendos cambios de paradigma tanto en el campo de la Justicia como en el de la Salud Mental. En el primero el paso de un modelo tutelar en la justicia de menores, poco garantista y paternalista, a otro basado en la Justicia restaurativa. La Justicia restaurativa considera al adolescente como sujeto de derechos y obligaciones y, subraya en lo social la importancia de reparar los vínculos dañados por el hecho delictivo. Y en el campo de la Salud Mental, la transformación del modelo médico psiquiátrico, reduccionista y estigmatizante,

en otro basado en la comprensión biopsicosocial del trastorno mental y en la importancia de la atención comunitaria. Un claro ejemplo de esta evolución paralela, guiada por la irrupción de los valores sociales del momento sociopolítico que se vivía en España, fue la coincidencia en 1985 de la aprobación en Cataluña de la Ley de Protección de Menores, siendo Agustí María Bassols consejero de Justicia de la Generalitat; y la publicación del documento para la Reforma de la Asistencia Psiquiátrica de la Comisión ministerial para la Reforma, estando Ernest Lluch como ministro de Sanidad del gobierno español.

La segunda parte de la década de los ochenta estuvo así marcada por el despliegue de toda una serie de estructuras asistenciales hasta entonces inexistentes. La ilusión de la sociedad civil postfranquista y la llegada de la democracia permitieron la construcción paulatina de toda una serie de sistemas de atención. La integración de la Salud Mental en el sistema sanitario general dio el pistoletazo de salida a la reforma de los hospitales psiquiátricos. El traspaso de las competencias en salud a las Autonomías, permitió que paulatinamente se iniciara en Cataluña la urdimbre de la Red de atención en Salud Mental. Primero la de adultos en 1985 y posteriormente la infanto-juvenil en 1989. Y en el ámbito de la Justicia se formalizó claramente la diferenciación entre un sistema de protección a la infancia y a la adolescencia, del que antiguamente se denominaba como de Reforma, y pasó a constituir la nueva organización de la Justicia Juvenil.

Feduchi catalizó ese momento de transformación. No en vano, su personalidad había bebido de los valores de la República, periodo en el que el levantamiento de Franco frustró, entre muchas otras cosas, una ambiciosa reforma psiquiátrica que habría sido pionera en Europa. La perspectiva psicoanalítica de Feduchi agregaba densidad y profundidad a la mirada con la que nos ayudó a construir estas estructuras y a definir las metodologías de intervención en su seno. Y su

capacidad de estar siempre conectado con la más actual realidad social y política, además de con el arte y la cultura, nos ayudó a desarrollar una visión más global, sistémica y ecológica que enmarcaban nuestras intervenciones. Era habitual comenzar con él las supervisiones dedicando unos minutos a un animadísimo debate sobre los últimos acontecimientos políticos, o los fenómenos sociales que más controversia generaban. Algo a lo que los adolescentes, siempre sujetos del presente de su tiempo, también nos ayudaban. Con él pudimos reflexionar sobre la importancia de todas estas estructuras de atención que se crearon a raíz de la Exposición “Quinquis de los 80”, que comisariada por Amanda Cuesta y Mery Cuesta se mostró en el CCCB de mayo a septiembre de 2009. El fenómeno de los quinquis en esa década fue sin duda síntoma de la inexistencia de andamiajes de atención en el sistema educativo, de justicia, de servicios sociales y de salud. La delincuencia juvenil fue un fenómeno co-creado en los albores de la democracia, por las respuestas exclusivamente represivas que se daban a los problemas que las conductas de los adolescentes más desclasados y rebeldes generaban. El eco mediático de la prensa sensacionalista de aquella época hizo el resto. Es el mismo fenómeno que dio origen a las bandas violentas en Latinoamérica en contextos de guerra, post guerra, ausencia de derechos y represión máxima, especialmente en las cárceles. Círculos de retroalimentación negativa entre adolescentes y entorno que posteriormente en nuestro trabajo y a nivel más micro, también pudimos analizar en el seno de las familias con el fenómeno de la violencia filio parental. ¿Dónde fueron a parar los quinquis? Con el tiempo y el desarrollo de esta compleja red de respuestas diversificadas a los problemas, la expresión de este tipo de delincuencia en la adolescencia prácticamente desapareció.

El reto de organizar estrategias de intervención interdisciplinares entre nuestra función y la de los profesionales de Justicia Juvenil

nos ha hecho aprender mucho. Es un conocimiento clave para un verdadero trabajo interdisciplinar con una perspectiva comunitaria. Feduchi también era clarividente a este respecto, y su ayuda fue inestimable para organizar una cooperación eficaz con los profesionales de Justicia. Evitar la rivalidad entre disciplinas, ni invadirnos, ni delegar en el otro lo que es responsabilidad tuya, ni solaparse duplicando las funciones y creando confusión en los jóvenes. Los cuatro riesgos del trabajo interdisciplinar que Feduchi nos ayudó a describir. Otra de sus listas de categorías que tan útiles son para el trabajo. Tuvimos que pasar por diferentes situaciones complicadas para ir aprendiendo también de nuestros errores. Uno de nuestros informes se acabó leyendo en una sesión del Parlamento catalán, en relación a un caso que por la alarma social que se creó, provocó una oleada de acusaciones cruzadas que algunos grupos políticos aprovecharon para desgastar al gobierno de aquel momento. Acercarse a las situaciones que los delitos graves provocan, implica estar preparado para contener ansiedades extremas, de muerte y de culpa principalmente. Y, eventualmente, la alarma social que pueden llegar a provocar. Los movimientos defensivos intensos son frecuentes, creándose el riesgo de que el daño se extienda en los diferentes entornos, como un tumor que genera metástasis. La intervención requiere de una profilaxis prácticamente quirúrgica, como Feduchi nos recordaba. La supervisión con él ejercía una función de higiene imprescindible para metabolizar tantas ansiedades, ayudarnos a reconocer todas las necesidades en juego, conectarnos con la esperanza y robustecer la estrategia interdisciplinar sin la que es imposible abordar casos tan complejos.

Por eso, cuando nos planteamos celebrar nuestro XX aniversario organizando unas Jornadas, pensamos que no podía ser de otra manera que de forma interdisciplinar. Constituimos grupos de trabajo

alrededor de los cuatro temas que seleccionamos para profundizar en su análisis: La función de la mediación y la reparación, la observación y la exploración diagnóstica, la atención a las necesidades básicas y las intervenciones de tipo obligatorio. Durante un año de trabajo con reuniones periódicas los grupos prepararon sus ponencias. Co-coordinados por un profesional de Justicia Juvenil y un miembro del EAM estaban integrados por educadores sociales, pedagogos, maestros, psicólogos clínicos, psiquiatras, médicos, filósofos, mediadores, jueces, abogados, trabajadores sociales, provenientes de diferentes ámbitos: la Red de Atención en Salud Mental, la de Justicia Juvenil, la Red de Atención y Protección a la Infancia y a la Adolescencia, el Área de Apoyo a Jóvenes Ex Tutelados, la Universidad, los Servicios Sociales, la Mediación Comunitaria, Centros Educativos. Ni qué decir tiene que la experiencia de este proceso fue un regalo que nos dimos, disfrutando de un trabajo cooperativo, sumamente enriquecedor para todos y productivo en la elaboración de sus respectivas ponencias. Durante la preparación de las Jornadas Feduchi pasó a ser un miembro más del equipo implicándose en la organización y contagiando su entusiasmo.

Cuando le propusimos el diálogo con Lluís Duch como digno colofón de las Jornadas su sorpresa no fue menor. ¿Un teólogo monje de Montserrat y un psicoanalista de corte casi libertario? Pero los dos eran pensadores muy libres. Y el diálogo interdisciplinar estaba servido. Intuimos que la visión antropológica de Lluís Duch y sus análisis de la sociedad contemporánea generarían una rica conversación con la perspectiva social y psicoanalítica sobre la adolescencia de Luis Feduchi. La importancia que Feduchi daba a las dinámicas de relación del adolescente con su entorno, capaces de favorecer su desarrollo o complicarlo de forma dramática a veces, se condecía con las estructuras de acogida que Duch planteaba. La familia, la estruc-

tura de co-descendencia; la escuela, el barrio, el entorno social, la de co-residencia; y las creencias y el mundo simbólico de relación con lo invisible y lo ausente, la co-trascendencia. Las estructuras de acogida son, en el corpus teórico de Duch, las transmisoras de una capacidad simbólica que permite al ser humano alcanzar la “estatura humana”.

Presentamos a Feduchi y Duch en un bar del Poble Sec, después de una supervisión. Y tal como habíamos previsto, tras las presentaciones, no tardó en fluir la conversación entre ellos, hasta el punto que Lluís Mauri y yo, que acompañábamos este primer encuentro, no tardamos en convertirnos en meros y atentos oyentes del rico intercambio entre ellos. Se escuchaban, se interesaban por lo que uno y otro decían y aportaban la riqueza de sus reflexiones. Tras dos encuentros más y a partir de lo que iba surgiendo entre ellos, teníamos ya elaborado un esquema de temas para el encuentro de las Jornadas.

Las Jornadas se celebraron en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB), donde Duch había dado ya varias conferencias. Gracias a la facilitación de Judit Carrera, actual directora del Centro y en aquel entonces jefa de Debates y Educación y Susana Arias, actual jefa de Mediación del mismo centro y durante varios años responsable de programación del Instituto de Humanidades, que, desde un principio, conectaron con el interés de un acto de estas características.

El diálogo de dos horas en el Hall del CCCB que titulamos “Adolescencias: *Transgresión, riesgo, acogida*”, esa tarde de noviembre de 2013, con más de 450 asistentes, fue todo un espectáculo. Y utilizo la palabra en la definición que el diccionario de la Real Academia le da en una tercera acepción y me pareció que viene como anillo al dedo: “Cosa que se ofrece a la vista o a la contemplación intelectual y es

capaz de atraer la atención y mover el ánimo infundiéndole deleite, asombro, dolor u otros afectos más o menos vivos o nobles.” Para los organizadores, poder brindarle a Feduchi un protagonismo que él siempre rehuía, fue también un acto de agradecimiento a toda su labor con el EAM. Para nosotros Luis fue una autoridad, en el sentido etimológico de la palabra que Duch nos recordó esa tarde. *Autoridad* proviene del latín *augere* que significa hacer crecer, transmitir todas aquellas palabras que son necesarias para el crecimiento. La autoridad, como bien se encargó de señalar Feduchi es un fenómeno relacional, se gana o se pierde, se concede o no. Se relaciona con la confianza y con esa sensación a la que su origen etimológico remite, sentir que te están ayudando a crecer. Sentir a alguien con autoridad permite justamente en la adolescencia expresar con más libertad la curiosidad, la necesidad y las ganas de aprender, sin quedar desbordado o paralizado por la vergüenza que se produce al vivir como algo infantil la sensación de necesidad.

Durante esas dos horas de diálogo Feduchi y Duch desgranaron diferentes e interesantísimas cuestiones. Su conversación, que tuve el honor de moderar, iba describiendo sabiamente la compleja interacción que se produce entre la adolescencia y los entornos contemporáneos en los que todos estamos inmersos y de los que también formamos parte. De buen comienzo expusieron como el momento social que vivimos se encuentra también atravesado por una serie de profundos cambios que aumentan la sensación de incertidumbre, bombardeado por una constante invitación a la infantilización que los múltiples y variados consumismos se encargan de estimular, y sumiendo a la mayoría de los jóvenes en una situación de precariedad por la falta de oportunidades que hace sumamente difícil superar situaciones de provisionalidad. Una “adolescencización” de la sociedad.

El pensamiento crítico se convierte en este contexto en una necesidad urgente. La única herramienta que tenemos para discernir lo que Duch denominó como una confusa sobreabundancia de valores, muchas veces contradictorios entre sí.

Como reacción a esta situación la sociedad se torna intolerante en muchas ocasiones. El malestar menoscaba la capacidad de contener y contenerse. Y choca con la confrontación adolescente, propia de la etapa. La intolerancia pretende imponer unos límites de forma rígida y sin la firmeza necesaria. Son la capacidad de escuchar y la conexión con el sentido que tienen los límites los ingredientes que proporcionan firmeza a las respuestas que podrían contener la impulsividad adolescente. La rigidez de la intolerancia constriñe hasta tal punto la posibilidad de una transgresión creativa de los límites, que conduce a encontrar en la violencia lo que parece la única vía de salida. Otro subterfugio que sortea una saludable confrontación es la transigencia, que tanto empeño ponía Feduchi en describir y diferenciar de la tolerancia. Tolerar es aguantar lo que no te parece bien, “pero aguantándolo”. Transigir es rendirse, renunciando a la crítica, o intentado manipular al otro a través de propuestas de pactos corruptos que pueden llegar a ser perversos cuando se acompañan de la mentira y la falsificación. Ambos denunciaron la epidemia de corrupción que nuestra sociedad vivía en aquel momento. Lo que no se nombra abona la ilusión de su no existencia, nos recordó Duch, denunciando la pobreza del léxico que nos invade. “Empalabrar”, poner palabras a uno mismo y al entorno en el que se vive. Con este neologismo, Duch resalta la única posibilidad que tenemos para habitar el tiempo y el espacio que nos ha tocado vivir. La habitación constituye ese intento de construcción de nuestro tiempo y nuestro espacio. Y sin palabra aparece la violencia, “el lenguaje del no lenguaje” ... o la perversión.

Las relaciones adolecen de una falta de confianza, la intolerancia del malestar nos hace menos confiables. La ruptura de la confianza fue señalada por ambos como uno de los principales problemas de la sociedad actual. Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han venido a sumarse a los medios de comunicación que ya existían, como únicos reductos en los que buscar algo de lo que fiarse en más ocasiones de las deseables. Y de ahí su poder de influencia que, obviamente, puede ser perjudicial o beneficioso como señal de la ambigüedad que todo lo humano determina.

En el diálogo que mantuvieron dedicaron una serie de reflexiones a los procesos migratorios y le interculturalidad que se deriva de ellos. Feduchi describió las múltiples vivencias del adolescente cuando migra. Su migración interna de la infancia a la adolescencia, la de sus relaciones significativas, y los cambios de geografía y cultura, una coincidencia que hace más complejo el proceso. Y la importancia de diferenciar cuando la migración se acomete con un nivel de participación en la decisión que permite vivirla como voluntaria y asociarla más a una vivencia de ilusión y aventura, de aquellos procesos vividos de forma obligatoria, sintiendo que “no queda otra”, vividos de forma pasiva como les sucede a los y las adolescentes que son traídos sin consultarles para una reagrupación familiar con sus progenitores que migraron antes, y que comparó con la experiencia del exilio. El migrante se siente en inferioridad en el nuevo entorno, y la asimetría se puede tornar insoportable máxime si sus derechos no son reconocidos. Aquí Duch advirtió del riesgo de “endiosar” o “enaltecer” las culturas tanto como respuesta de la sociedad de acogida al miedo y al conflicto que le genera la novedad del emigrante, como puede hacer el propio emigrante con la suya de origen como salida a esa insoportable vivencia de asimetría. Las culturas tienen un valor, pero no son

un absoluto. Compartir los “implícitos” culturales, que son los que se despliegan a partir de los lazos afectivos en una comunidad de afectos, es lo que permite sentirse más integrado en una comunidad y abrirse a un proceso de intercambio que puede dar lugar al mestizaje, que aporta innovaciones que enriquecen las culturas.

En la hora que siguió de debate con la sala se pudo profundizar en muchas de las ideas expuestas, así como plantear nuevas cuestiones. Como la coexistencia de las vivencias como víctima y agresor de los jóvenes que son denunciados al sistema de Justicia Juvenil, y la importancia de considerarlas por parte de los profesionales que les acompañamos. O el valor de la formación del profesional para trabajar con adolescentes y no incurrir en errores diagnósticos como el que se produce al confundir aspectos infantiles propios de la edad con movimientos defensivos regresivos, y aprender a trabajar de forma auténticamente colaborativa entre disciplinas.

El diálogo entre Feduchi y Duch fue un testimonio de mestizaje interdisciplinar. Parafraseando a Duch, una polifonía que contribuyó a la difusión de “lo bueno”. Algo más necesario si cabe, cuando las epidemias, que son la difusión y el contagio de lo malo, forman tristemente parte de nuestra realidad. “Bonum est diffusivum est”, el bien se difunde por sí mismo. Tal como nos recordó Duch, citando el aserto latino, el ser humano es un imitador que cuando incluye el pensamiento crítico crece y cuando no se contagia.

DOS MIRADAS EN EL GIARDINETTO

Teresa Morandi, Àngels Vives Belmonte

Comentario a “Entrevista a Luis Feduchi en Il Giardinetto Sessions” (2018).

Luis Feduchi, pinceladas a través de su oficio y de una entrevista

Teresa Morandi

Conocía a Luis Feduchi por las excelentes referencias de colegas que estudiaban y supervisaban con él su trabajo con adolescentes, no sólo en la Clínica psicoanalítica, en Justicia, sino en centros de Salud Sexual y Reproductiva para adolescentes y comencé a interesarme por su manera de enfocar el tema.

Tiempo después coincidimos en Jornadas y Congresos de la Fundació Congr s Català de Salut Mental (FCCSM) y, en 2014, junto a Leticia Escario y otras colegas- ante un momento muy difícil para la Salud Mental por el gran retroceso en la consideración del sufrimiento psíquico y la hiper medicalización *del malestar* subjetivo incluso en la infancia y adolescencia-, participamos, cada uno en nombre propio, en la creación de la *“Plataforma en Defensa de la Salud Mental Pública”*, movimiento asambleario de profesionales de disciplinas diversas. Se trataba de afrontar problemas cruciales en el campo de la Salud Mental, darlos a conocer con objetivos de compromiso clínico,  tico y político.

En ese ámbito, pudimos apreciar sus comentarios, sus ideas atinadas y reflexivas, su sabiduría y gran experiencia, expresada de manera suave, nada impositiva, pero a la vez contundente; su escucha, buen trato y tolerancia que podréis apreciar en la entrevista. En esta, aunque ya había trabajado como psiquiatra en Madrid, cita el lugar en que comienza en la Barcelona del 1959: el Preventorio de la Bonanova (ver a continuación el texto de Àngels Vives).

Él vivió la Psiquiatría de aquellas épocas y también el gran avance en democracia-del que fue un protagonista importante-, encontrando en pleno siglo XXI un retroceso desolador. Da cuenta de ello cuando nos dice: por los *“flecos de lo que transigieron en la Transición, la claudicación de las ideologías más solidarias, más de atención más globales... el famoso estado de bienestar... se acabó y esto es una especie de dominio de la economía y del dinero por encima de las necesidades de la población... es una cosa de pobreza política, intelectual, relacional, de tolerancia, de escuchar al otro, de llegar a pactos”*.

Unos años más tarde, comenzamos en el seno de la FCCSM un grupo de trabajo interdisciplinar sobre *“Violencias, efectos en la Subjetividad y en el lazo social”*, y allí también comparte su saber-muy ligado al tema que nos ocupaba- sobre su gran trabajo en Justicia Juvenil, con el Departamento de Justicia, para que pudiesen trabajar a través de Mediación con Psicología y Psiquiatría, y la importancia de crear un Equipo de Tratamiento. El dirá *“la intervención mía más social”* y *“se puede ayudar”*.

Con la claridad de su experiencia logró encauzarnos en cómo pensar un acontecimiento trágico -el atentado de las Ramblas de Barcelona- y cómo volver a cuestionarnos tantas cosas -a *dudar* en definitiva -, entre ellas la pulsión de muerte y el peso de una memoria histórica

de violencia y muerte; junto a su constante referencia a la importancia de escuchar a los jóvenes, de comprender su momento vital- el pasaje que hacen- la cuestión de la identidad , de la sexualidad; de la migración familiar y propia y la falta de refugio, de acogida: *“Es un tema que a mí siempre me ha apasionado...siempre he trabajado en este tema, incluso ahora sigo trabajando en ese tema, todavía”*.

Y todo ello para ayudar a prevenir efectos que los pueden marcar de por vida o costarles la vida, como en el caso citado: producir muertes ajenas y las suyas propias.

Esta manera de pensar, de escuchar al otro, su *“deseo por conocer al humano”* que le lleva a la elección de su oficio, nos la va narrando en la entrevista en el Giardinetto, a través de pinceladas significativas de su historia cuando apunta que, ya desde el seno familiar, existía una vertiente artística- justamente aquello que Freud (1926) aconseja como formación a los psicoanalistas: no sólo lo bio, sino bucear en la cultura, el arte, la literatura, la poesía, para acercarnos a comprender algo de la complejidad humana.

Teniendo ya ese bagaje y sus estudios de medicina elige formarse en Psicoanálisis y para ello se traslada a tierras catalanas, que no abandonará hasta el fin de su vida. Esa elección la señala él mismo: *“emigrante”*, que es quien va en *“busca”*... de nuevos horizontes.

Y en esa línea, a su tiempo, nos relata encuentros – en una Barcelona que define como muy acogedora- que lo relacionan muy estrechamente con grandes personajes de la literatura como Rosa Regàs, Carmen Balcells, que les acercan a la amistad con los también *“emigrados”* (?): García Márquez (interesante el acto solidario inmediato: *“¿tienen coche?, os llevamos”*), Álvaro Mutis, Mario Vargas Llosa.

Un paseo por el jardín. conversando con Luis Feduchi

Àngels Vives Belmonte

En un apunte previo, quiero contar que conocí a Luis en un aula del Hospital de Sant Pau, donde le llevó Josep Clusa sobre el año 1978/79 para darnos a los residentes de Psiquiatría del hospital conocimientos desde una mirada psicoanalítica. Este hecho fue posible gracias a una iniciativa de algunos psicoanalistas de la Sociedad Española de Psicoanálisis (SEP) que crearon un programa llamado PPIP (Psicoterapia Psicoanalítica en la Institución Pública). Durante un curso recibimos estas clases, que contrastaban con el formato clásico del programa de formación de residentes. A Josep Clusa y a Luis les debo mi iniciación a mi formación como psicoanalista.

Luego, en mi periodo de formación, tuve ocasión de escucharle en sesiones clínicas y en asambleas. Siempre me llamó la atención un modo singular y sencillo de dar su opinión sobre lo que fuese, transmitiendo un criterio propio, fuera de un seguidismo circunstancial o de una ortodoxia impuesta.

A partir de ahí, me he sentido acompañada por Luis y Leticia en muchas de las iniciativas que hemos emprendido tanto en los trabajos que nos llevó a la creación del Primer Congrés Català de Salut Mental, en los grupos de trabajo, como en la puesta en marcha de la FCCSM. Después, otras iniciativas como la Plataforma para la defensa de la Salud mental Pública, en la que colaboraron en multitud de reuniones y encuentros.

Esta presentación aspira a ser una muestra de reconocimiento a su implicación y coherencia y al afecto que les profeso.

Amable Conversación en el Giardinetto entre Luís y Xavier

Delante de unas aceitunas y de un vaso de whisky con cubitos, Luis va desplegando con naturalidad una conversación fluida de su biografía, a modo de una asociación libre, con algunos apuntes de Xavier Mas de Xaxàs.

Refiere su decisión de venir a Barcelona el año 1959. Cuenta que se crió en una familia de artistas y arquitectos y su proyecto como médico era conocer al ser humano. En ese momento contaba con 27 años y su interés se centraba en el estudio del Psicoanálisis.

Supo que en Barcelona se había puesto en marcha una escuela de formación psicoanalítica y se vino para aquí desde su Madrid natal. Entró como médico interno en el Preventorio Municipal de la Bonanova durante un año y, más tarde, trabajó en el Hospital Clínico.

Se describe como Emigrante y hace una diferencia con la noción de Refugiado. El emigrante *va en busca* y cuando encuentra su lugar, *se queda*. El refugiado, en cambio, huye de la violencia o es expulsado de su lugar de origen, y *tratará de volver*. En ese sentido se acoge al término Inclusión que contiene *formar parte y crear en el lugar nuevo*, a diferencia de Integración, que tiene más un sentido de encaje.

Habla después, de su interés por la adolescencia. Le dedica un tiempo grande a este tema. Expresa su agradecimiento por haber podido trabajar con adolescentes, con los que dice, a nivel general, hace poco tiempo que se les presta una mayor atención.

Comenta que los cambios que van a suceder en el niño en su paso por la adolescencia son difíciles de comprender y asimilar por parte de la familia. El niño en casa se comporta como siempre, no ordena la habitación y fuera ya quiere comportarse como mayor. Se refiere a

la Intimidación. Los adolescentes la necesitan. Ya no preguntan como cuando eran niños. Pueden Opinar. Lo compara con el bebé que nace con necesidad de succionar y el adolescente siente necesidad de opinar. Está tratando de hacerse un lugar en el mundo.

En otro momento habla de su trabajo en Justicia Juvenil. Participó en una discusión en el Colegio de Abogados de Barcelona y en los cambios que se produjeron y que llevaron al aumento de la edad en los casos de Justicia del menor (de 12 años a 14 y de 16 a 18). Reconoce un trabajo desde el Departament de Justicia, en el sentido de pedir ayuda a Psicología y Psiquiatría, especialmente proponiendo criterios de Mediación. Promovió la creación de un Equipo de Tratamiento (Sant Pere Claver y Jorge Tió entre otros) que, aunque no los menciona explícitamente, deja clara su participación.

Describe que detrás de muchos actos que pueden ser tributarios de delito, rascando, aparece depresión. Y esta depresión la piensa también de un modo colectivo. Celebra la aparición de nuevos movimientos de jubilados, mujeres y otros grupos que luchan desde la solidaridad por sus derechos.

Hace una diferencia entre Tolerar y Transigir, como términos que muchas veces se confunden- La tolerancia como un modo de respeto, la transigencia como un modo de sumisión. Y detalla cómo, muy a menudo, se confunden.

Habla de la claudicación de la Política del Bienestar, en que las medidas más solidarias e igualatorias son apartadas bajo el dominio del dinero, por encima de las necesidades básicas de la población.

Respecto a lo que nombra como pobreza intelectual de los políticos, resalta un tema: la importancia de la Duda. Dice : *Reivindico la*

duda. Sin duda no hay democracia, no hay crecimiento, no hay progreso. He de ser consciente de que No tengo la verdad.

Habla de la intolerancia a la duda, que equivale al totalitarismo.

Hay un último apartado, donde aparece una dimensión más personal de Luís. Nos cuenta el ambiente que se creó en Barcelona, donde un grupo heterogéneo de personas, artistas, escritores, editores, arquitectos... se reunían para verse y conversar, cantar, recitar poesía. Era sobre 1960 y a partir de ahí se creó lo que se llamó “la gauche divine”. Nombra a Rosa Regás, Carmen Balcells, Gabriel García Márquez, Alvaro Mutis, Mario Vargas Llosa entre otros.

Lo que me llama la atención es la naturalidad en que habla de un primer encuentro con Gabo, Mercedes Barcha, su mujer, Leticia y Luís. Estuvieron charlando en el coche, fueron un rato a su casa y al final, con dificultad, le confesó que no había leído “Cien años de soledad”. Gabo, al despedirse, le dijo *Léela que es muy buena*.

Habla de la conexión entre Hispanoamérica y Barcelona, a partir del exilio en la guerra del 36 y como el contacto con la Generación del 27, durante la república, creó lazos intensos entre autores españoles y latinoamericanos.

Finalizando ya la entrevista habla de un hobby / adicción que es su interés por la poesía. Un profesor de literatura que tuvo de niño, le enseñó que tenía que aprender poemas de memoria. Y esto le ha acompañado toda la vida.

Concluye con un poema corto de Juan Ramón Jiménez:

“No la toques ya más, que así es la rosa”

Gracias por todo, Luis.

CON TODO EL AFECTO AL DR. LUIS FEDUCHI

Rosa Ros i Rahola

Comentario al asesoramiento al “Centre Jove d’Anticoncepció i Sexualitat”

Estas palabras han sido meditadas con la intención de ofrecer el reconocimiento y homenaje a un gran profesional y magnífica persona, espléndida al compartir su conocimiento, experiencia y habilidades profesionales y con un gran saber hacer. El homenaje que se le va a dedicar es merecido y obligado. Nos gustaría poder rememorar su sonrisa y expresión durante esta justa distinción.

Escribir acerca de las múltiples particularidades del Dr. Luis Feduchi puede parecer sencillo por cómo era y por su gran naturalidad siempre que te relacionabas con él. Un gran profesional y al mismo tiempo culto y elegante. Su sencillez, espontaneidad y su estimable generosidad y franqueza, dificultan “bordar” su personalidad y describir la añoranza que ha despertado su ausencia.

En el año 1977, cuando la editorial Gaya Ciencia publicó el libro - atrevido por la época- “¿Qué es la adolescencia?”, escrito por él mismo, yo estaba en tercero de Medicina y militando en un grupo feminista que ofrecía atención y acompañamiento a las demandas de las mujeres en relación a la sexualidad, el embarazo, el aborto...

En 1981, después de una lucha intensa para conseguir servicios especiales de atención a las mujeres, se crearon los famosos Centros de Planificación Familiar de dependencia de los primeros Ayuntamientos democráticos.

En 1982 entré a trabajar en uno de estos centros municipales en l'Hospitalet de Llobregat. Allí forjé mi experiencia como médica experta en la atención y escucha de las experiencias y vivencias personales relacionadas con la sexualidad y la reproducción de mujeres y sus parejas y de jóvenes; y cómo estas relaciones pueden llegar a alterar el cuerpo, la personalidad, la salud mental e incluso enfermar.

Los adolescentes, con sus múltiples conflictos para experimentar, aceptar y gestionar todos los cambios corporales y fisiológicos, reconocieron estos servicios como diferentes y empezaron a pedir ayuda en relación a la sexualidad y su práctica, al embarazo, las Infecciones de Transmisión Sexual (ITSs), y otras varias situaciones fruto de sus circunstancias etarias y sociales, que a menudo derivaban en ansiedad, sufrimiento y desconsuelo.

A partir de conocer y reconocer la adolescencia y sus necesidades de atención y escucha, un grupo de profesionales asociadas a la Associació de Planificació Familiar de Catalunya i Balears (APFCiB), elaboramos un proyecto específico para la atención a adolescentes y jóvenes que, con una muy buena subvención del Ministerio de Asuntos Sociales en el año 1992, concluyó con la puesta en marcha de un servicio concreto de atención global (bio-psico-social) para este grupo de edad.

El Centre Jove d'Anticoncepció i Sexualitat (CJAS), se cimentó desde el inicio con un equipo profesional pluridisciplinar, con una filosofía de servicio público y una base formativa psico-dinámica, que

discutió y debatió siempre en grupo las aspiraciones del proyecto, objetivos, contenidos, programas, hacia su puesta en marcha.

La primera lectura escogida para impregnarnos de la importancia de los aspectos psico-afectivos y fisiológicos de la etapa adolescente (cuerpo y alma), y sus necesidades de atención, fue “¿Qué es la adolescencia?”, el pequeño-gran libro que el Dr. Luis Feduchi escribió en el año 1977.

Su contenido y la sensibilidad en explicitar lo esencial de esta delicada etapa, nos hicieron comprender mejor el ajetreo durante el crecimiento de los adolescentes con sus cambios corporales, fisiológicos y psicológicos, con distintas circunstancias y necesidades según el contexto psico-social y la idiosincrasia personal.

El equipo profesional del CJAS, antes de iniciar su atrevido y arriesgado viaje, tuvo la suerte de celebrar un primer encuentro con el Dr. Luis Feduchi, considerado ya en aquellos momentos como el más y mejor experto en adolescencia. Fue muy atrevido y generoso con nuestro proyecto, nos mostró todo su apoyo, nos hizo sentir su entusiasmo hacia nuestro principal objetivo, acompañar y atender a adolescentes y jóvenes en su camino hacia la identidad sexual. Nos infundió fuerza y a la vez tranquilidad. Aplaudió nuestro atrevimiento dando credibilidad al proyecto y lo que pretendíamos. Nos aportó seguridad y energía para comenzar el nuevo reto profesional.

Recuerdo este primer encuentro con un enorme afecto y cariño. Nos hizo ver que habíamos creado un proyecto atrevido y a la vez de gran importancia para la adolescencia. Para mi cometido, el de poner en marcha el servicio y responsabilizarme de la dirección fue esencial su reconocimiento y apoyo. Las múltiples reuniones del primer equipo escogido, incluida la profesional que tendría que llevar la gestión administrativa, con discusiones y debates interminables, marcaron un

proceso interactivo de grupo y de formación continuada que perduró en el tiempo. El trabajo en grupo activo y participativo, con el reconocimiento del Dr. Luis Feduchi, fue básico en el posterior diseño de distintos programas educativos y de prevención dirigidos a adolescentes

En nuestro proceso de crecimiento y durante los 23 años posteriores desde que se inauguró (1992), siempre estuvo atento al recorrido del centro y su progreso. Constantemente estuvo dispuesto a nuevos encuentros para abordar casos o situaciones especiales. En la formación continuada del equipo, él siempre fue nuestro referente y también de otros profesionales que venían a formarse en el CJAS. Su presencia en la formación continuada y celebraciones abiertas del CJAS, no podía fallar.

Sus aportaciones como experto fueron imprescindibles para razonar y entender la importancia del vínculo afectivo en el niño y adolescente para un buen desarrollo, para unas relaciones afectivas- sexuales placenteras y con menores riesgos y para querer crecer y conocer los nuevos universos que se van presentando a su alrededor. Nos transmitió sutilmente los mecanismos esenciales para iniciar y establecer el vínculo profesional-adolescente con el objetivo de optimizar una atención específica y un seguimiento continuado si hacía falta.

En referencia a la atención directa a los adolescentes, nos manifestó su acuerdo tácito con los tres capacidades esenciales de un profesional que ejerce la educación para la salud: la mirada, observación directa, nunca mirar hacia otro lado (ojos grandes y bien abiertos), la escucha de todo lo que el adolescente pueda aportar (oídos sin ruidos exteriores) y las palabras o aportación del profesional, en un primer momento escasas y muy escogidas, sobre todo dando cuenta

de que importa lo que él o ella explican o refieren e invitando a seguir expresándose.

Recuerdo, en estos encuentros con el Dr. Feduchi, haber aprendido mucho sobre el riesgo y sus avatares en relación al comportamiento adolescente. La importancia de probar y experimentar para llegar a la asunción de la identidad psico-sexual y social, la cual provoca conductas reactivas y a veces de riesgo no controlado.

Poco a poco y con sus acertadas y reflexivas aportaciones, concebimos la importancia del grupo en este período - escolar, amigos del barrio, “centres d’esplai”, etc. El grupo siempre ayuda a definir el recorrido de aprendizaje. Aunque a veces, el propio grupo y sus conductas se convierten en la única representación para la consecución de la identidad y ello les puede acercar a un mayor y más complejo riesgo.

Nos hizo comprender que gestionar las situaciones y entornos de riesgo se aprende con la experiencia, pero en un principio, arriesgarse y salir sin efectos secundarios y triunfante ayuda a experimentar y crecer. Los efectos no esperados de estas conductas sociales y sexuales probatorias y verificadoras precisan casi siempre de una atención específica y amplia. Nos instruyó en cómo abordar estos temas y saber tener espera para poder acompañar debidamente. “Saber, saber ser y saber estar”.

También aprendimos que hay caminos de crecimiento más sencillos y otros más tortuosos. Hay adolescentes que viven situaciones absolutamente contradictorias o con impedimentos para progresar y aceptar los cambios biológicos, psicológicos y sexuales con cierta comodidad.

El Dr. Luis Feduchi apoyó nuestros programas para facilitar la colaboración y soporte a los centros de atención al menor de Justicia

Juvenil en relación a la sexualidad, las conductas de y con riesgo y sus complicaciones no esperadas ni deseadas. A partir de esta práctica surgieron otras colaboraciones con centros de atención a personas menores con dificultades físicas o psíquicas

A lo largo de nuestra experiencia profesional de acompañamiento - en esta etapa delicada y a veces complicada de la vida-, pudimos cerciorarnos de lo agradecidos que son los jóvenes cuando encuentran un profesional experto que los tiene en cuenta: los ve, los escucha, los oye y los atiende sin prejuizar, reñir o pedir algo a cambio.

Para finalizar, mencionar que desde los inicios de “puertas abiertas” del CJAS, tuvimos con nosotras en el equipo, la colaboración de una profesional psicóloga, experta en menores y adolescentes de la Fundación Eulalia Torres de Beà (FETdeB). Leticia Escario nos ayudó a comprender las necesidades de atención psicológica de los adolescentes en muchos momentos de su desconuelo. Fue un gran soporte para todo el equipo y especialmente para la profesional psicóloga del centro. Durante los 24 años de mi ejercicio profesional tuvimos su soporte y ayuda. Fue una gran colaboración para poder ofrecer soporte psicológico a las familias de los adolescentes atendidos. Con ella pudimos realizar la supervisión de casos y apreciar su importancia como formación continuada. Ello facilitó un aprendizaje más profundo de las verdaderas necesidades de muchos adolescentes y sus familias. Esta experiencia nos llevó a contar con una supervisión semanal que facilitaba profundizar en casos difíciles de entender y ayudaba a atenderlos de forma más particularizada y específica.

La mayor alegría de mi relación con el Dr. Luis Feduchi y de su esposa Leticia Escario la tuve al poder disfrutar de su presencia en el acto de clausura de mi trayectoria profesional llevado a cabo por la So-

cietat Catalana de Contracepció de la Academia de Ciencias Médicas y de la Salud de Catalunya i Balears. Fue un gran honor y la última vez que lo pude abrazar. Gracias por tanto.

AUTORES

Jaume Baró Aylón

Doctor en Medicina, especialista en Psiquiatría, Profesor de Psiquiatría y Psicología médica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Lleida (1982-2013).

Teo Benito

Trabajadora Social
Asesora del Equipo Técnico, Departamento de Justicia.

Daniel Cruz

Psicólogo clínico, psicoterapeuta.
Miembro de la junta directiva de SEYPNA. Hospital Sant Joan de Déu, Barcelona.

Neri Daurella

Psicóloga clínica. Psicoanalista. (Miembro de SEP-IPA e IARPP).
Coordinadora de grupos Balint. Colabora con diversas instituciones formativas de psicoterapeutas psicoanalíticos.

Robert Gimeno Vidal

Licenciado en Historia contemporánea.
Mediador ámbito penal juvenil y formador en mediación y gestión de conflictos, Departamento de Justicia.

Àngels González

Trabajadora Social
Asesora del Equipo Técnico, Departamento de Justicia.

Montserrat Grau

Trabajadora Social

Asesora del Equipo Técnico, Departamento de Justicia.

Isabel Laudo

Psicóloga clínica, psicoanalista SEP-IPA.

Excoordinadora de la Unitat de Psicoteràpia Psicoanalítica d'Adults, Sant Pere Claver–Fundació Sanitària.

Lluís Mauri Mas

Médico Psiquiatra y Psicoterapeuta, adjunto del Equipo de Atención al Menor de la (1993 – 2014), ex director del Instituto de Docencia e Investigación, Fundació Sanitària Sant Pere Claver, Barcelona.

Teresa Morandi Garde

Psicóloga clínica, psicoanalista.

Fundació Congrés Català de Salut Mental.

Empar Murgui

Psiquiatra.

Ex-coordinadora Hospital de Día de Adolescentes de Les Corts.

Anna Nogueras Martín

Educadora social.

Técnica de medio abierto, mediadora penal juvenil y técnica de prevención y mediación comunitaria, Departamento de Justicia.

Ana Piqueras

Trabajadora Social

Asesora del Equipo Técnico, Departamento de Justicia.

Pilar Raventós Sáenz

Psicóloga clínica, psicoterapeuta.

Unidad de Psicoterapia Psicoanalítica de Adultos y Equipo de Atención al Menor, Fundació Sanitària Sant Pere Claver, Barcelona.

Rosa Ros i Rahola

Médico, experta en Ginecología, adolescencia y jóvenes.

Directora del CJAS (Centre Jove d'Anticoncepció i Sexualitat) de l'Associació de Planificació Familiar de Catalunya i Balears.

Victoria Sastre

Psicóloga clínica.

Excoordinadora de la Unitat de Psicoteràpia Psicoanalítica d'Adults, Sant Pere Claver–Fundació Sanitària.

Charo Soler Roque

Psicóloga.

Mediadora penal juvenil y ex coordinadora del Equipo Técnico del Servicio de Mediación y Asesoramiento Técnico, Departamento de Justicia.

Asunción Soriano Sala

Médico, psiquiatra y psicoanalista (SEP-IPA).

Ex-coordinadora del Hospital de día para adolescentes y Consulta Jove (Pere Claver Grup, Barcelona).

Sònia Soriano Tormos

Psicòloga clínica. Psicoterapeuta por la FEAP

Coordinadora Hospital de día de adolescentes - Casa Jove la Marina (Pere Claver Grup, Barcelona).

Jorge Tió

Psicólogo clínico, psicoanalista (SEP-IPA).

Equipo de Atención al Menor y coordinador del Área de Adolescencia de la Fundación Sant Pere Claver, Barcelona.

Jorge Tizón

Psiquiatra y neurólogo, psicólogo y psicoanalista.

Institut Universitari de Salut Mental, Universitat Ramon Llull, Barcelona.

Xavier Valls i Vallés

Psicólogo clínico

Miembro fundador Associació Catalana de Psicoteràpia Psiconalítica. Hospital Creu Roja y Hospital Sant Joan de Déu, Barcelona.

Begoña Vázquez Lejárcegui

Psicóloga clínica. Psicoterapeuta AACCPP- FEAPS. Psicoanalista SEP-IPA.

Psicoterapeuta Equip d' atencio al menor, Pere Claver Grup, Barcelona.

Àngels Vives Belmonte

Médico pediatra, psiquiatra, psicoanalista (IPA).

Presidenta de la Fundació Congrés Català de Salut Mental (2000-2005 y 2014-2018).

Montserrat Yagüe

Trabajadora Social

Asesora del Equipo Técnico, Departamento de Justicia.

